BOMBA Y LA MONTAÑA MOVEDIZA
ROY ROCKWOOD



CAPÍTULO 1
EL ATAQUE DE LA SERPIENTE

Tan silenciosamente como una pantera trepó Bomba al gran dolado, gigantesco monarca de la floresta.

Le resultó dura la tarea, pues el tronco estaba lleno de agudas espinas y el aguijonazo de una de ellas podría significar la fiebre y aun la muerte.

Pero el árbol se hallaba sobre la cima de una colina y se elevaba tanto por encima de sus congéneres que brindaría a Bomba una vista muy ventajosa de la jungla por espacio de varios kilómetros a su alrededor.

El muchacho necesitaba echar un vistazo, pues se preparaban dificultades para él y para el anciano Cody Casson y a él le correspondía estar alerta si ambos debían escapar con la piel intacta.

Por eso ascendió por el árbol con la agilidad y presteza de Doto, su principal amigo entre los monos, trepando tal como Doto le había enseñado, no usando su rodillas, sino confiando por entero en sus manos y sus pies, ya que las primeras estaban tan endurecidas por su vida en la selva que ninguna espina podría lastimarlas, y sus pies estaban protegidos por sus sandalias hechas a mano.

Rápidamente se abrió paso entre las ramas hasta que la delgadez de las más altas le advirtió que se romperían bajo su peso si continuaba ascendiendo. Entonces se instaló entre el follaje e, inspirando profundamente, oteó la región circundante con ojos casi tan agudos como los de un halcón.

Presentaba un aspecto imponente allí acurrucado, estudiando el horizonte y mostrándose en tan perfecta armonía con la jungla que parecía formar parte integrante de ella.

Bomba era un muchacho de unos catorce años de edad, de estatura más que mediana y tan perfectamente desarrollado que parecía ser mucho mayor. Tenía cabellos castaños ondeados, penetrantes ojos del mismo color, y la piel muy bronceada por el calor del sol tropical. En lo referente al color, podría haber sido confundido con uno de los indios de la selva amazónica, mas sus facciones indicaban que corría por sus venas la sangre de la raza blanca.

No llevaba otras ropas que un taparrabos de algodón, un par de sandalias confeccionadas por él mismo y la piel de Geluk, el puma que había matado cuando la bestia feroz trató de ultimar a Kiki y Woowoo, sus dos loros amigos. La piel, sostenida a los hombros por medio de una correa, cubría su pecho y lo protegía parcialmente del aguijonazo de los insectos y las espinas de la jungla.

Sus brazos eran fuertes y simétricos, con músculos que se revelaban en todo momento bajo la suave piel, indicando la fortaleza y agilidad que poseían.

Al cinturón llevaba un machete de doble filo y tan cortante como una navaja de afeitar. Además, tenía un revólver, su posesión más apreciada y el único que había tenido o visto nunca. Se lo habían regalado los caucheros a los que salvó de ser devorados por los jaguares. Su arco y flechas los había dejado al pie del árbol al iniciar la ascensión.

Aquel día había visto señales que lo llenaban de ansiedad. Sus enemigos pululaban por la selva. No eran simplemente jaguares, reptiles, caimanes y otros animales de presa, contra los cuales tenía que estar siempre en guardia.

Los que lo preocupaban en aquel momento eran los enemigos humanos, los crueles indios que, a juzgar por los símbolos pintados en sus pechos y rostros, estaban en pie de guerra.

Había atisbado a un grupo de éstos algo más temprano, y desde lugar seguro los observó pasar como sombras por el sendero de la jungla. De los cinturones de algunos pendían cabezas humanas, los horribles trofeos de un ataque contra alguna aldea nativa. Eran los cazadores de cabezas, una tribu distante que vivía en los alrededores de la Catarata Gigante, y los que ocasionalmente abandonaban su residencia para atacar a las tribus más pacíficas, dejando una estela de muerte y desolación donde quiera que pasaran.

Bomba había tenido ya un encuentro con los cazadores de cabezas, logrando escapar con vida casi por milagro. En la lucha había herido a Nascanora, el cacique de la tribu. ¿Eran los hombres que viera hoy, parte de la banda de Nascanora que volvían en procura de venganza? Fuera como fuese, sabía que eran enemigos. Si llegaba a caer en sus manos no duraría mucho.

Su primera observación de la selva no dio resultado. La gran extensión de árboles, corrientes de agua y malezas parecía desprovista de vida humana.

Pero al aguzar más su mirada, notó una delgada voluta de humo que se elevaba por sobre los árboles a cierta distancia de allí. Tan débil era que al principio se sintió inclinado a creer que era un poco de vapor que se alzaba de la vegetación húmeda calentada por los fieros rayos del sol.

Mas tenía una cualidad que la diferenciaba del vapor, pues cedía fácilmente a los caprichos de la brisa, y de inmediato se dio cuenta de que indicaba la presencia de seres humanos.

Alguien se había parado allí para encender un fuego. Quizá se tratara de algún miembro de las tribus más o menos amistosas del distrito, con las cuales, aunque no estaba en relaciones íntimas, al menos no estaba en guerra. En tal caso el humo no era una señal de peligro.

Pero -y esta idea fue la que hizo latir su pulso con más fuerza-era más probable que el humo indicara el campamento temporario de los temibles cazadores de cabezas. En efecto, cuando estos feroces invasores aparecían por esa parte de la jungla, los nativos reunían a sus mujeres y niños, levantaban sus posesiones y huían a las partes más inaccesibles de la región, donde se ocultaban hasta que los enemigos, hastiados ya de sacrificar a los que encontraban a su paso, se retiraban a sus distantes aldeas, llevándose consigo los espantosos trofeos de cabezas humanas con los que adornaban sus chozas.

Bomba aguzó más la vista para seguir la columna de humo desde su parte superior hasta el suelo, a fin de poder ver lo que ocurría debajo de los árboles.

Pero había demasiado follaje, y tuvo que cambiar de posición para poder ver mejor. Esto lo obligó a ascender aún más por el árbol. El riesgo era grande, pues había llegado ya al límite seguro. Las ramas crujían ya de manera peligrosa. En caso de ceder, el muchacho caería al suelo desde casi sesenta metros de altura.

Pero no pudo resistir el deseo de investigar, y con la cautela más grande fue subiendo centímetro a centímetro, mientras distribuía su peso entre dos ramas.

Brotó entonces en sus labios una exclamación ahogada, pues había hallado una abertura por la cual podía ver lo que buscaba.

El espectáculo lo emocionó.

En un pequeño claro vio un grupo de indios reunidos alrededor de una hoguera sobre la que se asaban trozos de carne.

Los hombres estaban distribuidos en grupos, la mayoría de ellos comiendo, mientras que otros, que parecían haber terminado su almuerzo, conversaban con gran animación.

Eran de tipo muy diferente a los nativos vecinos de Bomba y Cody Casson, y el muchacho los reconoció de inmediato como cazadores de cabezas. Sin duda alguna, muchos de ellos eran los mismos que había observado esa misma mañana.

Mas no los miró por mucho tiempo. Sus ojos descubrieron algo mucho más interesante debajo de un grupo de árboles que se elevaban al borde del claro.

Amarrados fuertemente a esos árboles había cuatro prisioneros. Bomba vio enseguida que eran de raza blanca. Aparte de Cody Casson, sólo había visto dos blancos en su vida. Fue aquel día inolvidable cuando conoció a Ralph Gillis y Jake Dorn y tuvo la emoción de descubrir que él era también blanco. Recordaba claramente su aspecto, su apostura y sus ropas.

Estos cautivos vestían las mismas ropas de exploradores, y a pesar de las cuerdas que los sujetaban, tenía cada uno de ellos los rasgos de una raza superior.

¡Sí, eran blancos! Y Bomba también lo era, como se lo asegurara orgullosamente a sí mismo desde aquel día que conoció a los caucheros. Su corazón latió con fuerza ante la idea. ¡Esos hombres eran sus hermanos!

¡Y en qué aprietos se encontraban! ¡Cautivos de los más temibles habitantes de la selva!

Tembló Bomba al pensar en el horrible destino que les esperaba.

Con el corazón lleno de piedad y dolor, el muchacho estudió más detenidamente a los prisioneros. A tanta distancia no pudo ver bien sus facciones, pero uno de los cuatro le pareció que era diferente de los otros.

La figura era más esbelta y no tan alta, y sobre los hombros

le caía una gran masa de cabellos dorados. Bomba contuvo el aliento.

Jamás había visto cabello así. Nunca había visto a una mujer blanca. Pero instintivamente la reconoció ahora. Tal vez la madre que nunca había conocido tenía cabellos parecidos.

¡Una mujer! ¡Y en manos de esos monstruos! La sangre se le heló en las venas ante la idea.

¡Debía salvarla a ella y a los otros! ¿Acaso no eran de su raza? Eran blancos como él y Bomba sintió el llamado de la sangre.

¿Mas cómo podía hacerlo solo? ¿Cómo podría enfrentarse él, un muchacho apenas, contra una hueste de enemigos? No se detuvo a pensar en la respuesta. Ya buscaría la solución. Su conocimiento de la jungla y su bravo corazón lo habían ayudado siempre. Se dijo que volverían a ayudarlo ahora. No debía demorar ni un momento, ni siquiera para formular un plan de acción.

Sin tener una idea definida acerca de lo que haría, se dispuso a descender del árbol. Luego se detuvo como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

Acababa de oír muy cerca de sí un sonido que lo hizo estremecer. Era el silbido de la jararaca, una de las serpientes más mortíferas de la selva amazónica.

Al percibir este sonido, Bomba sintió como si su corazón se hubiera detenido por un instante. De inmediato comprendió su terrible significado.

El terrible ofidio estaba muy cerca, en el mismo árbol en que se encontraba él. Y, lo que era más, el sonido procedía de más abajo. ¡La jararaca se hallaba entre él y el suelo!

CAPÍTULO 2
EN PELIGRO MORTAL

El muchacho no podía trepar más alto, pues se hallaba ya en el límite fijado por la prudencia más elemental. Y aunque pudiera seguir ascendiendo, la serpiente lo seguiría.

Bomba tendió la vista hacía los árboles circundantes, mas no vio en ellos el menor rayo de esperanza. Las ramas del más próximo se hallaban casi a nueve metros de distancia. Ni siquiera un mono podría haber dado el salto.

De nuevo sonó el terrible silbido, esta vez más cerca. El ofidio trepaba hacia él, aunque el espeso follaje lo ocultaba todavía a sus ojos.

Ahora oyó Bomba el rozar de las hojas cuando el monstruo se abrió paso por entre ellas. ¡La muerte iba a su encuentro! Bomba echó mano al revólver que tenía en el cinturón, mas se detuvo antes de tocar el arma, pues recordó la presencia de los salvajes. El estampido los atraería hacia el árbol y entonces tendrían cinco prisioneros en lugar de cuatro, y entre los enemigos humanos y el reptil, Bomba prefería correr el riesgo de enfrentarse a este último.

Al llegar a esta conclusión, se fijó en un movimiento de una rama inferior. Las hojas se alzaban y bajaban en horribles ondulaciones a medida que un largo cuerpo sinuoso se abría paso por entre ellas en dirección al muchacho.

De pronto se abrió el follaje y apareció una cabeza triangular y un par de ojos malignos se fijaron en Bomba. Con la celeridad del rayo desenfundó el muchacho su machete y se dispuso a librar batalla.

Mientras el muchacho se encuentra así acorralado, con la vista fija en la espantosa cabeza y las fauces que se aproximan hacia él, trataremos de beneficiar a los que no han leído el volumen anterior de esta serie diciéndoles quién es Bomba y contándoles parte de sus aventuras hasta el momento en que se inicia este relato.

Por tanto tiempo como Bomba podía recordar, había vivido en las profundidades de la jungla. Su único compañero había sido Cody Casson, un anciano naturalista de quien Bomba no sabía si estaba emparentado a él o no.

El muchacho había crecido en la más absoluta ignorancia del mundo exterior. Su mundo era la selva con la cual estaba profundamente familiarizado. Conocía a todos sus habitantes y sabía dónde estaban sus refugios y cuáles eran sus hábitos. Algunos de los más inofensivos, como los loros y monos, eran sus amigos. Comprendía sus gestos y su lenguaje, y su compañía aliviaba en parte la soledad que a veces lo embargaba.

Ni él ni Casson tenían mucho contacto con los nativos de esa parte de la región, los cuales, aunque no se mostraban hostiles, se mantenían apartados de ellos merced a su supersticiosa creencia de que el hombre blanco practicaba la magia y podría hacerles daño si así lo deseaba.

El viejo naturalista había dado a Bomba una educación rudimentaria. Mas esto no llegó a mucho, pues la explosión de un rifle que disparara Casson contra una anaconda que atacaba a Bomba había herido al viejo en la cabeza, haciéndole perder la memoria. Desde aquella época las lecciones cesaron, y la obligación de proveer alimentos para ambos recayó en Bomba.

El peligro inherente a esta tarea convirtió al muchacho en un hábil cazador, un arquero de primer orden y un maestro en el manejo de la lanza y el machete, otorgándole rapidez, astucia y destreza y haciéndolo un rival digno para cualquiera de los terribles habitantes de la jungla.

Pero Bomba se sentía solitario, inquieto y desdichado. Sabía que en la selva estaba fuera de lugar. Se diferenciaba de los nativos. Su sangre blanca y sus instintos lo llamaban hacia otra parte. Lo dominaban anhelos de cosas que no conocía.

Un encuentro accidental con dos caucheros de raza blanca, cuyas vidas salvara al ser atacado su campamento por jaguares, intensificó estos anhelos. Los dos blancos quisieron llevarlo consigo a la civilización, mas el mozo no podía dejar a Casson.

Pidió entonces al anciano que le dijera algo de sus padres, y el naturalista así intentó, mas la memoria volvió a fallarle. Habló vagamente de "Bartow" y de "Laura", personas de quienes Bomba supuso que debían estar relacionadas con su vida.

Las tremendas aventuras que tuvo el muchacho con las boas, los jaguares y caimanes, cómo escapó milagrosamente del ataque de los vampiros, la manera como salvó a los monos de la voracidad de los buitres, la defensa denodada que presentó ante el ataque efectuado contra su cabaña por las hordas de Nascanora...; éstas y otras hazañas se narran en el volumen previo de esta serie.

Volvamos ahora al presente y veremos a nuestro héroe parado en las ramas superiores del árbol con su machete en la mano, presto a enfrentarse al monstruo que trata de acabar con su vida.

La serpiente avanzaba ahora con más lentitud. Veía la actitud tensa de su futura víctima, notaba el cuchillo en su mano y sabía que lo esperaba una batalla.

Mas no varió de propósito. Su lengua bifurcada salió por entre sus fauces abiertas.

Bomba comprendió que la victoria sería del más rápido de los dos. La serpiente era capaz de atacar con la celeridad del rayo. Debía tratar de parar el ataque con su machete y cortar en dos a su oponente. No era posible esquivar ni retroceder. Comprendió el mozo que la suerte estaba contra él. Ágil y diestro como era, la serpiente le llevaba ventaja y rapidez. Cada vez se aproximaba más el reptil, midiendo la distancia. Estaba a dos metros y medio, a dos, a uno cincuenta... Allí se detuvo para

enroscarse a fin de lanzar su mortal ataque. Y en ese momento tuvo Bomba una inspiración.

Tomó el extremo de la rama por la cual había ascendido la serpiente, la dobló todo lo que se lo permitió la fuerza de sus brazos musculosos y luego la soltó súbitamente.

La rama elástica y fuerte se disparó hacia arriba contra la que tenía encima, capturando el cuerpo del ofidio entre las dos. La fuerza del impacto clavó las agudas espinas en la serpiente tanto por encima como por debajo, dejándola prisionera.

Se oyeron terribles silbidos. Y el monstruo se agitó furiosamente, tratando de liberarse. Mas estaba aprisionada como entre los dientes de una trampa de acero.

Mordió con rabia las espinas, pero sus esfuerzos sólo sirvieron para clavarlas más profundamente. Luego volvió y atacó una y otra vez a Bomba. Todo fue en vano, ya que por más que se estirase no alcanzaba a tocarlo, aunque el veneno de sus fauces salpicó la piel de puma que cubría el pecho del muchacho.

Repetidamente se esforzó por alcanzarlo hasta que sus fuerzas la abandonaron. Fue entonces cuando Bomba, que esperaba esa oportunidad, se adelantó de pronto hacia el cuello doblado en dos y cercenó la cabeza del ofidio.

Bomba limpió su machete en las hojas y lo volvió a guardar en su vaina. Le latía rápidamente el corazón a causa del peligro corrido, no obstante lo cual se sentía satisfecho de sí mismo. Una vez más su astuto cerebro lo había salvado de un peligro que parecía mortal.

Mas no podía detenerse mucho a gozar de su triunfo. Sabía que esos terribles reptiles solían viajar por parejas y la compañera del que acababa de matar debía hallarse no muy lejos. Quizá se encontrase en ese mismo árbol.

Mas antes de iniciar el descenso, el muchacho volvió a echar un vistazo a la región circundante.

El grupo de blancos del claro seguía como los viera antes. Mas la comida parecía haber terminado, y los salvajes estaban en pie y sostenían una animada conferencia.

Olvidándolos por un momento, Bomba recorrió el horizonte con la vista y se levó una sorpresa desagradable al notar el humo de otro campamento situado en otra dirección.

Esta segunda columna se hallaba en los alrededores de la cabaña que servía de hogar a Bomba y a Casson. El pobre anciano débil y enfermo no podría. defenderse si era atacado por los cazadores d de cabezas;.

Era necesario que fuera a su lado de inmediato. Si no podía vivir con Casson, por lo menos podría morir con él. Moviéndose con la mayor celeridad, aunque sin dejar de observar cualquier agitación del follaje que le indicara la presencia de algún otro ofidio, el muchacho descendió al suelo.

Llegó abajo sin el menor inconveniente, recogió su arco y flechas, y, lanzando una mirada de disgusto y repulsión a la cabeza de la serpiente, partió en dirección a su cabaña.

Allí estaba su primera obligación. Le dolía abandonar su resolución de ayudar a los cautivos, especialmente a la mujer, mas esta tarea debía quedar postergada. Lo primero era salvar a Casson. Si triunfaba en esto, más tarde seguiría el rastro del otro grupo y trataría de salvar a los prisioneros.

Mientras viajaba por la selva se le unieron algunos de sus amigos. Kiki y Woowoo bajaron volando para posarse en sus

hombros y charlarle en su lengua. Doto, el mono, se dejó caer desde un árbol y marchó a su lado diciéndole en su idioma cuánto se alegraba de verlo.

En cualquier otro momento Bomba se habría detenido para charlar y jugar con ellos, mas ahora estaba preocupado y no hizo más que favorecerlos con una caricia apresurada y decirles que debía continuar rápidamente su camino. Ellos adivinaron su preocupación y se alejaron, aunque el muchacho notó que lo acompañaban por entre las ramas de los árboles.

Bomba corrió al trote largo hasta llegar a un sitio próximo al lugar donde viera la segunda columna de humo. Aminoró entonces la marcha y siguió avanzando con el sigilo de una pantera.

Un momento más tarde husmeó el humo del campamento y oyó murmullo de voces.

Instantáneamente se arrojó al suelo y fue arrastrándose por entre las malezas hasta llegar a un sitio desde el cual pudo ver a una veintena o más de salvajes pertenecientes a la tribu de los cazadores de cabezas.

Se notaba que acababan de comer y estaban recogiendo sus armas a fin de continuar su marcha.

Bomba los miró a todos buscando con la vista a Nascanora, su enemigo más sanguinario. Pero el jefe no estaba entre ellos. El que parecía dirigirlos era tan alto y fornido como Nascanora y tenía cierta semejanza con él.

Bomba recordó lo que le había contado una vez Hondura, el jefe nativo con quien mantenía cordiales relaciones. Le había dicho éste que Nascanora tenía un hermanastro llamado Tocarora con quien compartía la jefatura de la tribu. Pensó el muchacho que el individuo que veía ahora debía ser Tocarora. Éste venía quizás a vengar la herida que infligiera Bomba a su

hermano aquella noche en que los cazadores de cabezas atacaron la cabaña.

Un detalle en especial hacía esto más probable. Hondura le había contado cosas que hicieron creer a Bomba que Tocarora estaba a veces semienloquecido a causa de un golpe que recibiera en la cabeza durante el transcurso de una pelea. Al muchacho le pareció ver en los ojos del jefe un destello extraño que proclamaba una mente desequilibrada.

Pero en esos momentos no disponía de tiempo para meditar sobre el asunto; los salvajes se preparaban para marchar y, a juzgar por los ademanes del jefe, pensaban ir en dirección a la cabaña. A toda costa debía llegar él antes que ellos.

Dio una vuelta en torno del campamento y cuando estuvo seguro de hallarse a salvo de miradas curiosas, se puso de pie y echó a correr hasta la cabaña con la rapidez de un ciervo.

Las raíces trataban de hacerlo caer, las largas lianas que pendían de los árboles querían enlazarlo, las malezas le impedían el paso. Mas él continuó adelante, apelando a toda su velocidad y fortaleza, hasta que finalmente llegó al pequeño claro donde se hallaba enclavada la vivienda.

La puerta estaba entreabierta y el muchacho entró corriendo y vio a Casson que dormía en su hamaca.

La súbita entrada despertó al viejo quien se levantó alarmado. Estaba tan débil que daba la impresión de que un suspiro lo derribaría. Blancos mechones de cabellos enmarcaban su rostro tan surcado y descolorido como un pergamino antiguo. Las líneas de su semblante habían sido grabadas por el intelecto y la fuerza del carácter, mas no había la menor indicación de ninguna de estas cualidades en los desvaídos ojos azules que contemplaban a Bomba.

-¿Qué pasa?

-¡Los cazadores de cabezas! jadeó el muchacho-. ¡Vienen hacia aquí! ¡Intentarán matarnos!

-¿Los cazadores de cabezas? -exclamó Casson en tono incrédulo-. ¿Cómo lo sabes?

-Acabo de verlos. No hables, no esperes. Debemos escondernos de inmediato.

Levantó casi en vilo al estupefacto anciano y lo puso de pie. Luego corrió de un lado a otro, renovando su provisión de cartuchos y flechas y reuniendo todo el alimento que pudo encontrar.

Una exclamación del anciano hizo que el muchacho se volviera, y al mirar por la puerta hacia el exterior sintió que el corazón se le paralizaba en el pecho.

¡Una horda de salvajes salía de la selva y se lanzaba velozmente hacia la casa!

CAPÍTULO 3
LA MAGIA DEL HOMBRE BLANCO

Bomba saltó hacia la puerta, la cerró de un golpe e hizo correr la pesada barra de madera que servía de pasador. Llegó justo a tiempo, pues un segundo más tarde varios cuerpos pesados golpearon contra la hoja de madera. Mas la barra no cedió y los asaltantes retrocedieron hacia el borde del claro donde, ocultos por los árboles, se pusieron a proyectar un nuevo ataque ahora que les había fallado la sorpresa.

Al fin y al cabo, disponían de tiempo suficiente. La presa estaba encerrada y no podría escapar. La aparición de cualquiera de los dos fuera de la casa sería la señal para atravesarlo a flechazos antes de que pudiera alejarse tres metros siquiera.

Aunque la desesperación dominaba a Bomba, el muchacho no lo dejó entrever. En cuanto hubo corrido el pasador, comenzó a hacer los preparativos para la defensa. Su revólver estaba completamente cargado y al alcance de la mano tenía una buena provisión de cartuchos como así también un buen puñado de flechas. Sentado junto a una de las mirillas con que había provisto a la cabaña, escudriñó la selva en busca de blancos. No se presentó ninguno, y su pequeña provisión de municiones no le permitió disparar al azar.

La jungla estaba tan silenciosa como un sepulcro. Bomba se preguntó cuánto tiempo duraría aquella calma. Observó la posición del sol y vio que estaban a media tarde. Era posible que los salvajes postergaran el ataque principal hasta después que cayera la oscuridad. También era probable que esperaran a otros de su grupo -quizás

aquellos que habían capturado a los blancos a fin de contar con un número suficiente para lanzarse al asalto final.

Así y todo, con la ventaja que les llevaban, era sorprendente que no atacaran de inmediato. Bomba sonrió para sí al adivinar la razón. Los indios recordaban demasiado bien lo que les había pasado a otros de su tribu en una ocasión previa en que quisieron tomar la cabaña y ahora no deseaban correr riesgos que pudieran ser evitados.

Casson, que al principio se sintió estupefacto ante la llegada súbita de Bomba y la sorprendente noticia, recobró ahora parte de su calma y ayudó al muchacho de la mejor manera posible en los preparativos para la defensa.

Cuando se hubo hecho todo lo necesario, el anciano se acercó al lugar desde el cual vigilaba su pupilo.

-¿Es Nascanora que ha vuelto? -inquirió.

-No. Nascanora no está con ellos. Quedó herido la última vez que vino y quizá ya esté muerto. O tal vez esté con el otro grupo de la tribu -repuso Bomba, y explicó a continuación que había visto a otra partida de salvajes con sus cautivos.

El viejo naturalista exhaló un profundo suspiro.

-¡Que el cielo ayude a esas pobres criaturas si han caído en manos de los cazadores de cabezas! -murmuró.

-¿Quién es "cielo", y cómo puede ayudarlos? -inquirió Bomba, que no sabía nada de esas cosas.

Pero Casson no le respondió, parecía sumido en profundas reflexiones.

-¿Quién es el jefe del grupo que viste? -preguntó al cabo de largo silencio.

-Uno parecido a Nascanora, aunque de ojos muy extraños -replicó Bomba-. Creo que era Tocarora, el que, según Hondura, está medio loco.

En ese momento les llegó un prolongado grito procedente

del grupo de árboles tras los cuales se hallaban ocultos los salvajes. No era un alarido de guerra sino más bien parecía destinado a atraer la atención de los sitiados.

Fue repetido un momento más tarde y luego habló uno de los indios.

-Tocarora quiere hablar con el hombre blanco-dijo la voz. Bomba y Casson se miraron.

-¿Qué haremos? -inquirió el muchacho.

-Lo escucharemos -repuso Casson-. No se perderá nada. Tu voz es más potente que la mía. Grítale que oiremos sus palabras; pero que debe salir adonde podamos verlo, de manera que sepamos que hablamos con un jefe que podrá hacer lo que prometa.

Bomba repitió el mensaje, empleando la lengua común de los nativos de la jungla, idioma que con ligeras variaciones era comprendido por todas las tribus.

Hubo una pausa, que probablemente usaron los indios para consultarse, y después llegó la respuesta.

-Si el hombre blanco no dispara sus flechas o el palo de hierro que escupe fuego, Tocarora saldrá -anunció la voz-. Y el hombre blanco también debe salir a su encuentro.

La propuesta era bastante justa, si es que no ocultaba una intención traicionera. En cuanto a esto Bomba tenía sus dudas y miró a Casson con expresión dubitativa.

Para su gran sorpresa, una gran transformación se había operado en el aspecto del viejo naturalista, quien parecía estar bajo la influencia de una idea que lo vivificaba.

Su apatía había desaparecido para ser reemplazada por la energía. Por el momento volvía a ser el genial hombre de ciencia que conociera Bomba antes del accidente que lo había privado de la memoria.

-Dile que sí -ordenó a Bomba, quien lo miraba como si no pudiera creer en el testimonio de sus sentidos-. Pero agrega

que si su lengua es falsa, hablará el palo de fuego y lo hará morir. Debe presentarse sin armas y ordenar a sus hombres que no tiren. Yo haré lo mismo. Cuando termine la conferencia, podrá volver sano y salvo a los suyos y yo regresaré a la cabaña.

Bomba repitió el mensaje, aunque no estaba en absoluto convencido de su conveniencia. No tenía fe en el resultado del encuentro. Sospechaba una traición y temía que Casson fuera vencido en una lucha de ingenios con el astuto salvaje.

Mas, por otra parte, no podía ir él a sostener la conferencia, ya que jamás se resignaría a dejar las armas que sólo él sabía usar con efectividad. Con ellas debía apuntar al jefe durante la conferencia y estar listo para emplearlas a la primera señal de violencia o mala fe.

Mientras Bomba comunicaba el mensaje, Casson anduvo por la cabaña, reuniendo con gran objetos pequeños que debido a la penumbra reinante el muchacho no pudo percibir con claridad.

Unos minutos más tarde salió Tocarora de su escondite completamente desarmado y con las manos en alto en señal de paz. Al mismo tiempo se abrió la puerta de la vivienda y salió Casson, haciendo también una señal amistosa.

Ambos se miraron por breve tiempo y avanzaron luego lentamente el uno hacia el otro hasta que quedaron frente a frente en el centro del claro.

Presentaban un contraste notable el fornido salvaje color de cobre y el débil hombre blanco. Se tenía la impresión de que el primero podría haber roto en dos al segundo entre sus manos.

Empero, había algo indefinible que denotaba a Casson como el dueño de la situación. Bomba se preguntó qué era lo que otorgaba a su amigo la supremacía. Y luego respondió a su propia pregunta con gran júbilo.

Se debía a que Casson era blanco. Su alma estaba despierta. Tocarora era un salvaje y su alma dormía.

¡Y él, Bomba, era blanco! Podría haber gritado de gozo a pesar de la gravedad de la situación.

Casson fue el primero en hablar.

-¿Por qué ha venido Tocarora desde la Catarata Gigante hasta la cabaña del hombre blanco? -preguntó.

-Hay buena caza en esta parte de la selva- replicó Tocarora evasivamente.

-Tocarora habla con lengua falsa-le dijo Casson en tono de reproche-. Eso no está bien. No es caza lo que busca Tocarora cuando se lanza contra la cabaña del blanco y trata de forzar su puerta.

El jefe se mostró aturdido.

-No hay maldad en mi corazón para con el blanco-declaró, aunque no se atrevía a mirar a Casson a los ojos-. Quiere que el hombre blanco vaya con él hasta la Catarata Gigante, pero no le hará el menor daño.

-¿Por qué he de ir a la Catarata Gigante?

-Es la voluntad de Nascanora -repuso el salvaje-. Ha estado enfermo, y muchos de sus súbditos han sufrido el mismo mal. Cree que la magia del hombre blanco es la culpable, y quiere que retires el hechizo que has hecho a la tribu.

-No he hecho ningún hechizo -declaró Casson-. Mi magia es magia buena. No he hecho mal alguno a Nascanora ni a su gente. Preferiría hacerles un bien.

-Pero Nascanora quiere que vayas -insistió el otro-. Te dará muchos regalos.

-El hombre blanco no necesita regalos -manifestó Casson con dignidad-. ¿De qué valdría mi magia si no me diera lo que quiero? Las cosas vienen a mí cuando las llamo. ¡Mira!

De su mano izquierda dejó caer al suelo algunos clavos y fragmentos de puntas de flechas de hierro.

-Vendrán a mí cuando las llame -anunció.

Se inclinó un poco y extendió la diestra en cuya palma tenía oculto un imán.

-¡Venid! -llamó.

Los trozos de hierro saltaron del suelo a su mano. Casson se irguió entonces y dejó caer el imán y los hierros en su bolsillo.

-¿Para qué necesito los regalos de Nascanora si hasta el duro hierro me obedece? -dijo.

El efecto que produjo esto en Tocarora fue prodigioso. ¿Cómo podía dudar de lo que acababa de ver con sus propios ojos?

Se echó hacia atrás con los ojos casi fuera de las órbitas y el terror reflejado en su semblante.

-La magia del hombre blanco es muy poderosa-logró decir con voz trémula.

-¡Bah! -exclamó Casson en tono indiferente-. Eso no es nada comparado con lo que puedo hacer. Llevo el fuego en la yema de los dedos. ¡Mira!

Encendió con un fósforo una pequeña antorcha de pino que había llevado consigo. Tocarora saltó al ver la llama del fósforo. Jamás había presenciado nada igual. Contempló con temor el fósforo apagado y pareció aliviado cuando Casson lo arrojó al suelo.

Empero, siendo éste un nuevo método de hacer fuego y aunque no acertaba a comprenderlo, no le pareció nada sobrenatural.

-Tocarora también hace fuego con un palo -dijo, refiriéndose al método primitivo de hacer girar un palo duro en un mortero hasta que se producían chispas.

-Sí -asintió Casson, quien había estado moviendo mucho los pies-, pero no con el dedo. ¡Observa!

Apagó la antorcha de la que salió una delgada voluta de humo. Luego, tomando la columna de humo con la yema de un dedo, ahora lleno de electricidad por el contacto con el imán, encendió de nuevo la antorcha.

Tocarora lo miró lleno de aprensión y se volvió luego como para buscar un medio de huir de ese hechicero tan poderoso. Casson notó el efecto logrado y lo aprobó para continuar su obra.

-¿Por qué lleva Tocarora bayas en sus orejas? -preguntó-. ¿Son un regalo para el hombre blanco?

El salvaje se llevó las manos a las orejas.

-No tengo bayas en ellas -declaró-. ¿Es que el hombre blanco se burla de mí?

Dicho esto, desnudó los dientes en una mueca amenazadora. Casson tendió la mano y sacó una baya de la oreja derecha del salvaje. Después le sacó otra de la izquierda. Luego las extrajo rápidamente de la nariz, los labios, los ojos y la garganta de Tocarora.

CAPÍTULO 5
CAE EL RAYO

Bomba retiró silenciosamente la pesada barra de madera. Centímetro a centímetro fue abriendo la puerta, mientras se quedaba a un costado para evitar la lluvia de flechas que le saldría al encuentro si el movimiento era descubierto.

Mas no llegaron las flechas. La oscuridad era tan densa que casi se podía palpar. Bomba no pudo ver las manos ni aun poniéndolas frente a su rostro. Y el rugir ensordecedor de la tempestad ahogaba todos los otros sonidos.

Después de hacer la señal a Casson, el muchacho salió y se fue deslizando a lo largo de la pared de la cabaña en dirección a un matorral que crecía en el punto más lejano del sitio en que suponía que se hallaban sus enemigos.

Una vez entre los matorrales, pensó que habría poca dificultad en dirigirse hacia la canoa, la cual era su mejor aliada en esos momentos. El agua no dejaba rastros, y los indios, alejados de sus tierras, no disponían de embarcaciones en las cuales seguirlos aun en el caso de que llegaran a sospechar el curso seguido por los fugitivos.

Los dos blancos llegaron al matorral sin ser descubiertos, y no acababan de ocultarse entre sus matas cuando brilló un relámpago que iluminó los alrededores como si fuera pleno día. De haberse producido un momento antes, nada podría haberlos salvado de ser vistos.

Habían escapado por muy escaso margen. Y el relámpago, aunque fue un don del cielo para ellos, reveló también algo que llenó a Bomba de consternación.

En ese momento de luz cegadora sus ojos percibieron varios grupos de indios diseminados a intervalos regulares entre ellos y la canoa. Era evidente que tan pronto llegó la oscuridad los salvajes rodearon la cabaña. Probablemente no habían descubierto la embarcación, la cual estaba muy bien oculta; pero su presencia en los alrededores imposibilitaba a los fugitivos la llegada hasta el río.

Su método más efectivo de escape les estaba vedado. No les quedaba ahora otro recurso que la selva en la que pululaban enemigos humanos y bestias feroces.

De haber estado solo, Bomba no se hubiera preocupado. Su ojo avizor, su rapidez para correr, su agilidad mental y su valor a toda prueba lo habían mantenido vivo hasta entonces de modo que confiaba en ellos por entero.

Pero teniendo a Casson a su cargo, el problema resultaba casi insoluble.

No obstante, Bomba no permitió que lo dominara la desesperación por mucho tiempo, y después del primer momento de duda, el muchacho se preparó para la lucha inminente.

Hubo otro relámpago cegador seguido por un trueno terrible, y con el rugir del trueno se mezcló otro sonido cuando, al ser herido por el rayo, un árbol gigantesco tembló un momento al borde del claro y cayó luego sobre una esquina de la cabaña con ensordecedor estruendo.

Esa parte de la vivienda quedó aplastada por completo. Pero el árbol no se contentó con una víctima inanimada pues con el ruido de su caída sobrevinieron aullidos de dolor y pánico que indicaron que varios nativos habían quedado sepultados bajo el tronco y las ramas.

Desde los alrededores se apresuraron a correr los salvajes ilesos para auxiliar a sus camaradas. Trabajaron desesperadamente a fin de liberar a los que aún estaban con vida, y Bomba notó a varios que eran llevados hacia la selva. Vio también otras formas silenciosas que probablemente no volverían a moverse. Se estremeció al pensar que si él y Casson se hubiesen quedado en la cabaña unos minutos más, también habrían sido aplastados de manera horrorosa.

Aprovechó la confusión para llevar a su compañero más hacia el interior de la jungla, donde había menos probabilidad de que los relámpagos revelaran su escondite. Allí se acurrucaron, a la espera de los acontecimientos.

-¿Qué ha pasado, Bomba? -preguntó Casson, quien no había alcanzado a comprender el significado del estruendo.

-Cayó un árbol sobre la cabaña-repuso el muchacho-. La aplastó en parte e hirió a muchos de los seguidores de Tocarora. Algunos murieron. Nosotros escapamos justo a tiempo.

-Tal vez piensan que nosotros también fuimos aplastados -sugirió el anciano.

Esto no se le había ocurrido a Bomba, y la idea le dio que pensar. Los salvajes podrían suponer que los blancos habían sido víctimas del árbol. No podrían mover el pesado tronco y rebuscar entre los escombros para asegurarse de que sus enemigos estaban o no con vida.

Si pensaban esto, era posible que se fueran y comunicaran a Nascanora que su venganza estaba cumplida.

Mas no podía abrigar aún esa esperanza, y durante dos horas más él y Casson continuaron entre las malezas, esperando el siguiente movimiento de sus enemigos.

Ya para entonces la tempestad había amainado. Ambos fugitivos estaban completamente empapados, lo cual no molestaba mucho a Bomba; pero el muchacho temió el efecto que

podría producir la mojadura en Casson, quien no era fuerte y se había debilitado aún más a causa de los esfuerzos y penurias de las últimas horas.

Se quitó la piel de puma y la puso sobre la cabeza y hombros del naturalista, quien murmuraba por lo bajo como si su mente se hubiera alterado.

Escuchando con atención, Bomba oyó los pasos de los salvajes que se llevaban a los heridos. Los sobrevivientes estaban de muy mal humor ante el fracaso de sus planes cuando ya parecían tener a la presa en su poder.

Cada vez se acercaban más, y Bomba empuñó su revólver, dispuesto a usarlo cuando fuera necesario.

Mas antes de que llegaran al matorral en el que se hallaban ocultos, los indios se detuvieron y dejaron en el suelo a sus heridos. Bomba temió que fueran a encender una fogata, en cuyo caso era seguro que descubrirían su presencia. Pero un momento

después dejó de lado este temor al pensar que después de la lluvia sería imposible encontrar madera seca como para que ardiera.

La lluvia había cesado ya y la luna asomaba por entre las nubes. Su pálida luz permitió al muchacho ver las figuras de sus enemigos que se hallaban en cuclillas. Sólo dos estaban parados. Por la estatura reconoció Bomba en uno de ellos a Tocarora. El otro, a juzgar por su grotesco atavío, debía ser el hechicero de la tribu.

El muchacho vio que el jefe se acariciaba una muñeca herida que parecía dolerle mucho. La tenía sujeta con varias tablillas y pendiente del cuello por medio de un trozo de tela.

Bomba sacó en conclusión que Tocarora había estado entre los que montaban la guardia entre la cabaña y el río, y le confirmó esta suposición la queja que presentaba el jefe al médico brujo.

-La medicina de Ruspak no sirve-refunfuñaba, mirando al hechicero con expresión malévola-. ¿Por qué no supo que el árbol estaba por caer y herir a Tocarora?

-Te dije que habría rayos y truenos -se defendió Ruspak-. Tocarora sabe que los rayos suelen hacer caer los árboles. Debió haberse quedado más lejos de la cabaña.

-El árbol cayó merced a la magia del hombre blanco - gruñó el jefe-. Él es un mago más poderoso que Ruspak.

-¡No es verdad! -Ruspak se mostró ofendido ante estas palabras-. La voz de los dioses habla por mi boca, y sería bueno que Tocarora no lo olvidara.

Había una amenaza velada en esta afirmación, mas el jefe estaba demasiado furioso para abstenerse de hablar. -Insisto en que la magia del hombre blanco es más poderosa -manifestó-. ¿Puede Ruspak hacer que el hierro le salte a la mano? ¿Puede encender una antorcha acercándola a su dedo? ¿Puede sacar bayas de mi nariz y orejas?

Hubo un murmullo general que indicó cuán profundamente se habían impresionado los otros ante los trucos de Casson, y Ruspak se volvió hacia los demás lleno de cólera.

-¡Perros! -aulló, descargando en ellos la ira que no se atrevía a demostrar a su jefe-. ¿Se atreven a burlarse de Ruspak? ¿Quieren que los maldiga a todos? ¡Cuidado con despertar la ira del mensajero de los dioses!

Hubo movimientos de inquietud entre los salvajes, y todos volvieron los rostros a fin de no mirar de frente al furioso médico brujo.

Contento con el efecto causado, Ruspak se volvió de nuevo hacia Tocarora.

-Lo que hizo el hombre blanco fueron trucos -declaró-. Yo los podría hacer mejores si nuestros dioses lo quisieran. Además, si la magia del blanco es tan fuerte, ¿por qué no se pudo salvar con su esclavo? No pudo evitar que el árbol cayera sobre su propia casa y los aplastara a los dos.

Este argumento parecía estar bien fundado, y los murmullos de asentimiento indicaron a Ruspak que tenía la aprobación de sus oyentes. Aun Tocarora se mostró menos truculento.

-Quizá sea como dices -contestó en tono más tranquilo-. Pero si el hombre blanco está muerto, ¿para qué hemos de quedarnos? Quizá su espectro posea una magia muy poderosa.

Sus compañeros miraron a su alrededor muy intranquilos, y su temor supersticioso se convirtió casi en pánico cuando Bomba dejó escapar un profundo

quejido que resonó fuertemente por la selva. Tocarora se sobresaltó en extremo ante esta confirmación aparente de su conjetura.

-Este lugar está encantado -afirmó-. Nos iremos antes que nos ocurran más perjuicios. Diremos a Nascanora que el hombre blanco está muerto y con eso lo dejaremos satisfecho.

-Pero no tanto como si le lleváramos la cabeza de su enemigo -protestó Ruspak-. Esperemos hasta que llegue el día. Entonces buscaremos los cadáveres del blanco y su esclavo, y les cortaremos las cabezas. Nascanora sonreirá contento cuando las vea sobre su choza. Sabrá entonces que decimos la verdad al anunciarle que el Hombre del Mal ha muerto.

CAPÍTULO 6
LA CAPTURA DEL HECHICERO

Para evitar que prevaleciera el razonamiento de Ruspak, Bomba exhaló de nuevo un tremebundo gemido que hizo que todos los indios se juntaran más como buscando protección entre sí.

-Hay cierta razón en lo que dice Ruspak -concedió Tocarora-. Pero sería más prudente alejarnos de este lugar que parece estar maldecido por los dioses. Nos iremos.

El hechicero abrió la boca como para protestar ante esa decisión, pero una mirada a los rostros que lo rodeaban lo convenció de que Tocarora había expresado la opinión de todos. Así, pues, se sometió de mala gana a la voluntad de la mayoría y echó a andar cuando los hombres volvieron a cargar a los heridos y se alejaron por la selva.

Bomba sintió profunda alegría al notar que sus pasos se perdían por fin a la distancia. Aguardó hasta estar seguro de que se hallaban bien lejos y se volvió entonces hacia Casson.

-Vamos, Casson -le dijo sacudiendo con suavidad a su compañero-. Los cazadores de cabezas se han ido y no creo que regresen. Ahora podemos volver a la cabaña.

Mas no obtuvo respuesta. Bomba sentó al anciano y se puso de pie. Pero al volverse para ayudara Casson, éste volvió a caer de espaldas como si estuviera sin vida.

-¡Casson! ¡Casson! -gritó el muchacho, lleno de alarma-. ¡Despierta! ¡Escúchame! ¡Volvemos a la cabaña!

Pero sus palabras cayeron en oídos sordos. Casson yacía completamente inanimado y con el rostro tan blanco como la tiza.

Bomba le puso la mano en el pecho. Al principio parecía que el corazón había cesado de latir, pero al cabo de un momento sintió el muchacho una leve pulsación que indicó que la vida no estaba extinta.

El muchacho frotó las muñecas de su compañero y le palmeó las manos; pero Casson no dio señales de recobrarse, y después de esforzarse en vano por revivirlo, Bomba desistió de la tarea.

No le quedaba otro remedio que llevar al anciano a la cabaña. En terreno llano, esto no habría sido difícil; Casson era liviano, y Bomba poseía una fortaleza extraordinaria. Pero en la selva no fue fácil la tarea, y el muchacho jadeaba fatigado cuando depositó al fin su carga en el suelo de la vivienda.

Casi la mitad de la cabaña había quedado demolida, mas una parte del tejado estaba intacta y serviría de protección parcial contra la lluvia y el sol. Bomba retiró parte del follaje del árbol caído hasta que tuvo espacio para moverse de un lado a otro.

Por fortuna, una de las hamacas estaba en perfectas condiciones y el mozo acostó en ella al anciano. Luego se puso a preparar algunas medicinas cuyo secreto le enseñara Cándido, el viejo caboclo que solía visitarlos de tanto en tanto.

Durante toda la noche administró a su paciente numerosas dosis de un té de hierbas, abrigando la esperanza de que el remedio resultara efectivo. Mas al llegar la mañana Casson estaba peor que antes. Ardía de fiebre y se agitaba tanto a causa del delirio que Bomba temió que se arrojara de la hamaca.

Por este motivo preparó en el suelo un lecho de ramas y mantas y tendió en él a su viejo amigo. Después engulló a toda prisa el desayuno y reanudó sus cuidados.

Mas todo fue inútil. Casson empeoraba cada vez más. Parecía como si la muerte se estuviera preparando para llevárselo.

Bomba estaba desesperado a causa de la pena y la ansiedad. Quería mucho al anciano, quien siempre había sido bondadoso con él. La perspectiva de que se muriese y lo dejara solo le resultaba intolerable.

¿Qué debía hacer para evitar tal calamidad? ¿Cómo obrar? Sabía que algunos de los hechiceros de las tribus, además de los poderes sobrenaturales que fingían tener, poseían un amplio conocimiento de hierbas medicinales y sabían realmente curar ciertas enfermedades. Pensó en los araos, tribu amiga que en más de una ocasión le había hecho favores. Hondura, que era su jefe, no tendría inconveniente en mandarle a Peto, un gran médico brujo de gran renombre en la región.

Pero los araos se hallaban demasiado lejos. Además, era posible que hubieran cambiado de ubicación por temor a los cazadores de cabezas. Quizá tendría que buscarlos durante días enteros antes de encontrarlos, y ya para entonces Casson estaría muerto.

Se le ocurrió entonces una idea descabellada. ¿Y Ruspak? Claro que era su enemigo; pero tenía gran fama, y Bomba estaba seguro de que podría salvar la vida de Casson, ya fuera por temor de perder la propia si fracasaba o para ganar la recompensa que se le podría ofrecer en caso de que tuviera éxito.

Que no vendría por su propia voluntad era seguro. Bomba tendría que emplear la estrategia o la fuerza. Empero, el muchacho sabía que, en cualquier caso, no le faltaba destreza para hacer frente al astuto hechicero.

La decisión era desesperada; no obstante, tuvo Bomba la convicción de que sólo así podría salvar la vida de su amigo. Sabía que Tocarora y su gente no podían estar lejos. Debido a los heridos, tendrían que viajar con lentitud. Fácilmente podría alcanzarlos. Entonces esperaría su oportunidad para apoderarse de Ruspak.

¿Pero cómo dejar solo a Casson? ¿Y si los cazadores de cabezas volvían sobre sus pasos? ¿O si una anaconda o un jaguar pasaban por allí y aprovechaban la debilidad del enfermo para devorarlo?

Lleno de dudas, Bomba se formulaba estas preguntas mientras se paseaba de un lado a otro frente a la vivienda. Su problema se resolvió antes de lo que esperaba.

Se oyó de pronto un ruido entre los matorrales y un puma enorme entró en el claro. El primer impulso de Bomba fue el de echar mano a sus armas, pero casi enseguida se reflejó una expresión de placer en su semblante cuando reconoció al recién llegado.

Se adelantó hacia la fiera sin el menor temor y acarició afectuosamente su gran cabeza. El animal ronroneó de gusto mientras se acurrucaba a los pies del muchacho con la docilidad de un perro.

-¡Mi buen Polulu! -murmuró el mozo-. Veo que no has olvidado a tu amigo. Bomba se alegra de verte.

El puma ronroneó aún más, al tiempo que lamía la mano de Bomba.

Su extraña amistad databa de aquella vez en que Bomba encontró a la bestia atrapada por un árbol caído que le había fracturado una pata y lo retenía prisionero. Bomba lo liberó, le curó la herida y le llevó agua y alimentos hasta que el puma se hubo recobrado por completo. Polulu, como lo bautizara Bomba, había sido desde entonces su amigo más fiel. Más de una vez lo salvó de peligros mortales, siendo la última ocasión cuando Nascanora atacó la cabaña. Todos sus instintos feroces se abatían en presencia del muchacho.

-Escucha, Polulu -le dijo Bomba-. Has llegado a tiempo.

Bomba quiere que te quedes y vigiles la cabaña mientras él está lejos. Casson también es tu amigo. Casson está enfermo y debes evitar que le suceda nada.

Condujo al animal hasta la puerta de la cabaña y le palmeó el flanco hasta que lo hizo tenderse.

-Quédate aquí -le dijo-. No te vayas hasta que yo vuelva. No tardaré.

Sus palabras y los ademanes con que las acompañó comunicaron su significado al puma con toda claridad. La bestia se instaló frente a la puerta como un gran perro guardián dispuesto a no moverse hasta recibir orden de su amo. Bomba comprendió que nada ni nadie podría pasar por esa entrada mientras Polulu estuviera con vida.

Inmensamente aliviado ante la ayuda que llegara tan oportunamente, nuestro héroe hizo todo lo que pudo para poner cómodo a Casson, recogió sus armas y luego, después de una última caricia a Polulu, se internó en la selva.

Antes de mucho llegó al lugar donde Tocarora y Ruspak sostuvieran su acalorada discusión de la noche anterior. De allí en adelante le resultó fácil seguir la pista de los cazadores de cabezas. Éstos no se habían preocupado por ocultarla, ya que no soñaban que los blancos, aunque estuvieran vivos, tuvieran la audacia de seguirlos.

Empero, le llevaban mucha ventaja, y pasaron varias horas antes de que lo reciente de las huellas advirtiera al muchacho que se estaba aproximando a ellos y que tendría que acrecentar su sigilo.

No había formulado ningún plan para capturar a Ruspak. Esto dependería por entero de las circunstancias. Era naturalmente imposible arrancarlo del seno del grupo. La tentativa hubiera significado una muerte cierta para Bomba.

Debía esperar el momento de hallar solo al hechicero. Y cuando llegase esa oportunidad debía estar preparado para aprovecharla instantáneamente.

Confiaba más que nada en la costumbre de todos los médicos brujos de internarse solos en la selva a fin de recoger hierbas y raíces o para llevar a cabo sus fingidas

entrevistas con los dioses. En tales ocasiones los salvajes se mantenían apartados, pues consideraban un sacrilegio interrumpir las meditaciones de sus sacerdotes.

Tal ocasión podría presentarse ahora, y de ser así, Bomba estaría listo para aprovecharla de inmediato.

Sabía ahora que estaba cerca de sus enemigos. Ya captaba su olor, y hubo momentos en que oyó frente a sí el ruido de los matorrales que indicaban el paso del grupo. Tendría que andar con mucho tiento. Su vida y la de Casson dependían de su cautela.

Pronto sintió olor de humo y comprendió que los salvajes se habían detenido y estaban encendiendo el fuego para su comida de mediodía.

Avanzó arrastrándose por entre los matorrales hasta que pudo ver el campamento de sus enemigos desde el abrigo que le ofrecía un macizo de matas.

Los indios estaban preparando la comida y casi todos ellos trabajaban alrededor del fuego.

Tocarora se hallaba sentado al pie de un gigantesco árbol. A juzgar por su inquietud y las muecas que hacía de tanto en tanto, era evidente que aún le dolía la muñeca herida. Se notaba que, además, estaba de muy mal humor, como lo indicaba su gesto malévolo y los gruñidos rabiosos con que daba órdenes a sus compañeros.

Ruspak estaba al otro extremo del claro tan lejos del jefe como le era posible. Al parecer no se había zanjado la diferencia entre ambos.

Era la primera oportunidad que tenía Bomba de estudiar el rostro del hechicero. Notó en él gran astucia. El médico brujo llevaba alrededor del cuello un collar de dientes de caimán, y tenía tatuados en el pecho grotescos símbolos que servían para convencer a los salvajes de que era su mediador ante los dioses. Bomba se sintió dominado por la ansiedad y la impaciencia mientras los miembros del grupo comían con gran lentitud. Pero se sintió recompensado por su espera cuando vio que Ruspak, que había comido poco, sacaba de su morral varios objetos curiosos como los que usan los sacerdotes nativos para su ritos.

-¿Adónde va Ruspak? -gruñó Tocarora al observar los preparativos con expresión muy poco amistosa.

-A la selva a consultar a los dioses -fue la respuesta que le dio el hechicero al ponerse de pie.

-¿Cuándo volverá Ruspak? -inquirió el jefe.

Bomba esperó la respuesta con creciente impaciencia.

-Eso lo decidirán los dioses -manifestó el hechicero en tono impresionante-. Ellos son los que ordenan. Tocarora no necesita esperarme. Lo seguiré antes de que se ponga el sol. Los nativos le abrieron paso cuando se encaminó por entre ellos hacia la selva.

El camino que tomó formaba ángulo recto con el que seguía el grupo. Bomba se fue retirando hasta que le pareció seguro ponerse de pie. Dio entonces un rodeo con el cual cortaría la ruta que seguía Ruspak.

Al cabo de un rato notó que se acercaba a su presa, pues oyó el ruido de las malezas que pisaba el hechicero. Mas no tenía apuro en atacarlo. Cuanto más se alejara Ruspak de sus camaradas, tanto más seguro sería el triunfo de Bomba.

Más de dos kilómetros había avanzado antes de que el médico brujo hallara un lugar de su agrado. Se detuvo a la sombra de un corpulento árbol, formó un altar de piedras y colocó sobre él algunas imágenes de sus dioses.

Comenzó entonces sus invocaciones, haciendo signos cabalísticos con las manos, recitando lo que parecía ser una letanía y postrándose a veces en el suelo.

Bomba sacó una flecha de su carcaj y la ajustó a la cuerda del arco. Luego, en el momento en que el salvaje le daba la espalda, salió silenciosamente al claro.

CAPÍTULO 7
REHÉN

Bomba apuntó a su blanco humano y dijo en voz queda pero vibrante:

-¡Ruspak!

El efecto fue instantáneo.

El hechicero se volvió con la rapidez del rayo mientras que la sorpresa y la alarma se pintaban en sus ojos al ver a Bomba. Luego abrió la boca como para pedir auxilio.

-No grites -le advirtió Bomba estirando la cuerda del arco-. Si gritas, mueres.

Era tan amenazadora su mirada y tan segura sería su puntería a tan corta distancia, que Ruspak obedeció sin más ni más.

-¿Qué quieres de mí? -inquirió con voz trémula-. ¿Cómo te atreves a amenazar de muerte a un sacerdote de los dioses?

-No morirás si haces lo que te ordene-repuso el muchacho, sin dejar de apuntarle-. Quiero que vengas y cures al hombre blanco con tu medicina.

-Creí que lo había matado el árbol que cayó anoche - murmuró el otro.

-El árbol no le hizo daño -repuso Bomba.

-Pero está muy enfermo. Tú sabes curar a los enfermos. Después que hayas curado a Casson, podrás regresar a tu tribu sano y salvo. Te haré regalos.

Ruspak reflexionó un momento. No es que tuviera escapatoria, pero no era acorde con su dignidad eso de ceder demasiado pronto a las exigencias del muchacho.

-Iré -dijo al fin, comenzando a reunir sus imágenes de piedra-. Pero lo pasarás mal si llegas a hacerme daño.

-No hablo con lengua torcida-replicó Bomba-. Te irás en paz si pones bien a Casson. Pero debemos apresurarnos o Casson morirá antes que lleguemos a la cabaña. Camina frente a mí y haz lo que te digo. Llevaré la mano sobre el cuchillo, y el cuchillo es largo y filoso.

Partieron en la dirección indicada por Bomba. De vez en cuando miraba Ruspak hacia atrás, viendo siempre que el muchacho lo vigilaba y se mostraba listo para castigar cualquier tentativa de dar la alarma.

Al cabo de un rato llegaron a los alrededores de la cabaña. Cuando salieron al claro, Ruspak dejó escapar un chillido de terror. Acababa de ver al puma echado frente a la puerta, de donde no se había movido el animal durante la ausencia de Bomba.

El médico brujo se volvió para huir, pero el muchacho lo contuvo.

-No te hará daño -explicó-. Es mi amigo. Pero si le ordeno que lo haga, es capaz de destrozarte. Ven aquí, Polulu.

Se levantó la bestia y se adelantó hacia Bomba, quien le acarició la cabeza, mientras que Ruspak, fuertemente sujeto por la otra mano del muchacho, parecía a punto de desmayarse de terror.

-Has hecho bien, Polulu. Ahora puedes ir a cazar o volver a tu cueva -le dijo Bomba-. Pera regresa de nuevo y quédate cerca de la cabaña a fin de que puedas venir si te llama Bomba. No hagas daño a este hombre mientras esté cerca de la cabaña. Pero si lo ves huir por la selva, mátalo.

Polulu pareció comprender perfectamente, y Ruspak tembló con violencia cuando los ojos verdosos de la fiera lo miraron por un momento. El puma restregó su cabeza contra el muchacho y partió luego hacia la selva.

Lo que Bomba acaba de decirle era casi exclusivamente

para impresionar a Ruspak, y la actitud más sumisa del hechicero indicó que había sido efectiva la lección. Se notaba que respetaba más a Bomba. Una persona que tuviera un aliado tan formidable como el puma era digna de respeto.

El muchacho y su prisionero entraron en la vivienda, donde Casson se agitaba todavía presa del delirio.

-Ya ves que está muy enfermo -expresó Bomba-. Pero tú eres el más grande de los médicos brujos y puedes curarlo. El halago produjo su efecto, Ruspak se sintió más calmado. Además de su seguridad, estaba en juego su orgullo profesional. Inmediatamente hizo un cuidadoso examen del enfermo. Siguiendo sus instrucciones Bomba fue a buscar agua al arroyo. Después sacó Ruspak algunas hierbas del saquito que llevaba pendiente de la cintura y, poniéndose en cuclillas, comenzó a preparar un té, murmurando hechizos mientras lo hacía.

Una vez preparada la bebida, se la fue administrando a Casson a intervalos regulares. Después que hubieron pasado varias horas, el paciente empezó a transpirar profundamente y poco más tarde se quedaba dormido.

Bomba se sintió encantado ante el evidente adelanto en la condición de Casson, y el mismo Ruspak pareció orgulloso de su habilidad, mientras que, en el entusiasmo de su tarea, sintió que disminuía en algo la hostilidad que sentía contra los blancos.

-Ruspak es un gran hechicero -dijo Bomba.

-Sí -admitió el otro con gran complacencia-. Ruspak es grande. No hay otro más grande en todas las tribus. Cuando prepara su medicina, los enfermos mejoran enseguida.

El muchacho había preparado una buena comida que compartieron con buen apetito. Se había establecido entre ambos una especie de tregua nacida de su interés en la tarea común de mejorar a Casson. Por el momento estaba enterrada el hacha, aunque los dos sabían que antes de mucho volverían a empuñarla.

Después que hubieron terminado de comer, conversaron un rato sobre diversos temas interrumpidos por largos momentos de silencio. Bomba vio que Ruspak era mucho más inteligente que la mayoría de los nativos con los cuales había tenido contacto.

Se le ocurrió entonces la idea de que quizá Ruspak pudiera decirle algo acerca de Jojasta, el hechicero de la Montaña Movediza.

Se debía su interés a que en uno de sus intervalos de lucidez Casson había dicho que si quería saber algo más respecto a sus padres, debía obtener datos de Jojasta. El anciano se había esforzado desesperadamente por recordar detalles, pero su memoria le fallaba justo cuando estaba a punto de captar los fugaces recuerdos.

Pero Casson sabía que Jojasta estaba enterado de lo que él no podía recordar, y se convino en que lo antes posible hiciera Bomba el viaje hacia la Montaña Movediza para tratar de conseguir que el famoso hechicero le aclarara las cosas que deseaba saber.

-¿Conoce Ruspak a Jojasta? -preguntó Bomba, rompiendo un largo intervalo de silencio.

El efecto de esta pregunta inocente fue extraordinario. El médico brujo se levantó de un salto y se quedó temblando como atacado por un terror incontenible.

-¿Por qué lo preguntas? -exclamó-. No es conveniente pronunciar el nombre de Jojasta. Él puede mandarnos el rayo desde lejos si así lo desea.

-¿Lo conoces entonces? -insistió Bomba, asombrado ante el efecto que produjeron sus palabras.

-¿Quién puede decir que lo conoce?-replicó Ruspak-. Sé que es un gran médico brujo y que vive en la Montaña Movediza donde están las Cavernas de Fuego. Vive solo y sabe muchas cosas. Los hombres tiemblan ante él.

-Yo no necesito temblar porque no deseo hacerle daño -repuso el muchacho-. Sólo quiero formularle una pregunta. ¿Por qué habría de hacerme daño por esa causa?

-¿Quieres decir que irás a buscarlo y hablarle cara a cara? -preguntó el hechicero, como si no creyera en el testimonio de sus oídos.

-Lo haré tan pronto Casson esté lo bastante bien como para quedar solo. Jojasta es el hombre que podría decirme algo acerca de mis padres.

-¿Casson no sabe nada? -inquirió el hechicero con incredulidad.

-Lo sabía, pero su mente no funciona bien desde que se hirió en la cabeza. Ha tratado de decirme cosas, pero las olvida. Pienso que Jojasta quizá recuerde, pues él está bien de la cabeza y no olvida nada.

Ruspak lo miró con expresión sombría, como si estuviera contemplando a un condenado a muerte.

-Es una locura poner la cabeza en la boca del jaguar-dijo al fin, en tono solemne-. La misma locura sería ir a buscar a Jojasta. Él podría matarte con una mirada de sus ojos. Siempre ha estado dispuesto a matar, y se ha puesto peor desde la muerte de su esposa blanca. Bomba dio un respingo.

-¿Su esposa blanca? -exclamó-. ¿Jojasta también es blanco?

-Es medio blanco y medio indio-repuso Ruspak-. Pero su esposa era blanca pura. Se perdió en las Cavernas de Fuego hace muchos años, poco después que dio a luz.

-¿Dio a luz? ¿Tuvo familia? ¿Un varón o una mujer?

-Un varón -contestó Ruspak-. Sería más o menos de tu edad si hubiera vivido -agregó, estudiando con los ojos la figura del muchacho.

-¿Murió entonces?

-Solamente los dioses lo saben-fue la respuesta-. Jamás se volvió a ver ni a él ni a su madre.

Bomba sintió que su mente era un torbellino. ¿Sería Jojasta su padre?

-¿Cómo se llamaba la mujer?-inquirió, adelantándose con profundo interés-. ¿Era Laura?

CAPÍTULO 8
EN CAMINO HACIA LA MONTAÑA MOVEDIZA

Ruspak miró al muchacho con gran curiosidad, asombrado ante su evidente nerviosidad.

-No lo sé -repuso-. Nunca me lo dijeron. ¿Qué importa? Debe haber muerto, pues nunca la encontraron. No conviene hablar de un hombre que tiene poder y es tan bien mirado por los dioses.

Se puso de pie y preparó más té de hierbas para el enfermo. Pero había dicho ya lo suficiente como para hacer pensar a Bomba.

¿Sería posible que fuera el hijo de Jojasta? Según Ruspak, contaba más o menos la misma edad. Y Jojasta era medio blanco, mientras que su esposa desaparecida había sido blanca pura. ¿Por qué no habría de ser verdad lo que conjeturaba? Los blancos eran muy raros en la jungla.

¿Sería éste el secreto que el viejo naturalista tratara tantas veces de impartirle sin poderlo hacer? ¡Ah, si Casson recobrara el uso de sus facultades mentales!

Una y otra vez intentó Bomba sonsacarle algo a Ruspak sobre el tema, pero no obtuvo otra respuesta que el silencio. Evidentemente, el médico brujo lamentaba haber hablado tanto, y no hacía más que mirar hacia todos lados como si esperara ser castigado en cualquier momento por su indiscreción.

Empero, no fue tan reticente cuando Bomba, chasqueado ante su silencio, le preguntó respecto a los prisioneros que viera el día anterior en poder de los cazadores de cabezas.

-Sí -respondió con una sonrisa de gran satisfacción-, nuestra gente tuvo buena caza. El grupo cayó sobre un campamento de blancos y los apresó a todos.

-¿Por qué? ¿Les habían hecho algún daño a tu gente?

-No -contestó Ruspak, con un dejo de sorpresa en la voz, como si no comprendiera qué tenía que ver ese detalle con el asunto-. Pero la selva pertenece a los más fuertes. Nosotros lo fuimos más que ellos y por eso los apresamos.

-¿Ya los mataron?

-Todavía no. Tienen que sufrir mucho antes de morir. Será un gran día para nuestra tribu cuando oigan todos los gritos de dolor de los blancos. Los haremos sufrir largo tiempo. Después les cortaremos las cabezas para adornar nuestras chozas.

Se estremeció Bomba al escuchar el brutal programa. Su corazón se llenó de piedad hacia los cautivos condenados a destino tan cruel, el mismo destino que les esperaba a él y a Casson si llegaban a caer en manos de los invasores.

-¿Había una mujer entre los blancos? -preguntó al cabo de un momento.

-Sí, una mujer con cabellos tan amarillos como el oro. Será una magnífica cabeza para adornar la choza de Nascanora. Ya tiene muchas otras, pero ninguna como ésa.

Así diciendo, el hechicero se relamió de placer ante la perspectiva.

A Bomba le hervía la sangre en las venas, pero se abstuvo de hacer comentarios. Su indignación podría despertar las sospechas del médico brujo, haciéndole saber que pensaba intentar el rescate de los prisioneros. Así, pues, adoptó un tono casual al formular su siguiente pregunta.

-¿Entonces no morirán hasta que los presenten a Nascanora?

-No -contestó Ruspak-. Nascanora se enfadaría mucho si no se los llevaran vivos para que brinden un día de fiesta a toda la tribu.

Este detalle reconfortó un tanto a Bomba. Los blancos todavía estaban vivos y, por lo tato, aún había esperanzas. Se juró a sí mismo que haría todo lo posible por lograr la libertad de los prisioneros.

Sabía que una tarea de esa naturaleza significaría un riesgo para su vida. ¿Por qué habría de arriesgarse por gente que no era nada para él?

Supo la respuesta en el mismo momento de formularse la pregunta. Porque eran blancos y él también lo era. Lo exigía así la sangre.

Ya era bastante tarde y se sentía cansado. Fue hacia la puerta y se asomó al exterior.

Al borde del claro vio un cuerpo tendido y oyó un ronroneo profundo. Polulu se hallaba en su puesto.

-Allí está Polulu -dijo a Ruspak, mientras cerraba la puerta y colocaba la barra-. Estoy cansado. Me voy a dormir.

Por la expresión de terror que apareció en los ojos del hechicero, comprendió que podía dormir tranquilo. Fuera cual fuese la traición que meditara el médico brujo, éste no la pondría en práctica mientras la temible fiera estuviese de guardia.

La mañana siguiente Casson amaneció mejor, y por la noche había recobrado ya el conocimiento, aunque aún continuaba muy débil. No obstante, saltaba a la vista que ya se hallaba en franca convalecencia.

Durante dos días más progresó rápidamente, y entonces Ruspak recordó al muchacho la promesa que le hiciera. -He sanado al hombre blanco y deseo volver a mi tribu-dijo. Bomba estaba dispuesto a conceder el permiso. Ni por un momento había dejado de temer que los cazadores de cabezas volvieran a buscar a su hechicero. Ahora que éste había hecho su obra, el muchacho quería desprenderse de él.

-Está bien -expresó-. Se lo diré a Polulu para que no te haga daño. Pero Ruspak debe jurar que no contará a su gente dónde ha estado ni que Casson y Bomba viven todavía.

-Lo juro -respondió el otro, aunque su mirada furtiva daba el mentís a sus palabras-. Pero Bomba dijo que haría un regalo a Ruspak.

-Bomba no habla con lengua torcida-manifestó el muchacho-. ¿Qué quiere llevarse Ruspak?

-Una caja de palitos que prenden fuego -y el hechicero indicó una caja de fósforos, casi con temor, como si creyera que pedía demasiado.

-Tuya es -le dijo Bomba con magnanimidad.

Ruspak la tomó de inmediato, mientras sonreía de placer. Era una magia nueva con la cual asombraría a su gente. Para él era de más valor que el oro. Y cuando Bomba le dio también un viejo libro de imágenes coloreadas, la alegría del hechicero fue extraordinaria. Allí tenía riquezas que jamás soñara poseer.

Bomba abrió la puerta y llamó a Polulu.

-No le hagas daño -dijo, indicando a Ruspak-. Se ha portado bien. Ahora se va a la selva. No lo sigas. Te lo ordena Bomba.

Polulu ronroneó al tiempo que restregaba la cabeza contra la mano de su amigo, mientras que el hechicero, no muy tranquilo, se alejaba apresuradamente hacia el interior de la selva sin dejar de mirar por sobre el hombro.

La promesa de Ruspak no causó la menor impresión en Bomba. En el momento de ser hecha quizá fue más o menos sincera, pero el muchacho sabía que cuando el hechicero se encontrara de nuevo entre los suyos volvería a sentir el resentimiento de antes y revelaría que Casson y Bomba estaban vivos. Entonces regresarían Tocarora y su banda y esta vez quizá tuvieran más suerte en su ataque. La perspectiva de que su cabeza y la de Casson adornaran la choza de uno de los salvajes no era nada agradable.

No le había agradado la expresión del hechicero cuando le dio su palabra de no decir nada.

El muchacho no sopesó mucho el problema. Para él pensar era poner manos a la obra.

Despidió a Polulu con una caricia y volvió a la cabaña. -Escucha, Casson -dijo-. Ruspak se ha ido. Él curó tu fiebre, y ya estás mejorando. Dijo que no diría a su gente que estábamos aquí, pero no confío en él. Por eso te alejaré de aquí para llevarte a un sitio más seguro.

El viejo asintió sin mayor interés. Lo dominaba la apatía de costumbre. Poco le importaba a Casson la vida o la muerte. Bomba reunió sus pocos efectos y los llevó a la canoa que tenía oculta en el río que corría a cierta distancia de la cabaña. Después que los hubo acomodado en la embarcación, regresó para tomar a Casson en brazos y llevarlo hacia la costa. Lo acostó entonces en el interior de la canoa, acomodándolo entre varias mantas.

Hecho esto, se sentó a proa y remó hacia el centro del río. Allí lo capturó la corriente, y como fluía en la dirección que deseaba tomar Bomba, el muchacho no tuvo más que mantener a su embarcación en el centro y dejarse llevar por la fuerza de las aguas.

Empero, le fue necesario estar muy alerta para no pasar debajo de los árboles que extendían sus ramas desde las orillas, ya que desde cualquiera de ellas podría caerles encima la terrible anaconda.

Habían viajado varias horas y era casi mediodía cuando llegaron a destino.

Una vieja cabaña se destacaba en un claro pequeño que se extendía desde la ribera hacia la selva. Bomba guió la canoa hacia la orilla y llamó en alta voz.

Salió a la puerta una anciana que se hizo sombra sobre los ojos a fin de reconocer a sus inesperados visitantes. Era muy vieja y tenía el rostro surcado de arrugas.

-¡Bomba! -exclamó, llena de gozo.

-Sí, Pipina, soy Bomba-replicó el muchacho, aproximando la embarcación a la costa-. Vengo a buscarte porque estoy en dificultades y necesito tu ayuda.

-¿Por qué no ha de ayudarte Pipina? -fue la respuesta-. Bomba me ha traído buena carne muchas veces.

-Traeré más -le prometió él-. Escucha, Pipina, Casson ha estado enfermo, pero está mejorando. Bomba debe irse y no volverá hasta pasadas una o dos lunas. No me atrevo a dejar solo a Casson porque los cazadores de cabezas andan por la selva y

quieren matarlo. Por eso te lo traigo y te pido que lo cuides. Hay muchos alimentos en el bote, y yo cazaré para traer más antes de partir. ¿Hará Pipina lo que le pido?

La vieja india asintió sin reservas. Hacía muchos años que era viuda y sin hijos ni nietos, alimentándose escasamente con lo poco que obtenía de su huerta. Muchas veces, al regresar de alguna excursión de caza, Bomba le había dejado carne en abundancia, razón por la cual la anciana le estaba profundamente agradecida.

Ella también poseía gran habilidad para preparar y administrar los remedios propios de la selva. y Bomba sabía que Casson no podía quedar en mejores manos.

Colgaron una hamaca en la choza y Bomba acostó en ella a su amigo. Después transportó sus provisiones a la vivienda. Durante los dos días siguientes se dedicó a la caza, y tuvo tanta suerte que pudo obtener mucha carne para que Pipina curara y guardase para el futuro.

En el transcurso de este lapso se aferró a la esperanza de que Casson recobrara su memoria el tiempo suficiente como para ahorrarle el viaje. Una y otra vez interrogó al anciano acerca de Bartow y Laura, mas sin resultado alguno. Casson se esforzó desesperadamente por recordar lo que sabía, pero todo fue inútil. Lo más que pudo hacer fue repetir que Jojasta estaba enterado de todo.

Así, pues, no había más remedio que partir. Bomba debía ir a ver a Jojasta a fin de aclarar el misterio que rodeaba a su nacimiento. Se había convertido esto en una necesidad tal que el muchacho estaba dispuesto a enfrentar todos los peligros para saber la verdad.

La tercera mañana después de su llegada a la choza de la india, se despidió cariñosamente de Casson y repitió sus instrucciones a Pipina. Partió entonces en su viaje hacia la vivienda del hechicero de la Montaña Movediza.

Por detalles que le diera Casson y por lo que conjeturó en sus conversaciones con Ruspak, conocía más o menos la dirección en que tendría que viajar, y estaba seguro de que

podría obtener más informes de los indios amigos a quienes encontrara por la selva.

Hizo en canoa la primera etapa de su viaje, ya que la ruta pasaba frente a la cabaña donde él y Casson vivieran por muchos años.

Una exclamación de sorpresa partió de sus labios al llegar a la vista de su claro.

No existía ya la cabaña. En su lugar no que daba otra cosa que una masa de ruinas humeantes.

Ruspak había faltado a su palabra, diciendo a Tocarora que los blancos estaban con vida. Los cazadores de cabezas volvieron y se encontraron con que la presa había volado. El agua no

dejaba huellas, de modo que no les quedó otra alternativa que descargar su furia en la vivienda abandonada.

¡Cuánto se felicitó Bomba de haber llevado a Casson a lugar seguro!

La cabaña podría ser reconstruida, si no allí, por lo menos en otro sitio.

Y el hecho de que los cazadores de cabezas hubieran estado allí produjo cierta satisfacción al muchacho, pues demostraba que no le llevaban ventaja en el largo viaje hacia la Catarata Gigante.

En efecto, durante los dos días en que estuvo ocupado proveyendo de comestibles a Pipina, le preocupó el temor de que no pudiera alcanzarlos antes de que llegaran al grupo principal de la tribu.

En cualquier otro momento se abría alegrado de su partida, considerando una ventaja cada kilómetro que lo separaba de los indios. Pero ahora estaba decidido a rescatar a los prisioneros blancos, esencialmente después de la descripción que le hiciera Ruspak acerca del destino horrendo que les tenían preparado. Hubiera sido bastante malo si los prisioneros fueran todos hombres, pero la idea de que también la mujer de los cabellos de oro sufriría las torturas descriptas hizo que Bomba rechinara los dientes de rabia.

Escondió la canoa y partió con toda la prisa que le permitió la cautela. Confiaba en su conocimiento de la selva y su sentido de la orientación para llegar antes de mucho a las cercanías del lugar en que se encontraban sus terribles enemigos.

Había viajado por espacio de una hora más o menos, cuando, al dar vuelta a una curva del camino, vio frente a sí a un jaguar enorme.

La bestia se hallaba a menos de nueve metros de distancia.

Era evidente que el animal estaba tan sorprendido como Bomba ante el inesperado encuentro.

Mas no tenía intención de retroceder. Veía frente a sí a una presa que no tuvo que perseguir y no desaprovecharía la oportunidad.

Se levantó con un gruñido profundo y comenzó a avanzar en actitud amenazadora hasta hallarse lo bastante próximo como para dar el salto.

Con la celeridad del rayo puso Bomba una flecha en su arco, lo extendió todo lo que daba y... En ese momento se cortó la cuerda.

El jaguar se acurrucaba ya para dar el salto.

CAPITULO 9
LOS ANILLOS DE LA ANACONDA

Bomba se creyó perdido, pues no tenía posibilidad alguna de retroceder.

Pero de pronto, un cuerpo largo y grueso se lanzó como un rayo sobre el jaguar desde la rama de un árbol próximo. Un momento después la bestia se debatía entre los anillos de una gigantesca anaconda.

La lucha que siguió fue terrible. La serpiente había envuelto el cuerpo del jaguar y sus colmillos estaban hundidos en el cuello de su presa.

El felino se retorcía furiosamente, mordiendo y lacerando con sus garras al ofidio. Su instinto le decía que si lograba arrancar del árbol la cola del reptil, éste perdería su punto de apoyo y sus anillos se verían privados de su poder demoledor.

Mas la serpiente se aferraba sin aflojar su asidero, y sus anillos se fueron apretando hasta que Bomba oyó crujir los huesos del jaguar. Este fue el comienzo del fin.

Gradualmente se fueron debilitando las fuerzas del felino a medida que los anillos del reptil le quitaban la respiración, hasta que finalmente se le pusieron los ojos vidriosos y su cuerpo quedó exánime.

La anaconda no corría riesgos, y siguió aplicando la inexorable presión hasta que el cuerpo del animal quedó convertido en una masa informe. Entonces comenzó a desenrollarse en longitud a fin de engullirse a su víctima.

Bomba había observado lleno de fascinación mientras luchaban sus dos enemigos, cualquiera de los cuales lo habría matado sin la menor vacilación. Mas no tenía el menor deseo de enfrentarse a la anaconda, de modo que ahora se alejó apresuradamente y no se detuvo hasta que se encontró bien lejos de la escena de la titánica batalla.

Interrumpió su camino solamente para colocar una cuerda nueva a su arco y luego reanudó el viaje que había estado tan cerca de tener una terminación tan súbita como fatal.

Mantuvo la atención fija en el camino que transitaba, y sus ojos iban de un lado a otro a fin de sorprender la presencia de cualquier enemigo. Mas su concentración no impidió que otras ideas ocuparan su mente de tanto en tanto.

La primera de ellas era su aprensión por la salud de Casson. El anciano se aferraba apenas a la vida y en cualquier momento podía abandonar el mundo, aun cuando no lo encontraran sus enemigos. Bomba estaba muy seguro de Pipina. Sabía que ésta sería fiel a su confianza. Mas estaba siempre presente el temor de que los cazadores de cabezas descubrieran el escondite del anciano.

Bomba se preocupaba también por el destino de los cuatro prisioneros blancos, especialmente de la mujer de los cabellos rubios.

Más que nada pensaba en el objeto de su misión, en Jojasta y la maravillosa Montaña Movediza. ¿Resolverían las Cavernas de Fuego el misterio de Bartow y Laura?

Impaciente por la distancia que lo separaba de las respuestas a estas preguntas, Bomba apresuró más el paso.

Tenía sed y su instinto selvático le dijo que había agua en los alrededores. Así, pues, se desvió hacia la derecha, en la dirección de la que le llegaba el olor del líquido elemento.

Avanzaba con rapidez, acuciado por la sed. Pero antes que hubiera adelantado muchos metros vio algo que lo hizo detenerse y fruncir el ceño lleno de cólera.

En efecto, alrededor del pozo de agua había numerosas víboras, muchas de ellas casi tan gruesas como los brazos de Bomba y otras delgadas y sinuosas como anguilas. El pozo estaba bien protegido. Era más fácil salvar una guardia de jaguares hambrientos que arrostrar el peligro representado por los mortíferos ofidios.

Tan silenciosamente como llegara se retiró Bomba hacia la selva. Estaba furioso y decepcionado. Su sed parecía aumentar por el solo hecho de no poder ser satisfecha.

Había otros pozos de agua; pero, hasta encontrarlos, el muchacho tendría que seguir sufriendo las molestias de la sed. Aquella parte de la jungla era nueva para él, y debía depender de su instinto para encontrar agua.

No le falló su habilidad, y antes de mucho llegó a un arroyuelo poco profundo que corría por sobre las rocas del cauce con agradable murmullo.

Bomba lanzó un grito de alivio, se arrojó boca abajo en la orilla y bebió hasta hartarse.

Por unos momentos se quedó allí descansando y para matar el tiempo sacó de su morral la armónica que le regalaran Ralph Gillis y Jake Dorn y se puso a tocar una suave melodía.

De pronto se oyó un ruido leve entre los matorrales cercanos y apareció la cabeza triangular de una serpiente que clavaba sus ojos en Bomba con terrible intensidad.

El primer impulso del muchacho fue ponerse de pie de un salto. Mas el ofidio estaba tan próximo que Bomba comprendió que lo mordería antes que pudiera ponerse a salvo.

Así, pues, en lugar de moverse, continuó tocando la armónica mientras vigilaba a la serpiente con el rabillo del ojo, aunque sin dar otra demostración de que estaba enterado de su presencia.

Casi en el momento mismo de atacar, la serpiente se contuvo y su cabeza quedó momentáneamente rígida e inmóvil. Los ojos se le velaron y luego el largo cuerpo comenzó a mecerse de lado a lado, llevando el compás de la música. Bomba tocaba para salvar la vida.

Continuó soplando sin cesar hasta que el ofidio pareció hallarse completamente magnetizado. Entonces, sin dejar de tocar el instrumento, el muchacho fue retrocediendo lentamente hasta que hubo acrecentado a unos cuatro metros la distancia que lo separaba del reptil.

Con gran celeridad se levantó entonces, giró sobre sus talones y echó a correr sin aminorar la carrera hasta que supo que estaba completamente a salvo.

Maravillado, acarició la armónica que por segunda vez le salvara la vida. ¿Qué tenía ese instrumento que lograba inmovilizar a sus enemigos más implacables?

-Es la magia de los blancos -murmuró-. Ellos lo saben todo. Y algún día Bomba también lo sabrá todo, porque él también es blanco.

Durante largo tiempo viajó el muchacho con gran rapidez. Llegó al sitio en que viera por primera vez a los cuatro prisioneros desde el árbol gigante.

No había huellas de su presencia allí, salvo las cenizas frías del fuego de los indios. Sin duda alguna, los indefensos cautivos se hallaban ya en camino hacia la aldea de Nascanora. No obstante, el muchacho notó muchas señales que le indicaron que estaba sobre la pista y que no le llevaban mucha delantera.

Caía la noche y se detuvo para descansar. Del morral que colgaba de su cinturón sacó un trozo de carne asada que había preparado antes de partir. No llevaba muchas provisiones consigo, ya que había mucha caza en la jungla y sus flechas le proveerían de lo necesario mientras estuviera de viaje.

Estaba comiendo tranquilamente su trozo de carne de tapir

cuando sus aguzados oídos le advirtieron que no todo andaba bien por los alrededores. Captó vagos murmullos y algunos movimientos tan leves que solamente un ser de la selva podría haberlos percibido.

De inmediato se puso en guardia. El peligro acechaba en las proximidades. Cualquier árbol o matorral podría ocultar alguna forma siniestra y sombría.

Por suerte no había cedido a la tentación de encender fuego, el cual habría traicionado de inmediato su presencia.

A gatas se arrastró sigilosamente, evitando con destreza las raíces y las lianas que podrían haberle interceptado el paso. Al avanzar silenciosamente, notó que la selva estaba llena de figuras que se arrastraban como él. En cualquier momento podría encontrarse con alguna de ellas.

En cierta oportunidad le tocó la carne una aguzada espina, y el muchacho creyó que era el cuchillo de algún indio.

Si se hubiera levantado entonces para hacer frente al imaginario enemigo, ese movimiento podría haber sido el último de su vida debido a que hubiera traicionado su presencia en esos lugares.

Pero se dio cuenta a tiempo de lo que pasaba y por un momento se quedó tan inmóvil como los árboles que lo rodeaban. Después, redoblando su cautela, siguió arrastrándose como una serpiente por entre los espesos matorrales.

Súbitamente se oyeron otros ruidos a ambos lados de él, como si el viento agitara las matas a su alrededor. Las sombras estaban tomando forma y sustancia.

Bomba se tendió boca abajo y aguardó, empuñando con fuerza el machete.

En ese momento resonó en las profundidades de la selva un agudo alarido de terror.

CAPÍTULO 10
LA LUCHA EN LA OSCURIDAD

Ese grito estremeció a Bomba hasta lo más íntimo de su ser. De un salto se puso de pie, olvidando por completo el peligro personal, y echó a correr con la ligereza del ciervo hacia el sitio desde el cual le llegara el grito.

Ya no reinaba el silencio en la jungla. Se oían ruidos de lucha, los gruñidos ahogados de los indios y los gritos de hombres blancos.

Después volvió a oírse el terrible alarido.

Bomba apretó los dientes al tiempo que apartaba algunos matorrales que le impedían ver la lucha.

En una hondonada se hallaban dos salvajes luchando con otra persona. Los ojos del muchacho, acostumbrados a la oscuridad, vieron que la víctima era la mujer blanca de los cabellos rubios.

En el momento mismo en que se asomaba vio que los salvajes ataban a su víctima y la arrojaban al suelo. Relucieron los ojos del muchacho y sus dedos apretaron más la empuñadura del machete. Enseguida vio lo que podía hacer.

La rama de un árbol se cernía a escasa altura sobre la hondonada. Con la agilidad de un gato trepó Bomba por el tronco y se fue deslizando por la rama hasta hallarse encima de las tres figuras.

Con la ligereza de un jaguar saltó sobre la espalda de uno de los salvajes y le hundió el machete hasta la empuñadura. Antes que el otro indio pudiera recobrarse de la sorpresa, Bomba se le echó encima y lo puso también fuera de combate.

Se volvió entonces hacia la cautiva.

Ella había lanzado un grito de sorpresa al lanzarse Bomba desde la rama. Ahora se sentó en el suelo. El terror brillaba en sus ojos, y al ver que se acercaba el muchacho, se echó hacia atrás llena de horror.

Él se acercó a la mujer, la tomó de las manos y cortó la cuerda que las sujetaba.

-¡Rápido! -le dijo-. Vámonos.

Como ella continuaba apartándose, Bomba volvió a tomarla de las manos y la obligó a ponerse de pie.

-¡Venga! -exclamó-. Soy su amigo y quiero ayudarla. ¡Vamos!

Pasando por sobre los dos indios que se retorcían en el suelo, el muchacho condujo a la mujer hacia el abrigo de la vegetación circundante.

Después de aquella noche la huida fue para Bomba un recuerdo vago y confuso. Una docena de veces se cruzaron con figuras siniestras que pasaban tan cerca de ellos que con sólo tender el brazo podrían haberlas tocado.

La mujer blanca se dejó conducir sin resistirse. Parecía aturdida a causa del terror y el agotamiento.

Al fin tropezó y cayó, no pudiendo volver a levantarse; Bomba comprendió que le sería imposible continuar avanzando.

-¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Que será de nosotros? Las palabras fueron pronunciadas en susurros, pero Bomba tapó enseguida la boca de la mujer. Ella se apartó atemorizada y su actitud produjo un efecto curioso en el muchacho de la selva. De inmediato se sintió tímido y torpe.

No era extraño que le temiera. A los ojos de la mujer, el muchacho no se diferenciaba mucho de los salvajes de cuyo poder la rescatara. Ella sabía que era formidable. Lo había visto

atacar con la agilidad del puma. Pertenecía a la selva, y todo lo relacionado con la jungla era algo amenazador para ella. Durante largo rato estuvieron acurrucados entre los matorrales, sin moverse ni hablar. Bomba estaba alerta, esperando notar el menor ruido o el más leve movimiento en las cercanías. Mas cuando pasó el tiempo sin que nada rompiera el silencio profundo de la jungla, el muchacho empezó a pensar que realmente había logrado escapar de sus enemigos.

Si los indios habían renunciado a la persecución por esa noche, era probable que la reanudaran en la mañana. Pero antes del amanecer pensaba Bomba estar muy lejos de ese sitio en compañía de la extraña mujer blanca de los cabellos rubios. Mientras el muchacho reflexionaba sobre esto, se sobresaltó al sentir algo que le tocaba el brazo. Empuñó el machete antes de darse cuenta de que era su compañera la que lo había tocado.

-¿Estamos a salvo? ¿Cree que se han ido? -susurró ella.

-Sí -dijo Bomba, preguntándose por qué le costaría tanto hablar con calma-. Creo que esta noche nos dejarán tranquilos. Pero regresarán. Debemos irnos antes que el sol vuelva a brillar en el cielo. Ahora tiene usted que dormir.

-¿Ir adónde?-murmuró la mujer, sin prestar atención a sus últimas palabras-. ¿Adónde podemos ir?

-A un lugar donde yo la llevaré-contestó él, y se asombró al oír la exclamación ahogada de la mujer. ¿Había dicho algo raro?

Aguardó un momento, y al notar que ella no hablaba, dijo de nuevo:

-Ahora tiene usted que dormir.

-¿Dormir?-exclamó ella con tal vehemencia que apenó al muchacho-. ¿Cómo podría dormir? No me será posible.

El no dijo nada, pues nada se le ocurría. Y cuando la mujer

comenzó a sollozar con suavidad, Bomba la miró sin saber qué hacer.

Al fin se quedó ella dormida a causa del agotamiento que la dominaba.

Aunque Bomba también estaba fatigado, no cerró los ojos ni una sola vez durante la larga noche. La responsabilidad no le permitió relajar su vigilancia. Allí tenía a una mujer blanca y sólo él podía defenderla de los incontables peligros de la jungla.

Sus manos eran suaves como el plumón de los pájaros, y su cabello tenía el color dorado del sol.

Pero se había apartado de él y por eso sufría el corazón de Bomba. Tal vez pensaba que era un indio. En realidad, tenía la piel casi tan tostada como la de los salvajes.

Pero él podría decirle que era blanco. Quizás entonces no se apartaría de esa manera.

Durante toda la noche estuvo el muchacho con el arco y las flechas preparados y el machete sobre las rodillas. A veces se oían movimientos entre los matorrales, y en cierta oportunidad lo contemplaron un par de ojos amarillentos que relucían entre las lianas.

Bomba puso una flecha en el arco y al arrojarla se oyó un gruñido de dolor. Desaparecieron los ojos y un cuerpo pesado se alejó apresuradamente por entre la maleza. El sonido se perdió a la distancia mientras el muchacho sonreía satisfecho.

-Bomba es certero aun durante la noche-dijo en voz baja-. Ni siquiera el jaguar osa acercarse demasiado.

Al cabo de un tiempo comenzaron a amenguar las tinieblas de la jungla. Uno por uno aparecieron claramente los objetos circundantes. Bomba se movió inquieto y se volvió para mirar a su compañera. Para su gran sorpresa y embarazo, descubrió que la mujer de los cabellos de oro lo estaba mirando.

Se sentó ella y sacudió la cabeza para quitarse el cabello de sobre la frente. Miró las armas del muchacho y volvió a fijarse en el rostro de Bomba.

-¿Ha estado allí sentado toda la noche? -preguntó con voz baja y dulce-. ¿Toda la noche estuvo despierto para protegerme?

Sonrió él, poniendo al descubierto sus blancos dientes.

-Una vez se acercó un jaguar-dijo-. Pero se fue enseguida. Se estremeció la mujer como si tuviera frío y se arropó en

su chaqueta de caza. Luego miró a Bomba con mayor atención. -Fue usted muy valiente al hacer lo que hizo anoche -expresó.

El muchacho pensó que jamás había oído palabras más agradables.

-Al principio creí que era usted uno de esos hombres -continuó ella, estremeciéndose nuevamente-. Ahora veo que no es como ellos.

Bomba inspiró profundamente y en sus ojos brilló la esperanza. Ella lo sabría. No sería necesario que se lo dijera.

-¡Cielos, usted es blanco! -exclamó entonces la mujer, llena de asombro.

-Sí -gritó el muchacho-. ¡Soy blanco! ¡Bomba es blanco!

CAPÍTULO 11
ELUDIENDO A LOS SALVAJES

La mujer tomó a Bomba del brazo. Tenía el rostro muy pálido y profundas ojeras ensombrecían su expresión. -¿Me ayudará entonces? -exclamó en tono implorante-. ¿Me ayudará a encontrar a mi esposo, a mi hermano y a m¡ hijo? Otra vez los capturaron los indios. Quizá los están torturando en este momento. ¡No puedo soportarlo!

Se levantó de un salto, con una luz extraña en los ojos. Con gran suavidad la obligó Bomba a sentarse nuevamente.

-No debemos hablar alto-le advirtió-. Podría haber indios en los alrededores. Yo trataré de auxiliar a su familia, pero no podemos apresurarnos demasiado. Háble me de ellos. ¿Estaban con usted anoche?

Con un tremendo esfuerzo logró dominarse la mujer. Se inclinó cerca del muchacho y habló con rapidez, mirando de vez en cuando hacia las sombras de la jungla.

-Una noche atacaron los indios nuestro campamento y nos capturaron a todos -dijo-. ¡Fue horrible!

Había elevado la voz y calló un instante, tratando de controlarse.

-Yo los vi después -expresó Bomba-. Los vi atados a los árboles.

Ella lanzó un grito agudo.

-¡Por favor! -rogó-. Ni siquiera puedo pensar en ello. Una noche logró mi hermano librarse de las ataduras. Nos liberó a nosotros y escapamos todos. Pero estábamos perdidos. Buscamos el camino de regreso a nuestro campamento y no pudimos hallarlo. Las penurias que sufrimos...

Calló de nuevo y Bomba leyó la tragedia en sus ojos. De nuevo se sintió enmudecido y turbado. Anhelaba decir algo para consolar a la mujer, mas no supo cómo hacerlo.

-Anoche nos encontraron de nuevo-continuó ella, lanzando otra mirada de terror hacia las sombras de la jungla-. Cuando se nos arrojaron encima y nos rodearon, me sentí enloquecida de terror. Me aparté de los otros, pero me siguieron dos de los salvajes. Acababan de capturarme cuando llegó usted.

Miró al muchacho con gran atención, mientras que la curiosidad con respecto a él le hacía olvidar momentáneamente su pena y su terror.

-¡Estuvo usted espléndido! -dijo-. ¿Cómo pudo dominar a esos dos terribles salvajes? ¡Si no es más que un muchacho! Debe de ser tan fuerte como valiente.

Bomba se sintió halagado ante esos elogios. Mas tuvo poco tiempo para gozar del momento, pues casi de inmediato volvió la mujer a referirse a su tremendo problema.

-Todo lo que sé es que mi marido y mi hermano y mi pobre hijo están de nuevo en manos de los indios -se estremeció y agregó luego, tendiendo las manos hacia Bomba-: ¿No podemos hacer algo para encontrarlos y salvarlos?

-Lo intentaremos -prometió él, conmovido hasta lo más íntimo de su ser ante la desesperación de la pobre mujer-. Pero primero coma un poco de esto.

Sacó del morral el resto del trozo de carne que había estado comiendo y que guardara cuando oyó la llegada de los indios. Ofreció este alimento a la mujer, y se sintió intrigado al ver que ella se echaba hacia atrás, negándose a tocarlo.

No tengo hambre-expresó ella, esforzándose por disimular una mueca de desagrado-. En este momento no podría comer nada.

Vagamente preocupado, Bomba hundió los dientes en la carne de tapir.

-Debe usted comer-dijo, mirándola con el ceño fruncido-. Le buscaré algunos peces en el arroyo. No puede pasar hambre.

-Comeré después -prometió ella, para tranquilizarlo-. Sí, ya me buscará usted algunos peces.

Bomba arrojó a los matorrales el último trozo de carne y se puso de pie con un movimiento ágil.

-Ahora iremos a buscar a su familia-manifestó.

La mujer se puso de pie, mas estaba tan débil que trastabilló y tuvo que tomarse de un árbol para no caer.

Bomba frunció el ceño.

-Usted tiene hambre -dijo-. Hizo mal en no comer la carne que le ofrecí. Se hubiera fortificado.

-No -protestó ella-. Tengo los músculos endurecidos de tanto estar tendida en el suelo. No estoy acostumbrada.

-Bueno, vamos ya.

La mujer se dispuso a avanzar; pero después de dar un paso o dos, volvió a tambalearse y tendió de nuevo la mano para sostenerse.

Bomba se acercó de inmediato.

-Apóyese en mí -dijo tímidamente-. Soy muy fuerte. Ella contempló la figura del muchacho que con su piel de puma parecía algún dios joven de la mitología, y en sus ojos se reflejó un destello de admiración y gratitud.

-Es usted un muchacho espléndido -exclamó-. Tiene más o menos la estatura y la edad de Frank. ¡Mi pobre Frank! ¿Volveré a verlo?

Su voz se quebró entonces, convirtiéndose en un sollozo. -Lo encontraremos-le aseguró Bomba-. Pronto brillará el sol. Debemos irnos mientras haya sombras en la jungla.

Se internaron entre las malezas, perdiéndose entre las sombras. Por un tiempo, la señora Parkhurst -tal era el nombre que dio al muchacho- apoyáse contra Bomba. Las privaciones y penurias sufridas hacían sentir su efecto. No era ya la mujer fuerte y activa que acompañara a su esposo en su expedición a la selva. Lo que entonces pareciera ser una aventura maravillosa se había convertido ahora en un drama lleno de horror.

Empero, tenía gran valor, y la ansiedad por sus familiares le dio fuerzas y la acució a hacer esfuerzos que, en circunstancias menos graves, le hubiera sido imposible realizar después de lo que había sufrido hasta entonces.

Gradualmente se le fueron fortificando las piernas y caminó con más facilidad. Bomba casi lamentó cuando sacó ella la mano de sobre su hombro y siguió andando sin apoyarse en él.

Por un tiempo se vieron obligados a seguir con la mayor precaución. Bomba pensaba regresar al sitio donde rescatara a la señora Parkhurst de manos de los indios.

No muy lejos de allí -había explicado ella- capturaron a sus familiares. Examinaría el sitio para ver si encontraba indicios que le ayudaran a seguir la pista que tomaran los salvajes con sus prisioneros.

Ignoraba lo que iba a hacer al alcanzar a los cazadores de cabezas. Ya su ingenio le indicaría la manera de obrar. Cuando los hallara ya vería.

No encontraron indios ni huellas de los mismos. y Bomba comenzó a abrigar la esperanza de que hubieran renunciado a buscar a la mujer de los cabellos dorados y estuvieran satisfechos con haber recapturado a los otros miembros del grupo de exploradores.

De ser así estaría resuelta una parte de su problema. En lugar de ocuparse en eludir la persecución, podría convertirse en perseguidor y tomar la iniciativa.

La señora Parkhurst se maravilló ante la habilidad de Bomba. Naturalmente, no recordaba detalles del camino que siguieran en su fuga la noche anterior. Para ella había sido aquello una pesadilla: un correr a ciegas entre las tinieblas amenazadoras, una memoria horrible de manos crueles que se tendían para volver a hundirla en la desgracia y el cautiverio.

Y ahora, al ver a Bomba que marchaba sin vacilaciones hacia la escena de la lucha, su curiosidad con respecto al muchacho se multiplicó extraordinariamente.

Anhelaba interrogarlo, pero cuando quiso hacerlo el muchacho le indicó que guardara silencio.

-Será mejor que no hable todavía-le advirtió-. Esperaremos hasta estar seguros de que se han ido los indios.

Al fin llegaron al sitio del que escaparon la noche anterior. No estaban los cuerpos de los dos salvajes. Al ver el lugar, la mujer pareció a punto de perder el sentido. Se echó hacia atrás, poniéndose la mano sobre los ojos, y exclamó con voz quebrada:

-¡John! ¡Frank! ¿Dónde están? ¡Oh! ¿Qué les han hecho? -¡Vamos! -le urgió Bomba-. Creo que los encontraremos. Venga conmigo.

El muchacho acababa de ver el rastro de los indios. Para ojos menos penetrantes, las señales de su paso habrían sido invisibles. Pero para el muchacho estaban bien claras, y no vaciló ni un momento siquiera.

La señora Parkhurst lo siguió de cerca. Aunque no se quejaba, se daba cuenta de que se le estaban agotando las fuerzas. Le sería imposible continuar mucho tiempo más sin descansar.

Oyó entonces un gruñido de Bomba y lo vio detenerse y poner una flecha en el arco.

CAPÍTULO 12
EL RUGIR DE LAS AGUAS

La mujer dio un respingo al notar el movimiento del muchacho.

¡Los indios! Debían haberlos alcanzado.

Pero casi en el momento mismo en que partía la flecha, Bomba lanzó un grito de triunfo y salió corriendo a un claro. Su acompañante lo siguió con más cautela y lo vio inclinado sobre un tapir. La flecha había atravesado el corazón del animal, matándolo instantáneamente.

Bomba lo arrastró hacia el abrigo de los matorrales.

-¡Ahora comeremos carne fresca! -exclamó lleno de placer-. Estamos de suerte. La carne del tapir es muy buena.

-¿Pero y los indios? -dijo la mujer, olvidando por el momento su hambre y su fatiga-. Debemos seguirlos sin perder tiempo.

-No perdemos tiempo cuando comemos -repuso Bomba, cortando ya un poco de la piel para sacar la carne-. Además ahora debemos pensar, y podemos pensar mientras comemos.

-¿Por qué tenemos que pensar ahora más que antes? -preguntó la señora.

Bomba le indicó algo por entre los árboles.

Al mirar en la dirección señalada, la señora Parkhurst vio el reflejo del agua.

-El río -manifestó el muchacho-. Los indios han cruzado en canoas.

Al principio no le entendió ella, o no quiso entenderle.

-No podemos seguirlos-explicó Bomba con gran paciencia-. Lo haríamos si tuviéramos una embarcación, mas no la tenemos.

Ella dio un paso atrás y tendió la mano para apoyarse contra el tronco de Un árbol.

-Entonces no podemos seguirlos -expresó aturdida.

Su rostro, pálido de por sí, se puso tan blanco que Bomba se sintió atemorizado.

-Trataremos de dar un rodeo-le dijo rápidamente-. Iremos río abajo hasta encontrar un sitio por donde cruzar. A veces hay troncos que sirven de puentes. También podríamos hacer una balsa.

-¡Pero usted debe saber nadar! -protestó ella-. Yo soy buena nadadora. Crucemos por aquí.

-Quizás haya caimanes-manifestó él con gravedad-. Y es seguro que hay pirañas. Éstas no dejarían más que nuestro esqueleto antes que hubiéramos dado cinco brazadas. Pero ya cruzaremos de alguna manera -e inclinándose sobre el tapir dijo-: Ahora comeremos.

La mujer se volvió con un estremecimiento al ver que Bomba sacaba la piel y cortaba un buen trozo de carne tierna. Se sentía muy débil, y la vista de la sangre que manchaba las manos del muchacho la llenó de repulsión.

Bomba adivinó sus sentimientos y de nuevo se sintió vagamente turbado. Él era blanco, empero no se parecía a los otros blancos. No temblaba al ver la sangre.

Terminó pronto su tarea. Mientras la mujer se hallaba sentada con el rostro cubierto por las manos, Bomba encendió una fogata y, con ayuda de un largo palo aguzado, se puso a asar la carne

Al llegar el aroma a su olfato, la señora Parkhurst apartó las manos de su rostro y se acercó a él. Hacía mucho que no comía

nada, y por el momento el hambre le hizo olvidar todo lo demás.

Cuando Bomba le ofreció el palo con un trozo de carne asada, la mujer lo tomó de inmediato y comió con un gusto que no hubiera creído posible un rato antes.

Bomba la observó con expresión aprobadora. Buscó luego otro palo y comenzó a asar otro trozo para él.

Una idea curiosa lo asaltó. Cuando había visto a los nativos cocinar su carne, los hombres comían primero y daban a las mujeres lo que sobraba. ¿Por qué no hizo él lo mismo? ¿Sería porque era blanco? Se alegró de haber obrado así.

Al comer, la señora Parkhurst se sintió fortificada y con más ánimos.

Observando a Bomba, que estaba ocupado con su tarea, le dijo:

-Usted conoce muy bien la selva..., casi tan bien como si fuera indio.

-Mucho mejor -replicó él, no con orgullo, sino con la sencillez de quien expresa una verdad probada-. Ellos no la conocen como yo. No hablan el lenguaje de los animales ni son sus amigos. No conocen el nombre de cada hoja y flor ni se hacen amigos de los árboles.

-¿Y usted sí? -inquirió ella.

Bomba la miró, volviéndose luego hacia el fuego.

-Tengo muchos amigos en la selva-expresó.

-Pero usted es un muchacho blanco-dijo ella, intrigada y curiosa-. ¿Cómo es que vive en la selva? No es posible que esté completamente solo.

-Vivo con Casson -dijo él, como si eso lo explicara todo.

-¿Pero y sus padres? ¿Casson es su padre?

Una sombra nubló el rostro expresivo de Bomba. La vio ella y lamentó haber hecho la pregunta. ¿Qué derecho tenía

para inmiscuirse en la vida privada del muchacho? Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás en lo dicho.

-Casson es mi amigo -manifestó Bomba con lentitud-. Es muy viejo y no está bien de la cabeza. No recuerda quién era mi padre.

-¿Y su madre?-inquirió ella suavemente. Estaba interesada en ese extraño muchacho de la selva, y pensó que tal vez podría hacer algo por él si alguna vez lograba llegar a lugar seguro.

Al oír esta pregunta sintió Bomba algo que le hizo desear contarle todo a la mujer. El instinto le decía que ella comprendería su problema.

-Estoy tratando de averiguar algo respecto a mis padres -dijo.

La carne ya estaba asada, pero Bomba la había olvidado por el momento.

Le habló a su acompañante acerca de Ruspak y de lo que le contara el hechicero respecto a Jojasta. Le dijo también que Casson había pronunciado repetidas veces el nombre de Bartow y de Laura, urgiéndolo a que fuese a la Montaña Movediza a ver a Jojasta y preguntarle quiénes eran esas personas y qué relación tenían con él.

-Si era Laura la mujer que, según Ruspak, se perdió en las Cavernas de Fuego, entonces quizá sea mi madre -dijo el muchacho, con la vista fija en el fuego-. Si lo es, entonces Jojasta debe ser mi padre.

La señora Parkhurst asintió con seriedad. Había terminado de comer y arrojó ahora el palo a un lado.

-Es posible -concordó-. Aunque usted se diferencia mucho de él en temperamento. He oído a mi hermano hablar de Jojasta, y afirma que es un hombre cruel y un tirano.

-Espero que no sea mi padre -replicó él-. Es mestizo y entonces yo también lo sería, y quiero ser blanco puro como usted.

La mujer se compadeció del solitario muchacho.

Mas cuando estuvo a punto de decir algo para consolarlo, Bomba se levantó de un salto y miró preocupado hacia el río. El mismo estaba creciendo y a lo lejos se oía un murmullo amenazador.

Llovía en alguna parte, quizá a muchos kilómetros de allí, pero Bomba sabía el efecto que producían las lluvias torrenciales en los ríos de la jungla. Habría un desbordamiento y quizá

sobreviniera un pocoroca, la terrible inundación del delta del Amazonas.

Mientras escuchaba Bomba se oyó el caer de la lluvia entre los árboles y aumentó el amenazador rugido lejano.

La señora Parkhurst se hallaba de pie junto al muchacho. También ella se mostró alarmada.

-¿Qué es ese ruido? -preguntó-. Parece el rugido de alguna bestia salvaje.

-Es el río que crece. Ha llovido mucho en alguna parte y pronto rebosará las orillas. Vamos a terreno más alto.

Pero la mujer lo tomó del brazo.

-Nuestro campamento estaba a orillas de un río -expresó-. Quizá si nos mantenemos cerca de la costa podremos encontrarlo de nuevo. No quiero alejarme demasiado del agua. Bomba asintió lentamente.

-Nos mantendremos cerca del río, pero no lo bastante cerca como para que nos alcance el pocoroca si llega -replicó.

-¿El pocoroca? -exclamó ella-. ¿La inundación que lo arrolla todo? No, no debemos dejarnos alcanzar.

-Vamos.

Una vez más inició Bomba la marcha por la jungla, manteniéndose a unos doce o quince metros de la orilla.

Los loros chillaban en lo alto y los monos gritaban al huir en busca de refugio. Se abrió el cielo y dejó caer la lluvia a torrentes. El viento azotó la selva, doblando los árboles con su furia arrolladora y lanzando sus frutos al suelo como si fueran trozos de granizo.

El sordo rugir del río se fue acrecentando por momentos. La superficie turbulenta de las aguas se mostraba negra y amenazadora en la luz verdosa que predominaba en la jungla.

La señora Parkhurst siguió a Bomba sin desmayar. Tenía el cabello suelto y el viento lo agitaba, echándoselo sobre el rostro. Sus ropas estaban hechas jirones y tenía las manos llenas de lastimaduras. Respiraba jadeante mientras se esforzaba por adelantarse haciendo frente al huracán.

Bomba quiso que avanzara con más prisa. Todavía se hallaban en terreno bajo. Si pudieran llegar a un punto más alto, quizás les fuera posible evitar el embate de la corriente.

Pero aun con ayuda, la mujer sólo pudo avanzar a tropezones, ya que se le habían agotado las fuerzas.

La mirada del muchacho se fijó en la superficie del río. Las aguas se habían retirado súbitamente, dejando al descubierto partes de la costa que hasta entonces cubrieran.

Bomba comprendió lo que esto significaba. ¡El pocoroca! La bestia se acurrucaba para lanzarse al ataque.

Hubo una pausa durante la cual reinó una quietud extraterrena. Hasta los loros dejaron de chillar. El aliento cálido de los trópicos acarició los rostros de Bomba y la dama mientras éstos se quedaban inmovilizados en ese momento de tremendo suspenso.

Luego, con un rugido como el de mil jaguares, cambió la dirección de la corriente y la fuerza incontenible de las aguas sobrepasó las orillas, arrasando con todo lo que encontraba a su paso.

-¡Rápido! -gritó Bomba, aunque su voz se perdió con el tronar del torrente-. ¡Corramos hacia los árboles!

CAPÍTULO 13
EN LAS GARRAS DEL TORRENTE

Jamás en su vida se había sentido Bomba tan agradecido por tener brazos tan fuertes y tanta resistencia. En efecto, en esos momentos no sólo dependió su vida de su fortaleza, sino también la de la mujer blanca.

La condujo medio a rastras hacia la selva, alejándola del río que crecía rápidamente. Disponía de muy poco tiempo para llevar a cabo su plan de salvación. Se detuvo frente a un grueso árbol que parecía ser lo bastante fuerte como para resistir el embate de las aguas y se dispuso a obrar.

La única esperanza que les quedaba era trepar hacia su copa.

Levantó a su compañera como si no pesara nada y la sostuvo tan alto que la mujer pudo aferrarse a una de las ramas.

-¡Sosténgase! -le gritó.

Rápidamente dio la vuelta hacia el otro lado y ascendió por el tronco con la agilidad de un mono. Afirmados ya sus pies en la rama, tendió ambas manos, levantó a la dama y la colocó a su lado.

Ella lo ayudó en todo lo que pudo haciendo un esfuerzo sobrehumano al que lo impulsó el peligro que corría.

Cada vez más próximo resonaba el terrible rugido. ¡Ya estaba sobre ellos la ola arrolladora!

La vieron llegar por entre los árboles como una sólida masa de agua de cien metros de altura que se arrojaba hacia ellos con el ímpetu incontenible de una catarata.

Vieron cómo desarraigaba las malezas y partía en dos los troncos de los árboles como si fueran retoños. La señora

Parkhurst gritó de terror, aunque su voz no pudo oírse a causa del tumulto.

Los árboles caían alrededor de ellos. Las ramas, al pasar arrastradas por la corriente, los lastimaban con sus espinas. Después les cayó encima el torrente con un bramido ensordecedor. Bomba se aferró a la rama del árbol con todas sus fuerzas, sosteniendo a su aterrorizada compañera con el otro brazo.

Se abatió el árbol de repente, con las raíces arrancadas de la tierra por la fuerza tremenda de la avenida. En un momento se vieron sumergidos bajo las aguas.

Siguió una eternidad durante la cual no pudieron respirar y la fuerza del torrente trataba de arrancarlos de su asidero. Los troncos pasaban por su lado, golpeándolos sin misericordia y amenazando con aplastarlos, mientras ellos se asían desesperadamente a la rama que era su única salvación.

Luego, muy lentamente, el árbol se apartó de la correntada principal y quedó sobre una loma, donde la rama permaneció elevada con su carga algo más arriba de la turbulenta superficie de las aguas.

Cuando el aire volvió a penetrar a sus pulmones, Bomba sintió que la mujer estaba exánime.

Quitándose el agua de los ojos, miró a su compañera, comprobando que se había desmayado.

Estaba dolorido y lleno de magullones. Le dolía todo el cuerpo. Pero sacó fuerzas de flaqueza para seguir asido de la rama y continuar sosteniendo a su carga humana.

Lo reconfortó un poco ver lo rápidamente que bajaban las aguas después del paso de la ola gigantesca. Antes de mucho podría bajar del árbol y abrirse paso por la porción inundada de la selva hacia terreno alto y seco.

A la distancia oyó el paso del pocoroca. Gruñendo como un gigante feroz privado de su presa, se fue debilitando hasta morir al fin.

Seguía cayendo la lluvia a ráfagas, haciendo más tétrica la escena de la ruina dejada por la avenida. Restos de toda clase flotaban al pie del árbol. Tarántulas, escorpiones y arañas en gran número se mecían sobre el agua, arrojadas de sus nidos en los matorrales cercanos al río.

Bomba esperó hasta que le pareció conveniente descender. Luego, con gran cautela, se deslizó tronco abajo con la mujer desmayada.

Para su gran alivió descubrió que el agua le llegaba sólo hasta la cintura.

Al volverse para esquivar un tronco que pasaba flotando, sintió que se le aligeraba el peso de la mujer. La señora Parkhurst acababa de recobrar el conocimiento.

La dama se esforzó en ponerse de pie, mientras que la expresión aturdida de sus ojos cedía su lugar a una mueca de terror.

-¿Dónde estamos? -exclamó-. ¡Ah, ya recuerdo! -se estremeció y se pasó una mano por los ojos-. ¡La ola! Nos estábamos ahogando... ¡Fue horrible!

-Pero ya estamos a salvo -le aseguró el muchacho-. Ha pasado el pocoroca y ahora podemos continuar nuestro camino.

-Y usted me ha salvado la vida una vez más -dijo ella, mirándolo llena de agradecimiento-. ¡Qué muchacho más valiente! No sé cómo agradecerle.

Bomba no supo qué contestar. Las alabanzas de la mujer henchían su corazón y lo hacían feliz, aunque no sabía cómo expresar sus sentimientos. A pesar de la curiosa atracción que sentía hacia los blancos, todavía lo dominaba la timidez en su presencia.

Pero quizá la señora Parkhurst leyó el secreto de sus pensamientos en sus ojos oscuros. Sea como fuere, le acarició la mano como si fuera la de su hijo perdido, y de allí en adelante se apoyó en él y lo siguió con entera confianza.

Se vieron obligados a continuar con más lentitud, no sólo debido a los obstáculos creados en el camino por la inundación, sino también por la debilidad de la dama. Era presa de la reacción y le temblaban las piernas. Suficientes horrores como para toda una vida la habían azotado en los últimos días, agotando su reserva de energías.

Después de larga caminata por la selva llena de agua, llegaron al fin a terreno más alto. Allí era más fácil el avance, aunque aun debían adelantar con lentitud y cautela.

Al cabo de media hora de viajar así, la dama tropezó y estuvo a punto de caer. Mas se recobró a tiempo y, tomada del brazo de Bomba, continuó adelante.

-Es inútil jadeó al fin-. No puedo avanzar un paso más.

-Espere aquí -dijo, ayudándola a sentarse en el suelo. Rápido como una pantera, se apartó de ella y se puso a trepar por el tronco de un árbol próximo. La mujer lo contempló sin comprender y algo atemorizada.

Al cabo de unos momentos bajó de nuevo el muchacho. Le relucían los ojos cuando señaló algo por entre los árboles.

CAPÍTULO 14
EL CAMPAMENTO EN LA SELVA

-Hay humo allá -afirmó el muchacho.

Era tan jubiloso su tono que la esperanza volvió a brillar en los ojos de la dama.

-¿Un campamento? -exclamó. Asintió él.

-De hombres blancos. Hay algunos nativos y un blanco junto a una hoguera. Quizá es vuestro campamento.

La mujer se bamboleó aturdida y el mozo la sostuvo por temor de que volviera a perder el sentido.

Pero ella lo apartó enseguida.

-Lléveme allí enseguida, Bomba -pidió-. Si hay un blanco, quizá sea mi esposo..., o mi hermano. -Hizo una pausa y agregó en todo de ruego-: ¿No vio a un muchacho como usted? Él sacudió la cabeza.

-No vi a ninguno. Pero quizás esté allí.

No tuvo tiempo para continuar, pues la señora Parkhurst ya se había alejado de él y corría por la selva.

Bomba la alcanzó de cuatro zancadas y la tomó del brazo. -Por allí no -le dijo-. Por aquí.

Aunque la señora Parkhurst le permitió que le mostrase el camino, fue ella quien tomó la delantera. En su exaltación había hallado nuevas fuerzas. La esperanza de lo que podía hallar aligeró sus pasos.

Pronto vieron el resplandor del fuego entre los árboles. Alrededor de la hoguera, acierta distancia, se hallaban sentados algunos nativos que comían carne seca y harina de mandioca. Más cerca del fuego, dando la espalda a Bomba y su

compañera, estaba un hombre blanco que contemplaba las llamas en actitud de gran abatimiento.

Una ramilla seca se partió bajo los pies de la mujer. Instantáneamente se pararon los nativos. El banco se puso de pie de un salto y apuntó con su rifle en dirección al sonido.

-¡Gerry! -gritó la mujer con voz extraña y aguda-. Baja ese rifle. Soy yo... Rose.

Con una exclamación ahogada, el hombre dejó caer el arma y tomó en sus brazos a la señora Parkhurst que acababa de entrar a tropezones en el claro.

-¡Rose! -gritó-. Te he buscado por todas partes. Pensé...

-Sí, Gerry, ya lo sé -repuso ella devolviendo el abrazo de su hermano-. ¿Pero dónde está John? ¿Dónde está mi hijo? Retrocedió un paso para mirarlo con ojos llenos de desesperación. Bomba permaneció algo atrás, sin saber si irse o quedarse.

-No sé -Gerry Hicks puso ambas manos sobre los hombros de su hermana y la miró con pena-. Logré escapar en la oscuridad y pude volver al campamento y reunir a algunos de nuestros portadores. Desde entonces los he estado buscando a ustedes. Pero tranquilízate, querida. Ya los encontraremos.

La señora Parkhurst lanzó un gemido y se dejó caer en el suelo, tendiendo sus manos temblorosas hacia el calor del fuego.

-¡Es como una pesadilla fantástica y terrible! -exclamó-. ¿Por qué tuvimos que venir a este lugar horrendo? ¡Y ahora he perdido a Jolin! Y Frank... ¡Oh, mi pobre hijo!

Cuando el señor Hicks se inclinó para consolar a su Hermana, Bomba, que se sentía algo azorado ante la escena, se volvió para internarse de nuevo en la selva.

Uno de los nativos lo vio y, sospechando de sus intenciones, le puso una mano sobre el hombro.

Bomba se la apartó con un gruñido de cólera.

La señora Parkhurst se volvió al oírlo, y antes que el muchacho pudiera alejarse le pidió que se aproximara.

El mozo se acercó de mala gana, todavía enfadado con el nativo y lleno de timidez al notar la mirada curiosa del blanco.

-¿Quién es este muchacho?-preguntó el hombre, contemplando a Bomba con gran interés.

-Es un muchacho blanco que ha vivido siempre en la selva. Me salvó de los indios y a él le debo la suerte de estar ahora contigo, sana y salva.

Los ojos melancólicos del hombre se iluminaron con una expresión de bienvenida sincera. Tomó la mano de Bomba y la estrechó con gran cordialidad.

-Gracias, muchacho -dijo-. Si has servido a mi hermana también me has servido a mí. Ven ahora y come algo con nosotros, mientras que tú, Rose, me cuentas lo que pasó desde que los salvajes nos atacaron.

Bomba se adelantó con lentitud y se puso de cuclillas frente al fuego, clavando la vista en las llamas.

Todavía se sentía lleno de timidez, pero el recuerdo de la presión de los dedos del blanco sobre los suyos lo había emocionado. Le intrigaba esa costumbre de apretarse

las manos. Los nativos nunca lo hacían. Bomba entendió vagamente que significaba confianza y amistad.

Al ver que Bomba era amigo de los blancos, los nativos depusieron su actitud hostil y le sirvieron de comer con la misma cortesía demostrada hacia sus amos.

Bomba tomó el alimento con gran gusto y lo devoró rápidamente, mientras que la señora Parkhurst relataba a su hermano las aventuras que tuviera en la selva.

Mientras hablaba ella, Bomba notó que el señor Hicks lo contemplaba con más interés que antes. Cuando de nuevo

repitió ella su nombre, el blanco se golpeó la rodilla con la mano y rompió a reír.

-Debe ser el mismo muchacho de quien me hablaron Gillis y Dorn -dijo.

Bomba se volvió hacia él.

-¿Conoce usted a Gillis y Dorn? -preguntó.

-Claro que sí. Trabajamos para la misma compañía cauchera. Ambos me hablaron de un muchacho llamado Bomba que había pasado su vida en la selva y se vestía como los nativos. Me contaron también cómo los salvaste la noche en que atacó el campamento una horda de jaguares. Es una gran suerte para nosotros el habernos encontrado también contigo.

Bomba se dijo entonces que había entre ellos un lazo más, y se alegró de saber que Gillis y Dorn lo recordaban. ¡Cuán a menudo había pensado en ellos y cuánto anheló volver a verlos!

Cuando hubo terminado de comer la carne de vaca y la harina de mandioca, no tan sabrosa para su paladar como los huevos de jaboty y carne de tapir, Bomba se sintió lleno de inquietud.

El muchacho deseaba seguir su viaje. Había perdido mucho tiempo y estaba impaciente por llegar a la Montaña Movediza, encontrarse con Jojasta y pedir al hechicero que le dijera la verdad con respecto a su persona.

-Espero que encuentre usted a su hijo -dijo, poniéndose de pie.

-¿Pero lo buscará usted, Bomba? -rogó la atribulada madre, tomándolo de la mano-. ¿Tratará de encontrarlo y traerlo a mi lado? Diga que sí. Prométamelo.

Bomba contempló el rostro afligido de la mujer de los cabellos de oro y se decidió de inmediato.

-Lo buscaré -prometió-. Si lo encuentro, lo traeré a su lado.

Ella se levantó entonces, lo tomó en sus brazos y lo besó como si hubiera sido su propio hijo.

Era la primera vez que lo besaba alguien, y la caricia maternal lo conmovió hasta lo más íntimo de su corazón. -Adiós entonces, Bomba -dijo ella, procurando sonreír a pesar de las lágrimas-. Rogaré para que vuelva sano y salvo y traiga consigo a Frank.

Se apartó entonces y, al volverse Bomba para alejarse hacia el interior de la selva, oyó sus sollozos ahogados.

Un sentimiento compuesto a medias de pesar y de gozo inundó el alma de Bomba con una intensidad que casi lo hizo atemorizarse.

-Debe ser así como son las madres -dijo, agregando en voz más alta-: Mi madre.

Con súbita pasión, elevó los brazos hacia la cresta de las palmeras que se agitaban por sobre su cabeza y gritó:

-¡Lo sabré! ¡Lo sabré! Jojasta, ¿quién es mi madre?

CAPÍTULO 15
DESPIERTA LA MONTAÑA

La mente de Bomba estaba ocupada con varios problemas mientras el muchacho viajaba por la jungla en dirección a la Montaña Movediza.

El primero de todos era la promesa que hiciera a la señora Parkhurst de recobrar a su marido y a su hijo si su camino se cruzaba con el que lo llevaba hacia Jojasta y la explicación del secreto que seguía encerrado en la mente desquiciada de Casson.

Lo haría si era posible. Si encontraba algún indicio que lo condujera al descubrimiento de los desaparecidos, seguiría la pista dondequiera que ésta lo llevase.

Mas no podía pasarse el tiempo vagando sin rumbo con la esperanza de encontrarlos. Era urgente que viera a Jojasta lo antes posible, pues no debía dejar solo a Casson más de lo absolutamente necesario. La obligación para con su amigo estaba antes que la promesa que hiciera a la mujer de los cabellos dorados.

Viajó rápidamente durante varios días con sus noches. No tuvo dificultad alguna en encontrar caza en abundancia cerca de las corrientes y pozos de agua. En los arroyos había muchos peces, y cuando se cansaba de éstos como dieta, buscaba y encontraba los suculentos huevos del jaboty y tortuga de la selva.

Vivía bien y avanzaba sin detenerse, y aunque de noche rondaban su campamento algunas fieras de la selva, rara vez se aventuraban dentro del alcance de sus mortíferas armas. Constantemente buscaba huellas del hombre y el muchacho blanco, mas en ninguna oportunidad encontró una pista que lo llevara hasta ellos.

Esto lo deprimió un tanto, y a menudo pensó en la mujer blanca y en su hermano que se hallaban en el campamento solitario. Su único consuelo era la esperanza de que para ese entonces hubieran vuelto ya los desaparecidos.

Con frecuencia trató de imaginar cómo sería Frank, el muchacho blanco. Ya había visto ahombres de esa raza y a una mujer con cabellos como el sol. ¿Cómo sería un muchacho blanco de su misma edad? ¿Sería tan fuerte y alto como él?

La idea despertó en su alma vagos anhelos y deseó la compañía que siempre se le había negado. Sabía que deseaba ver a ese muchacho blanco que tenía una madre de voz tierna y cabellos rubios como el oro.

Pero a medida que pasaban los días y se iba acercando a la región de la Montaña Movediza, todas sus otras ideas se fueron subordinando al objeto principal de su viaje.

Ruspak le había contado muchas cosas maravillosas acerca del extraordinario lugar tan envuelto en el misterio. Quizá dentro de poco llegaría a él y podría verlo con sus propios ojos.

Al ir avanzando le pareció que la vegetación se hacía más densa, los loros de colores más vivos, el aire más cálido y menos respirable.

Aquella noche cocinó su cena de carne de cerdo salvaje y huevos de tortuga con la convicción de que a la mañana siguiente vería por primera vez la Montaña Movediza.

Todo aquel día de viaje había notado extraños temblores a sus pies, cosa que lo llenó de inquietud. Hasta entonces, aun el fondo cenagoso de los pantanos había ofrecido cierta firmeza bajo sus pasos. Bomba no comprendía una tierra que temblaba como si sufriera de fiebre. Y porque no comprendía el fenómeno, éste lo llenaba de alarma.

Durante el atardecer había tomado el camino de los árboles con bastante frecuencia, a la manera de los simios, avanzando así de rama en rama con extraordinaria habilidad. Una vez vio la cabeza triangular de una boa constrictor y se dejó caer al suelo, sólo para notar que la tierra temblaba más que antes.

Todo el día se había prolongado el fenómeno. Pero al día siguiente... ya tendría la solución de su problema.

Bomba no cerró los ojos aquella noche, se sentía acalorado y sediento, como si fuera víctima de la fiebre de la selva. Sabía, empero, que jamás en su vida había estado más fuerte su cuerpo y más alerta su cerebro.

¿Qué era entonces ese extraño fuego que ardía dentro de él, llenándolo de una inquietud tal que le hacía intolerable la idea de reposar durante la noche mientras esperaba que se disiparan las sombras a fin de iniciar la última etapa de su viaje?

Al fin llegó el alba, y sus luces grises fueron penetrando en el interior de la umbrosa selva.

El muchacho echó hojas húmedas sobre su fogata, las pisó y redujo las brasas a ceniza humeante.

Después echó a andar con el espíritu más animado, mientras que el extraño fuego que hacía presa en él daba alas a sus pies.

Siguió avanzando, mientras las sombras cedían ante el empuje del amanecer. Pero Bomba echó de menos la frescura matutina que solía reinar en aquella parte de la selva donde él

y Casson habían tenido su vivienda. En este otro lugar el clima se tornaba cálido y seco antes que el sol hubiera resecado la vegetación tropical con sus rayos de media mañana.

Sobre todo se cernía un silencio sepulcral. El suelo seguía temblando y sacudiéndose como el día anterior. Sólo el chillido de los monos y loros y el trino ocasional de algún pájaro rompía la profunda quietud.

Bomba se hallaba en un terreno montañoso, y durante largo rato ascendió constantemente y con tanta rapidez y facilidad como si se hallara en terreno llano.

Súbitamente se detuvo.

De algún punto frente a él le llegó un curioso retumbar que jamás había oído antes.

Con la rapidez de un gato trepó el muchacho hasta la copa de un gigantesco dolado que se elevaba muy por encima de los otros árboles. Desde su cresta, Bomba pudo dominar con la vista una gran extensión de terreno.

Al mirar, se aferró con más fuerza al árbol y un grito ahogado partió de su garganta. Allí frente a él, con su enorme mole elevándose sobre el valle, se destacaba la oscura ladera de la Montaña Movediza.

¡Y se estaba moviendo!

Sintió Bomba que todo su ser se llenaba de horror al notar que el costado de la montaña se movía lentamente. Avanzaba de manera misteriosa mientras Bomba la

miraba estupefacto. Le pareció que la terrible montaña avanzaba hacia él para aplastarlo bajo su peso, tal como viera una piedra enorme aplastar la cabeza de un reptil.

Luego, mientras observaba sin poder moverse y respirando con dificultad, se oyó un ruido ensordecedor. Ante los ojos atónitos de Bomba una parte de la montaña se desprendió y se deslizó hacia el valle que se extendía a sus pies. La tierra misma se había abierto en dos.

CAPÍTULO 16
UNA EXPERIENCIA HORROROSA

Simultáneamente con la caída de una parte de la ladera, una lengua de fuego partió hacia lo alto desde la cresta de la Montaña Movediza y el dolado se balanceó peligrosamente. Bomba se esforzó por no soltar su asidero; pero sintió que sus dedos se aflojaban como forzados por una mano gigante, perdió el apoyo y cayó al vacío.

Al caer tendió las manos para tomarse de las ramas. Lograba aferrarse de una, sus dedos estaban a punto de cerrarse alrededor de la misma y de pronto la veía alejarse sin poder tomarla.

Lleno de golpes y completamente atemorizado, Bomba continuó su vertiginoso descenso por entre el follaje y las ramas. Resonaba en sus oídos el rugir de una catarata gigantesca y un sonido sibilante como el chistar de todas las serpientes de la jungla.

Le pareció que la tierra se elevaba a su encuentro. Cayó en un macizo de matorrales espinosos y sintió como si le hubieran atravesado el cuerpo mil flechas emponzoñadas.

Medio atontado, trató de apartarse del doloroso lecho. Le resultó difícil conseguirlo, pues la tierra se movía como enloquecida, y cada vez que trataba de ponerse de pie para alejarse de los espinos, se veía lanzado de nuevo hacia atrás y sentía el pinchazo de los dardos.

Acuciado por el temor y semienloquecido por el dolor, Bomba logró al fin zafarse y quiso ponerse de pie. Mas le fue imposible pararse. La tierra temblaba violentamente, arrojándolo de lado a lado como si estuviera por completo desprovisto

de fuerzas. Estaba abatido y lleno de magullones. El sonido sibilante aumentó en volumen hasta que pareció llenar por entero la jungla.

Y todavía le esperaban nuevos horrores, pues de pronto los árboles y matorrales a su alrededor parecieron cobrar vida. Las criaturas de la selva huyeron por su lado, algunas tan cerca que podría haberlas tocado con sólo tender las manos.

Al principio creyó que venían para atacarlo, y sintiéndose indefenso, se volvió para huir. Mas sólo pudo avanzar a ciegas, cayendo de rodillas una y otra vez debido a los temblores de tierra.

Las bestias de la selva seguían pasando en hordas: pequeños animales aterrorizados que se escurrían por entre sus piernas y lo hacían caer, pumas y jaguares que pasaban tan cerca que a veces sentía su aliento sobre la cara.

Había también serpientes, algunas tan delgadas como látigos, y otras enormes, como boas o anacondas, de las cuales se apartaba horrorizado.

Un jaguar inmenso, enloquecido de terror, se lanzó directamente hacia el muchacho, derribándolo y pisando su cuerpo postrado para continuar su loca fuga hacia la jungla y lejos de la Montaña Movediza.

Temblando y completamente agotado, Bomba se puso de rodillas y se maravilló de encontrarse todavía con vida. Mas al contemplar las hordas de bestias que huían llenas de terror, comprendió al fin la verdad.

No pensaban hacerle daño a él; le prestaban tan poca atención como a los árboles y matorrales que hallaban a su paso; por el momento habían olvidado a sus enemigos naturales. Como él, estaban aterrorizados por ese fenómeno de la naturaleza y sólo les interesaba huir de la furia de la Montaña Movediza.

Bomba siguió avanzando a tropezones, sintiendo que la tierra continuaba temblando bajo sus pies. Sangraba por las heridas que se hiciera en los espinos y estaba casi al cabo de sus fuerzas. Ante él se abrió de pronto la tierra, mostrando un tremendo boquete.

Bomba, que cayó de nuevo, se aferró al borde del agujero. Justo a tiempo apartó los dedos, pues los labios de la herida abierta en la tierra volvieron a cerrarse con ruido ensordecedor.

Con un estremecimiento se levantó Bomba y continuó en vacilante avance. En cualquier momento podría abrirse de nuevo la tierra y hacerlo caer en un agujero similar que se cerraría antes que pudiera escapar de la trampa.

De pronto volvió a reinar el silencio y la calma.

Cesó el sonido sibilante y el temblor de la tierra. Los árboles, que un momento antes se agitaran en su fantástica danza, quedaron inmóviles. Ni un soplo de aire agitaba el follaje: El cambio fue tan súbito como si sé hubiera producido por arte de magia.

Bomba lanzó un profundo suspiro de alivio, se puso de pie y se apoyó contra un árbol.

¿Cómo podía saber que esto no era más que una pausa en la tormenta, uno de esos momentos de quietud durante los cuales la naturaleza reúne fuerzas para lanzar otro ataque mortífero y brutal?

No podía saberlo; pero, mientras se hallaba allí apoyado, recobrando el aliento y las fuerzas, abrigó la esperanza de que se hubiera apaciguado la ira de la Montaña Movediza y de que hubiera llegado a su fin la danza de pesadilla a la que se entregaran las fuerzas naturales.

Sólo pasó un momento antes que descubriera su error. Otra convulsión de la tierra, más furiosa que la que la precediera, lo arrojó al suelo. De nuevo sobrevino el sonido sibilante, acompañado esta vez por un rugir estremecedor. La llama roja que salía de la cresta de la Montaña Movediza se elevó aún más en el aire, inundando el cielo con un resplandor fantástico.

Bomba gritó lleno de terror. La montaña que se alzaba frente a él parecía decidida a aplastarlo. Enloquecido, echó a correr en dirección opuesta.

Un árbol desarraigado por los temblores cayó a su paso. El muchacho saltó hacia atrás, y en ese momento sintió el contacto de un dardo ardiente sobre la mano.

La levantó y vio sobre el dorso de la misma una gota de agua. Elevó la cara y sintió el aguijonazo de otro dardo. ¡Agua hirviendo! ¡El agua hirviente caía de los cielos en gotas que aumentaban por momentos. prometiendo convertirse pronto en un torrente!

CAPÍTULO 17
LA CUEVA DEL JAGUAR

Con un grito ahogado, Bomba se volvió y, tendiendo las manos, avanzó a tropezones buscando a tientas algún refugio. ¿Adónde ir? ¿Cómo escapar de aquella lluvia hirviente que lo amenazaba con una muerte horrible?

Las gotas caían ahora con más rapidez e intensidad. Bomba siguió avanzando a ciegas, con una mano levantada para protegerse los ojos.

Súbitamente chocó contra algo duro con tal fuerza que el impacto lo arrojó hacia atrás, haciéndolo caer.

Poniéndose de rodillas, Bomba descubrió que el obstáculo era una roca en la cual, por algún capricho de la naturaleza, se había abierto un hueco lo bastante grande como para dar cabida a su cuerpo.

Desesperado por el dolor que le producían las gotas ardientes, el muchacho se acostó de cara y comenzó a introducirse en la abertura arrastrándose hacia atrás.

Fue trabajo muy lento, pues la abertura era tan angosta que tuvo que retroceder y esforzarse a fin de poder entrar. Mientras tanto, el agua hirviente del geyser seguía cayendo sobre su cabeza y hombros, causándole un dolor intolerable.

Pero al fin logró entrar y se encontró completamente dentro del refugio que le ofrecía la roca. Mas estaba tan apretado que apenas podía respirar y la presión contra su carne quemada le resultaba casi intolerable. Se preguntó cuánto tiempo podría soportar esa tortura.

Fuera del refugio seguía resonando el terrible silbido que se mezclaba con el estruendo de los árboles que caían. La tierra continuaba estremeciéndose debajo de él, y la roca de encima se partía y crujía, amenazando con hacerse pedazos.

Con la impresión del animal que se encuentra en una trampa, Bomba se preguntó qué pasaría si la tierra se abría allí, tal como ocurriera en la selva. Se vería atrapado sin posibilidad de escapar. Caería en el agujero, y cuando el mismo volviera a cerrarse se vería aprisionado para siempre en su interior.

El agua caliente caía ahora con tal intensidad que salpicaba en el interior del angosto túnel. Para salvarse de sus efectos, el mozo se arrastró un poco más hacia su interior, y de pronto se dio cuenta de que uno de sus pies encontraba el vacío.

Esto le hizo sentir un nuevo estremecimiento de temor. ¿Qué era ese espacio detrás del angosto túnel? Sin duda alguna se trataba de una cueva. Y, de ser así, quizá se hallara allí algún animal feroz de la selva.

Por delante y por detrás estaba amenazado por terribles peligros.

Salir de nuevo a campo abierto y exponerse a la tortura y la muerte bajo la lluvia de agua hirviendo era algo inconcebible. Mas no podía permanecer mucho tiempo donde estaba. Su posición lo tenía molesto. El cuerpo le ardía. Experimentaba la impresión de hallarse en un lecho de carbones ardientes.

Empero, no le parecía muy conveniente eso de entrar hacia atrás en una cueva cuyo ocupante le era desconocido y que bien podría destrozarlo entre sus garras.

Recordó entonces las hordas de animales salvajes que huían aterrorizados ante la ira de la Montaña Movediza. Tal vez la cueva estaba desocupada.

Decidió correr el riesgo. No podía quedarse donde estaba. No podía ir hacia adelante. Así, pues, tendría que ir hacia atrás y confiar en su suerte.

Lenta y penosamente, Bomba retrocedió centímetro a centímetro, sin saber en qué momento podría oír un rugido o sentir unos dientes agudos que se clavaban en su pierna. Pudo pasar el cuerpo sin gran dificultad; pero cuando llegó a los hombros, se vio en apuros. Estaba tan apretado que en un momento pensó que no podría seguir retrocediendo ni volver hacia adelante. Moriría de hambre, si no de algo peor. Y nadie se enteraría del destino que había corrido.

Pero al fin, con un tremendo esfuerzo que arrancó un grito de sus labios, el muchacho logró zafarse y cayó hacia atrás en el interior de una cueva tenebrosa.

Por un momento se quedó inmóvil, tratando de recobrar el aliento y apretando los dientes del dolor que sentía. Después, al tantear a su alrededor, una de sus manos entró en contacto con una bola suave y peluda. Retiró la mano como si hubiera tocado un hierro candente. Al mismo tiempo resonó un gruñido seguido por otro y otro más.

Bomba lanzó un grito y echó mano a su machete. Pero un momento después rompió a reír de alivio.

Sus ojos, acostumbrados ahora a la oscuridad, descubrieron que los autores de los valientes gruñidos de desafío eran cachorros de jaguar, animalitos indefensos que, en ausencia de sus mayores, creían apropiado demostrar su hostilidad hacia el intruso que osaba entrar en su domicilio.

Bomba tendió de nuevo la mano y de nuevo le gruñeron, mostrándole los dientes.

El muchacho volvió a reír y tomó a uno de los cachorros para acariciarlo, a pesar de que el animalito trataba de clavarle las garras.

Pero no duró mucho su deseo de jugar, ni persistió largo rato su alivio por el hecho de no haber hallado a la madre de los felinos.

Ésta debía haber salido de la cueva para investigar los extraños temblores de tierra. Hasta era posible que la dominara el pánico y huyera con los otros. Pero no iría lejos ni tardaría mucho en volver. No dejaría que sus pequeñuelos murieran de hambre.

Lo estrecho de la entrada de la cueva era la única esperanza de Bomba. La madre tendría que abrirse paso con mucha lentitud. Él le llevaría la ventaja, y sus flechas o su revólver harían el resto.

¿Pero no podría entrar por otro sitio? ¿Sería el túnel la única entrada de la cueva?

Lleno de aprensión, Bomba se puso de pie y recorrió el recinto mientras los cachorros le olían los talones y continuaban gruñendo.

Sus manos no hallaron otra abertura y se convenció al fin de que la única entrada de la cueva era la que utilizara él. Así, pues, se sentó cerca del agujero para esperar, teniendo a mano sus flechas, su machete y su revólver.

Fue aquélla una prueba de coraje más severa que las que se hacen cuando se entra en acción. Eso de estar sentado hora tras hora, sin atreverse a relajar la vigilancia ni por un segundo, acuciado por la fatiga, lleno de dolor, esperando ver en cualquier momento un par de ojos amarillentos que relucieran en la oscuridad..., todo esto fue algo que exigió un valor extraordinario.

Una o dos veces cabeceó Bomba, sólo para despertar de inmediato.

Pasó una hora sin que ocurriera nada.

El suelo seguía temblando bajo los pies del muchacho. En el exterior resonaba un rugido constante y ahogado, como el de un viento muy fuerte.

El muchacho se preguntó si todavía seguirían cayendo las gotas ardientes. Más de una vez se vio tentado de salir para averiguarlo. Pero en el momento en que se encontrara apretado en el túnel podría volver la madre de los jaguares y encontrarlo indefenso. Mejor esperar hasta que apareciera la bestia y tener así el camino expedito.

También podría tener que habérselas con el macho. Eso lo sabía bien; pero, aunque apareciera el padre -caso dudoso, ya que su cariño hacia los cachorros no era tan fuerte como el de la madre-, el muchacho sólo tendría que enfrentarse a uno por vez. El resultado final sería el mismo.

Bomba tuvo tiempo de sobra para pensar, y sus pensamientos no tenían nada de agradable.

¿Qué significaba esa ira terrible de la Montaña Movediza? ¿Por qué eligió el momento de su aparición para estallar de tal manera? ¿Estaría enfadada porque él habría llegado a arrancarle uno de sus secretos? ¿Eran los temblores de tierra y la lluvia ardiente una advertencia para que desistiera de sus intenciones y volviese al lado de Casson mientras todavía le era posible hacerlo?

A medida que pasaba el tiempo, la duda y la perplejidad hacían presa de Bomba. ¿Debía volver al lado de Casson sin ver a Jojasta, dándose así por vencido? ¡No! ¡Mil veces no! Mejor era arrostrar la ira de la Montaña Movediza, preferible era que se abriese la tierra y lo tragara para siempre antes que volver sin averiguar el secreto de su nacimiento, sin saber el significado de los nombres de Bartow y Laura, ese secreto que estaba guardado tras la puerta que cerraba la mente de Casson. ¿Qué era eso?

De la boca de la cueva le llegó un gruñido bajo y amenazador. El corazón de Bomba latió con más rapidez cuando el muchacho vio brillar en la oscuridad dos puntitos amarillentos.

Bomba saltó hacia atrás, levantando su arco. La enorme bestia había entrado tan sigilosamente que su cuerpo ya se

estaba abriendo paso por la abertura a menos de un metro de distancia. El muchacho de la selva sintió sobre el rostro su fétido aliento.

Tiró de la cuerda y la soltó. El jaguar lanzó un grito agudo, echándose hacia atrás. Bomba puso otra flecha en el arco para asegurarse más.

En ese momento se produjo una terrible explosión y pareció como si la tierra misma se estuviera desintegrando. Bomba sintió que el piso cedía bajo sus pies y luego

se elevaba como si fuera a lanzarlo hacia el cielo. Sobre él se oyó un crujido espeluznante y el techo de la cueva se abrió en dos. El muchacho se sintió arrojado a gran distancia y cayó de espaldas. Un peso tremendo le oprimía el pecho.

Después descendió sobre él una cortina de negrura y perdió el sentido.

CAPÍTULO 18
EL GRITO DE AUXILIO

Bomba no supo cuánto tiempo estuvo sin sentido. El sol brillaba en lo alto del cielo cuando abrió los ojos y miró aturdido a su alrededor.

Le dolía el pecho y le costaba trabajo respirar. Sobre su cuerpo tenía gran cantidad de tierra y piedras.

Levantó una mano y se quitó parte de lo que lo cubría. El peso sobre su pecho se alivianó lo suficiente como para permitirle levantarse apoyándose sobre un codo y mirar lo que lo rodeaba.

Una escena de terrible desolación se presentó a su vista. Por todos lados había árboles caídos, montones de rocas y tierra, y animales muertos.

Se maravilló de no haber muerto él también. Recordó de nuevo al jaguar. Después que lo hubo despachado llegaron los ruidos, la rotura del techo de la cueva y su liberación.

¿Por qué había respetado su vida la Montaña Movediza cuando destruyó a tantos otros seres? ¿Se habría apaciguado su ira? ¿Habría sido esta demostración de fuerza algo con lo cual quiso ponerlo en un estado de ánimo propicio para que se presentara ante el temido hechicero que parecía ser el espíritu dominante del lugar?

La Montaña estaba quieta; había cesado la lluvia hirviente, y la tierra ya no se movía bajo el cuerpo de Bomba. Una extraña quietud se cernía sobre la región, era una quietud muy parecida a la de la muerte.

Bomba se puso de pie con gran dificultad y comprobó con alegría que no tenía ningún hueso fracturado. Podía moverse, aunque le dolía el cuerpo terriblemente.

Fue entonces cuando vio lo que lo había salvado de una muerte espantosa.

Sobre su cuerpo habían caído dos rocas gigantescas apoyándose la una contra la otra de manera tal que formaron una tienda sobre él. Esto apartó las piedras y la tierra de su curso, haciéndolas deslizar por la ladera en lugar de aplastar a Bomba. Le pareció al muchacho que había ocurrido un milagro en su beneficio.

Después que hubo caminado lo suficiente como para que volviera a circular su sangre, y una vez que recobró el uso de sus miembros, el muchacho hizo un estudio de su situación.

Estaba dolorido y todo su cuerpo se hallaba lleno de heridas y magullones, Pero el hecho de que se encontrara vivo y de que la selva hubiese recobrado la calma devolvieron a Bomba la tranquil ¡dad. Estaba en tan buenas condiciones físicas que sus heridas se cerraban siempre con rapidez. Ya encontraría agua para lavarse y después se

cubriría con barro del río, su mejor remedio para los magullones. Con una cura así, al día siguiente estaría perfectamente bien.

Pero necesitaba alimentos, y por ese motivo miró a su alrededor. Por todas partes había animales muertos. En su mayoría eran pequeños y habían sido ultimados por la lluvia ardiente antes de que tuvieran tiempo para alejarse.

Borraba eligió uno y preparó la comida. Después juntó algunas ramillas y encendió una fogata. La carne se asó enseguida, y el muchacho comió con apetito voraz.

Terminada la comida, se sintió enormemente fatigado. Una vez más estaba ansioso por llegar a la Montaña Movediza e interrogar al formidable Jojasta.

Iría ahora, mientras reinaba la calma y el espíritu de la Montaña estaba aplacado.

A 1 reiniciar su viaje, tan rápidamente como se lo permitían sus piernas doloridas, se sintió consumido por la curiosidad de ver nuevamente la mole majestuosa de la Montaña Movediza, de la cual sólo había tenido un atisbo fugaz antes que el terremoto le hiciera pensar solamente en salvar la vida.

Ahora no ofrecía para él tantos terrores. Para su mente poco educada, el hecho de que salvara la vida había sido un buen augurio, una señal de que la cólera del Espíritu de la Montaña Movediza no volvería a descargarse sobre él.

Su marcha fue lenta debido a las árboles caídos sobre el camino. Pero su ansiedad por encontrar a Jojasta lo mantuvo firme en su decisión.

A poco llegó al lugar desde el cual viera por primera vez la Montaña. De nuevo trepó a un árbol y vio la enorme mole delineada contra el claro azul del cielo.

Ahora estaba tranquila, y esto otorgó confianza a Bomba. Solamente sobre su cresta se veía cierto movimiento, y se debía esto a una pálida nube gris que flotaba baja sobre el cráter, cambiando de forma a impulsos de la brisa.

Esa nube no preocupó a Bomba, como lo hubiera hecho si hubiese sabido más respecto a la naturaleza de las montañas volcánicas. Rápidamente se deslizó al suelo. Estaba contento y una vez más predominaba en él la esperanza.

Echó a andar hacia abajo, internándose en el valle hasta que llegó al pie de la Montaña Movediza. Al mirarla desde tan cerca, Bomba se sintió de nuevo lleno de temor.

La gran masa de roca y tierra se elevaba amenazadora sobre él. Para trepar por su empinada ladera era necesario tener la agilidad de una cabra de monte.

Había grandes espacios desnudos sobre la ladera, como si el follaje hubiera sido diezmado por alguna enfermedad, y grandes cavernas marcaban toda la superficie.

En alguna parte de esa montaña vivía Jojasta, el que conocía el secreto de Bartow y Laura.

Bomba titubeó apenas un momento, y luego se introdujo entre las malezas de la base de la montaña, avanzando lentamente hacia arriba. Para ello se tomaba de las fuertes lianas y se izaba por ellas hasta encontrar puntos de apoyo para sus pies.

Algo más arriba el ascenso no era tan difícil. Los árboles y matorrales no crecían tan juntos y había extensiones más grandes de los terrenos áridos y desnudos que viera Bomba desde abajo.

Al dar la vuelta en torno de un gran peñasco que se proyectaba hacia afuera, el muchacho llegó a uno de los agujeros que salpicaban la ladera.

Lleno de curiosidad, se aventuró a aproximarse y avanzó unos pasos hacia el interior de la caverna. De pronto recibió en la cara un soplo de aire caliente que le hizo el efecto de un golpe.

Al retroceder con pasos tambaleantes, una lengua de fuego salió del interior de la caverna y lo envolvió en una nube roja y ardiente.

Tosiendo semiahogado, Bomba se arrojó de cara al suelo, mientras la llama seguía pasando por sobre su cabeza, hasta que al fin se extinguió.

-¡Las Cavernas de Fuego! -gritó el muchacho, pensando que de nuevo caía sobre él la ira de la Montaña.

No se atrevió a pararse por temor de ser alcanzado por una segunda lengua de fuego.

Por ese motivo salió arrastrándose hacia atrás y conteniendo el aliento a fin de no aspirar los gases nocivos de que estaba lleno aquel lugar.

En el momento en que llegaba al exterior, llegó a sus oídos un sonido que le heló la sangre en las venas y casi detuvo los latidos de su corazón.

Era el grito de un ser humano aterrorizado que pedía auxilio. Llegaba del interior de las Cavernas de Fuego.

CAPÍTULO 19
UN RESCATE ARRIESGADO

El grito que sobresaltó a Bomba fue tan desesperado que lo conmovió hasta lo más íntimo de su ser.

No podía ignorarlo, imposible que pensara sólo en su seguridad mientras resonara en sus oídos ese grito de agonía. Rápidamente regreso a la caverna. Ya no se veía la ¡lama. Pero para Bomba aquel agujero era algo siniestro, pues en alguna parte de su interior acechaba un enemigo más feroz que cualquier bestia de la selva.

De nuevo resonó el grito agudo.

Sabedor de que podría no volver a salir jamás, Bomba se lanzó hacia el interior de la cueva. El aire del lugar era cálido y casi irrespirable. Lo ahogaba el olor del sulfuro y reinaba una oscuridad impenetrable. No veía nada; sólo podía avanzar a tientas, tropezando, cayendo y volviendo a levantarse. A cada momento esperaba ver de nuevo la terrible llama destructora. -¿Dónde está usted? -gritó roncamente--. ¿Quién es?

Le respondió una voz tan próxima que el muchacho dio un respingo:

-¡Aquí! ¡Aquí! ¡Ayúdeme!

Bomba se adelantó hacia la voz. Su mano tocó algo revuelto y velludo. Era una cabeza humana.

-Levántese -ordenó el muchacho-. Volverá a salir el fuego. Tenemos que irnos mientras todavía haya tiempo. -No puedo levantarme -respondió la voz, en la que ahora se notaba un dejo de esperanza-. Tengo un pie apretado entre dos rocas.

La razón indicó a Bomba que sólo disponía de un momento.

Palpó a lo largo del cuerpo hasta que su mano alcanzó un pie. Lo asió con fuerza, y cuando quiso liberarlo oyó un grito de dolor que el otro contuvo enseguida, como si lo hubiera lanzado contra su voluntad.

-¡Tengo que mover la piedra! -murmuró Bomba.

El aire se hacía cada vez más cálido e irrespirable. Un resplandor rojizo comenzó a llenar la caverna. Bomba sabía que el terror rojo estaba a punto de atacar nuevamente.

Su gran fortaleza le sirvió muy bien. Empleando toda la fuerza de sus musculosos brazos, se dispuso a mover la roca que apresaba el pie de la víctima. La piedra cedió lentamente hasta que el prisionero exclamó:

-¡Ya tengo suelto el pie!

Al oír el grito, Bomba se apartó de la piedra y, agachándose, rodeó con sus brazos el cuerpo del caído. Le pareció que era un muchacho.

El resplandor de la caverna se fue intensificando. Con un silbido aterrador, una lengua de fuego salió de las profundidades hacia la boca de la cueva.

Llevando consigo a su compañero y con los ojos cerrados para no ver la llama, Bomba se tambaleó hacia la salida. Exhausto y semiahogado, el muchacho de la selva apeló a su última reserva de energía y empujó a su compañero hacia la ladera de la montaña, sacándolo del alcance de la llama.

El mismo lo siguió resbalando, y sin preocuparse si rodaba hasta el pie de la inmensa mole. En ese momento no importaba nada, lo primero era escapar del dominio del fuego.

Un angosto saledizo de roca detuvo bruscamente su descenso. Allí descansó un momento y recobró el ritmo normal de su respiración. Después se sentó para buscar con la vista a su compañero.

Sus ojos se entrecerraron y una extraña expresión apareció en ellos, una expresión a la vez ansiosa y tímida.

A menos de tres metros de donde estaba vio a un muchacho de más o menos su mismo tamaño, un muchacho blanco con una mata de cabellos rubios.

Bomba había visto a varios hombres blancos y a una mujer de esa raza. Ahora tenía frente a sí a un muchacho blanco que venía de ese misterioso mundo exterior que él no conocía.

El corazón del muchacho de la selva se llenó de un deseo enorme de hablar con ese ser de otro mundo. Quería decirle que también él era blanco, aunque había vivido en la jungla. Mas no pudo hablar. Lo contuvo la timidez, y sólo pudo mirar en silencio al mozo de los cabellos amarillos y de ojos color del cielo.

El muchacho blanco se había estado golpeando las ropas chamuscadas. Vestía una camisa gris hecha jirones. Calzaba botas altas y sus pantalones grises estaban destrozados de las rodillas para abajo.

Una vez que hubo apagado las chispas, el muchacho rubio levantó la vista y vio los ojos castaños de Bomba fijos en él. Lo miró asombrado, se dispuso a hablar, lo pensó mejor, y se contentó con estudiar el extraño aspecto del muchacho ataviado con la piel de puma.

-Oye -dijo al fin, cuando el silencio se hacía insoportable-, ¿eres tú el que me sacó de ese agujero ardiente?

Se mostraba francamente curioso y su curiosidad sirvió para acrecentar la timidez de Bomba.

-Sí -repuso Bomba.

-¿Eres tú?-insistió el muchacho blanco-. Estuviste magnífico, y no sé cómo agradecerte, porque es seguro que me salvaste la vida. Y oye, tienes una fuerza tremenda.

Su curiosidad se trocó en admiración al notar los hombros y los brazos musculosos de Bomba.

-Moviste esa roca como si hubiera sido un guijarro -continuó el muchacho blanco-. ¡Rayos, qué no daría yo por tener unos brazos como los tuyos! Y fuiste muy valiente al arriesgar tu vida por mí. Si no hubieras aparecido en ese momento, ya me habría convertido en cenizas. Oye -agregó, lanzando una mirada hacia la caverna, de la cual ya no salían lamas-, ¿,qué clase de lugar es ése?

-Es una de las Cavernas de Fuego -respondió Bomba en tono grave-. Hay muchas otras en la Montaña Movediza. -Entonces me parece que la tal Montaña Movediza es un bonito lugar para dejar a nuestras espaldas -fue la respuesta. Bomba se sintió intrigado.

-La Montaña Movediza no es bonita -dijo.

El muchacho blanco rompió a reír, y al cabo de un momento de confusión, Bomba le correspondió con una sonrisa. Después de esto se rompió el hielo y conversaron como viejos amigos.

-¿Cómo te llamas? -preguntó el muchacho rubio-. Me gustaría saber a quién tengo que agradecer el haber salvado mi vida.

-Me llaman Bomba-repuso el muchacho de la selva.

-¿Bomba qué?

-Sólo Bomba. No tengo otro nombre.

-Nunca oí un nombre así, pero es agradable y parece asustarse a tu personalidad. Yo soy Frank Parkhurst.

-¡Frank! -exclamó Borraba lleno de júbilo-. Te he estado buscando. ¿Eres tú el hijo de la blanca de cabellos dorados?

-¡Mi madre' -se notó un dejo de agonía en la voz del muchacho blanco-. ¿La has visto?' ¿Qué sabes de ella? ¿Está a salvo?

Bomba asintió.

-La dejé en el campamento del hombre blanco-dijo. Frank se levantó de un salto.

-Entonces mi padre y mi tío... ¿Sabes si se salvaron?

-Tu tío estaba en el campamento pero tu padre no había vuelto-contestó Bomba-. Tu madre me dijo que los buscara a él y a ti. Te he encontrado a ti, pero no sé dónde está tu padre. Una sombra nubló el semblante de Frank.

-Escapamos juntos-explicó, hablando con rapidez-. Otra tribu de indios atacó a los que nos tenían prisioneros y en la confusión pudimos escapar. Pero era de noche, y al tratar de huir de los indios, me separé de mi padre. Lo he estado buscando desde entonces, tratando también de hallar el camino de regreso al campamento.

-¿Cómo entraste en la Caverna de Fuego? -preguntó Bomba.

-El terremoto me sorprendió ayer en la montaña-explicó Frank-. Cuando el geyser comenzó a lanzar agua hirviendo, busqué refugio en la caverna. Pero antes que llegaras tú, el a¡ re comenzó a calentarse y brilló ese resplandor rojo que vimos hoy.

Entonces quise salir. Pero caí entre esas rocas y me enganché el pie, y allí quedé como una rata en la trampa. Te aseguro que no fue nada divertido, especialmente cuando comenzó a correr el fuego de un lado para otro. Créeme, pensé que estaba perdido hasta que oí tu voz y fuiste a ayudarme. Pero dime -agregó con interés-, ¿estás seguro de que conoces el camino de regreso al campamento?

-Si. Yo te llevaré a él. Pero primero tengo que hablar con Jojasta.

Frank se mostró decepcionado y curioso a la vez.

-¿Quién es Jojasta? -inquirió.

Bomba se lo explicó 1o más rápidamente posible, lo cual no

le resultó fácil, ya que el otro muchacho se mostró de inmediato interesado y lo interrumpió repetidamente para formular preguntas.

-De modo que Jojasta vive en esta montaña -comentó Frank cuando Bomba hubo finalizado-. Y cuando lo hayas encontrado él te dirá quiénes eran tus padres. No me asombra que tengas tanto interés en encontrarlo. Lo mismo haría yo si estuviera en tu lugar. Pero desearía que ya hubieras terminado -agregó-. Ya estoy harto de la Montaña Movediza, y desearía volver al campamento para ver qué ha sido de mi padre.

-Creo que no tardaré mucho -manifestó Bomba-. Puedes quedarte aquí si quieres. Yo regresaré después de haber hablado con Jojasta y te conduciré adonde está tu gente.

-¡No, no! -contestó Frank con entereza-. Todavía me restan energías. Llévame adonde está el viejo Jojasta.

Las palabras y la manera de hablar del muchacho blanco eran extrañas para Bomba, pero no por eso le desagradaban. Y notó en él una fortaleza que parecía asombrosa. Bomba inició el ascenso a paso vivo, y aunque Frank jadeaba a causa del esfuerzo y debía pararse a descansar de tanto en tanto, continuó avanzando con un coraje que ganó la admiración del muchacho de la selva.

A medida que trepaban, fueron notando en el aire las mismas demostraciones que precedieron a la explosión del día anterior.

Se oían rumores extraños en el corazón de la montaña, y a veces temblaba la tierra bajo sus pies de tal manera que les resultaba difícil mantener el equilibrio.

-Apuesto a que tenemos otro terremoto antes que termine el día -musitó Frank con cierta inquietud.

Bomba no dijo nada. Estaba pensando en Jojasta. ¿Sería el hombre tan terrible como el lugar en que vive? De ser así, no le iría muy bien en su misión.

Súbitamente partió de labios de Frank un grito de sorpresa, y el muchacho señaló algo blanco que brillaba por entre los árboles que cubrían la ladera.

-¿Qué es aquello, Bomba? -exclamó-. Parece una casa o...

-¡La casa de Jojasta! -gritó Bomba-. ¡Vamos!

Su corazón se llenó de ansiedad, temor y esperanza. Estaba casi al fin de su viaje. Allí tenía la meta que tanto buscara. Unos momentos más y llegaron ambos a un punto ventajoso, desde el cual, ocultos tras unos árboles, pudieron observar con gran interés la escena que se presentaba a sus ojos.

En el costado de la montaña había un espacio llano de considerable extensión hecho probablemente siglos atrás por alguna convulsión de la naturaleza.

En ese espacio se elevaba un gran edificio de piedras blancas que parecía mitad palacio y mitad templo. En otros tiempos había tenido paredes, pero éstas no existían ya y lo único que quedaba era el techo sostenido por colosales columnas de piedra.

Estas columnas estaban cubiertas de enormes figuras grotescas que representaban seres semihumanos y semianimales, tallados por manos convertidas en polvo en épocas ya remotas.

Relucieron los ojos de Frank Parkhurst, pues -a diferencia de Bomba- sabía que estaba contemplando las ruinas de un edificio perteneciente a una civilización tan antigua que sólo quedaban de ella unos pocos recuerdos esparcidos por la faz de la tierra.

Después de lanzar una mirada rápida al templo, los ojos de Bomba se fijaron en una escena de mucho más interés para él. De la ladera boscosa próxima al templo salió un hombre. Calzaba sandalias repujadas y vestía una túnica de tela lujosa

que pendía de sus hombros y estaba asegurada ala cintura por un cinturón que relucía con lo que parecían ser piedras preciosas.

En la mano llevaba un látigo lleno de nudos. Ante él se inclinaban los esclavos que calzaban zuecos de piedra tan pesados que apenas les permitían caminar.

Sobre sus cabezas y hombros tenían las señales sangrientas dejadas por el látigo. Se pararon al borde del espacio llano y ya no pudieron seguir retrocediendo. Una y otra vez los castigó el látigo que blandía el otro con saña feroz. Luego el amo pareció volverse loco de rabia.

Con un grito feroz, se lanzó contra los esclavos y de un solo empellón los arrojó al vacío.

CAPÍTULO 20
ENTERRADOS VIVOS

Lanzando un grito de horror, Frank y Bomba se pusieron de pie, mirando hacia el sitio donde habían estado los esclavos, y siguiendo el curso que seguían en su caída.

Después buscaron al cruel amo, pero éste había desaparecido misteriosamente.

Los muchachos se miraron asombrados.

-¿Es posible que ese hombre fuera Jojasta? -inquirió Frank.

-Tiene que ser él -repuso Bomba-. Aquí es el amo indiscutido. Ruspak me dijo que hacía lo que se le antojaba y que nadie osaba hacerle frente.

Bomba se sentía horrorizado ante la ferocidad del individuo. ¿Podría ser su padre un demonio así?

-¡No, no! -exclamó en tono apasionado-. ¡Tiene el corazón negro! ¡No es mi padre!

-Mira -le gritó Frank, que se había acercado al borde del abismo y miraba hacia abajo.

Bomba fue rápidamente hacia él.

-¡Allá están los esclavos! -dijo el muchacho blanco, indicando con el dedo-. Quedaron enganchados en los matorrales que crecen en la ladera.

No había acabado de hablar cuando se oyó un rugido sordo proveniente del corazón de la inmensa mole. Debajo de ellos se movió el terreno con violencia.

-¡Los esclavos! -gritó Bomba-. ¡Mira! Se ha abierto la tierra y los ha tragado.

Así era. Debajo de los infortunados esclavos, enredados

como estaban entre los matorrales, se había abierto un enorme agujero en el costado de la montaña.

Ante los ojos de los horrorizados muchachos, la tierra, las piedras y los matorrales perdieron su arraigo y se desplazaron con tremendo estruendo hacia el interior del orificio, llevando con ellos a los dos indefensos individuos.

La tierra volvió a cerrarse. Era como si los esclavos no hubieran existido nunca, tan completa había sido su desaparición.

Un momento después, Bomba y Frank, que se hallaban anonadados ante lo espantoso de la tragedia, quedaron ensordecidos por un ruido siniestro que los llenó de miedo.

A sus espaldas, la montaña lanzó una bocanada de llamas. Los muchachos echaron a correr y, al hacerlo, sintieron que cedían las rocas y la tierra que pisaban. Cayeron entonces al vacío, agitando los brazos desesperadamente, tratando de aferrarse a algo que los retuviera.

Después se sintieron arrojados hacia abajo por entre dos paredes rocosas de las cuales sobresalían matorrales que amenguaban la velocidad de su caída hasta cierto punto, aunque no llegaron a detenerlos, y al fin fueron a dar sobre una masa de malezas y ramas.

Bomba oyó un golpe sordo y casi enseguida entró en contacto con algo duro. La fuerza del impacto lo hizo estremecer de pies a cabeza.

Estaba en la oscuridad más absoluta y le dolían todos los músculos del cuerpo. Se quedó sentado un momento, mientras recobraba el resuello y trataba de percibir algún rayo de luz. De pronto recordó a su compañero. ¿Dónde estaría?

-i Frank! -llamó, notando que su voz sonaba débil y ahogada-. ¿Dónde estás?

-Aquí -fue la respuesta, y Bomba habría gritado de alegría al descubrir que su compañero estaba vivo.

-Yo iré adonde estás-le dijo, y comenzó a avanzar a tientas hacia el sitio de donde le llegara la voz.

Frank volvió a gritar, y, así guiado, Bomba lo ubicó al fin.

-Estamos en un bonito enredo -declaró Frank, asiendo la mano de su amigo-. ¿Dónde crees que nos encontramos? ¿En el centro de la tierra?

-No sé si la tierra es muy profunda -contestó Bomba con candor-. Por eso no sé si estaremos en el centro. Pero estoy seguro de que nos hallamos en una parte de la Montaña Movediza.

Frank lanzó un gemido.

-¡Enterrados vivos! Jamás podremos salir de aquí, Bomba.

-Lo intentaremos -repuso tranquilamente el muchacho de la selva.

La calma de Bomba despertó la esperanza de su amigo.

-¿Crees que hay posibilidad de salir? -inquirió.

-Mira directamente frente a ti, allá a lo lejos -respondió Bomba-. ¿No ves una lucecita roja?

Hubo una pausa durante la cual Frank aguzó la vista, mirando hacia el lugar indicado.

-No veo nada -manifestó al fin.

-Pero yo estoy acostumbrado a ver en la oscuridad-insistió Bomba-. Hay un resplandor rojo, aunque muy lejano. Pero si lo puedo ver, debe haber un camino que vaya hasta allí.

-¿Entonces crees que podría haber una salida?

-Es posible -dijo Bomba. Al notar que Frank se ponía de pie y trataba de avanzar, agregó-: Pero debemos tener cuidado. Puede haber otros peligros. Quizás haya pozos en el camino. Debemos avanzar a gatas como el puma cuando huele una trampa.

Se dejó caer sobre manos y rodillas y su compañero lo imitó.

Fue una suerte que Bomba tomara tal precaución. Habían avanzado unos pocos metros de esta guisa cuando su mano, que palpaba el camino, encontró de pronto el vacío.

Era otro pozo, quizá tan profundo como el que los había tragado un momento antes.

-Párate donde estás -advirtió a Frank, que lo seguía de cerca-. Hay peligro.

Los dos muchachos exploraron cuidadosamente el borde del agujero. Si no se extendía todo a lo ancho del túnel que recorrían, tal vez pudieran dar un rodeo en torno y continuar su camino.

Mas descubrieron que cruzaba todo el túnel, con excepción de una cornisa que tendría diez o quince centímetros en un extremo. Pero la cornisa estaba debilitada probablemente por el terremoto, y al tocarla Bomba, se desmoronó enseguida.

Por allí no podrían pasar.

-Creo que estamos perdidos, viejo -dijo Frank en tono de abatimiento-. Tenemos que quedarnos aquí enterrados en el centro de la tierra hasta que nos muramos de hambre o de sed.

-Soy joven como tú, y no "viejo" como Casson. Podemos resistir mucho. Pero nos queda una posibilidad. ¿Recuerdas que te golpeaste contra algo grande y redondo poco antes de que llegáramos a este pozo?

-Sé que casi me rompo la cabeza-repuso Frank-. Me llevé un buen susto.

-Era parte del tronco de un árbol pequeño. Lo reconocí al tocarlo. Creo que nos servirá para cruzar este pozo.

Frank captó la idea de inmediato.

-¿Quieres decir que el árbol servirá de puente para que crucemos? -inquirió.

-Sí, siempre que el pozo no sea demasiado ancho y que el tronco alcance hasta el otro borde-dijo Bomba-. Lo traeremos para probar. Es la única posibilidad que nos queda.

Frank era un muchacho de valor, y rara vez tenía miedo de correr un riesgo. Pero eso de abrirse paso a tientas sobre un abismo de profundidad desconocida y pasando sobre un tronco resbaladizo era la prueba suprema del coraje.

Para Bomba, que estaba acostumbrado a andar por los árboles de la selva, la hazaña era relativamente simple, aun en la oscuridad, y se aprestó a realizarla sin la menor vacilación.

Frank se preparó para la prueba. Veía que la sugerencia de Bomba era la única admisible en vista de las circunstancias. Quedarse allí significaría morir de hambre, y

eso si la Montaña Movediza no despertaba de nuevo y los sepultaba bajo toneladas de piedras y tierra.

-¡Vamos! -le dijo Bomba-. Probaremos suerte, y después veremos qué es ese resplandor rojo.

-Probablemente sea otra de las Cavernas de Fuego -murmuró Frank, quien no se sentía nada optimista-. Pero estoy dispuesto. Tú dirás lo que hay que hacer.

El muchacho de la selva volvió hacia donde estaba el trozo de tronco que probablemente había sido tragado por la tierra en una de las recientes convulsiones de la montaña.

Lo encontraron y lo hicieron rodar hasta cerca del borde. Luego, uniendo sus esfuerzos, lo pusieron de punta y lo empujaron de manera que cayese hacia el otro lado del abismo.

¿Encontraría apoyo en el otro borde? ¿O era el agujero tan ancho que el tronco caería en las profundidades? Contuvieron el aliento mientras aguardaban la respuesta de la que dependían sus vidas.

Se oyó un pesado golpe al encontrar apoyo el otro extremo del tronco. ¡Ya tenían su puente!

Frank cuadró los hombros y sacó fuerzas de flaqueza. Demostraría a su nuevo amigo que no tenía miedo y que era capaz de hacer frente al peligro con tanto valor como el más valiente.

-Ve tú primero -le dijo Bomba-. Yo te seguiré de cerca, tocándote, y si caes podré sostenerte. El pozo no es muy ancho. Lo cruzaremos enseguida.

El muchacho blanco inspiró profundamente y puso un pie sobre el tronco. Resbaló de inmediato y Bomba lo atrajo hacia sí.

-Quítate esas cosas que tienes en los pies -ordenó-. Debí habértelo dicho antes. Hay que cruzar descalzo.

Frank buscó a tientas los cordones y al fin se quitó las pesadas botas.

-No las dejes -le aconsejó Bomba-. Las necesitarás después que hayamos cruzado.

Frank hizo lo que le ordenaban, y Bomba, que se había quitado las sandalias, lo precedió esta vez.

-Será mejor que vaya yo primero -dijo-. Tómate de mí y estarás seguro. Muchas veces he cruzado ríos pasando sobre los troncos de los árboles.

Frank puso una mano sobre el hombro de su amigo y, haciendo equilibrio con la otra, siguió a su guía.

Bomba avanzó lentamente, apoyando los pies con gran cuidado. ¡Ah, si tuviera un poco de luz para ver lo que les esperaba del otro lado!

Frank lo seguía de cerca, esforzándose en afianzar bien los pies sobre la resbaladiza corteza del tronco. Le parecía que era un equilibrista que cruzaba un alambre tendido a mil metros de altura. Cada paso que daba podía ser el último de su vida.

Se sentía mareado y débil. Sólo merced a su voluntad pudo seguir avanzando.

De pronto el puente improvisado pareció ceder un poco. Aunque había llegado hasta el otro borde, el tronco debió haberse apoyado apenas por el extremo, y bajo el peso y a causa del movimiento, estaba deslizándose hacia abajo.

Frank sintió que descendía con el tronco.

-¡Bomba! -gritó desesperado-. ¡Me caigo! ¡Ayúdame! Sintió que unos dedos de acero asían su brazo.

-Ya estoy en tierra jadeó Bomba desde un sitio algo más alto. Yo te sostendré. Trata de subir hasta mi...

No terminó la frase. Frank sintió que Bomba también se deslizaba hacia el horrible abismo abierto debajo de ellos.

CAPITULO 21
EN LAS PROFUNDIDADES

En el momento en que Frank creyó que estaba sellado su destino, su descenso se interrumpió súbitamente.

En el instante de sentirse arrastrado por el peso de Frank, Bomba había hallado un sitio donde afianzar mejor los pies. Apeló entonces a todas sus fuerzas. El tronco había caído y Frank pendía en el aire, con todo su peso retenido por los brazos del muchacho de la selva.

Centímetro a centímetro fue retrocediendo Bomba, atrayendo a Frank hacia sí, hasta que su amigo logró apoyar los codos sobre el borde y lo alivió en parte del esfuerzo. Luego, con un último tirón, Bomba subió al muchacho rubio al sitio donde se hallaba.

Sólo la exigencia del momento había otorgado a Bomba la fuerza sobrehumana necesaria para la tarea, y cuando al fin la hubo cumplido, se tendió en el suelo completamente agotado. Durante un rato no habló ninguno de los dos.

Luego Frank tocó el brazo de su amigo y dijo con voz llena de emoción:

-¡Es la segunda vez que me salvas la vida! ¡Eres magnífico, Bomba! ¡Y qué fuerza tienes! Tus músculos deben ser de acero.

-No podía dejarte caer -replicó Bomba-. Dije a tu madre que te llevaría de regreso. Bomba siempre cumple su palabra.

-¡Eres un héroe! -exclamó Frank-. Desearía que fueras mi hermano.

-Yo también lo desearía -manifestó Bomba, profundamente conmovido al oír las palabras del muchacho.

Se sentía muy satisfecho de haber salvado la vida de Frank, pues ya quería mucho al muchacho. Además, estaba contento de haber obrado como lo hubiera hecho un blanco. Tanto su alma como su piel demostraban que pertenecía a la raza de sus amigos. Ahora la mujer del cabello dorado estaría segura de que no era un nativo de la región.

Frank se estremeció al asomarse al borde del abismo.

-Debe ser muy profundo -expresó-. Pasó mucho tiempo antes que se oyera caer el tronco en el fondo.

-Sí -concordó Bomba-. Pero ahora ya lo hemos pasado. Se puso de pie y Frank siguió su ejemplo, aunque le temblaban mucho las piernas.

Su avance fue por fuerza lento, ya que existía siempre el peligro de encontrar otro agujero como el que acababan de salvar a riesgo de sus vidas.

Empero, no encontraron ningún otro, y al cabo de un tiempo se hallaron mucho más cerca de la luz que atisbara Bomba. Pero, al intensificarse el resplandor, la atmósfera se fue tornando cada vez más tórrida, hasta que sus ropas se empaparon con su transpiración y se les secaron las gargantas. Pronto descubrieron que la luz provenía de varias lenguas de llamas que brotaban de la tierra. Al descubrir esto los dominó de nuevo la desesperación. Aunque hubiera una salida al exterior, al otro lado de las llamas, les sería imposible atravesarlas.

Al fin se hizo el calor tan insoportable que tuvieron que detenerse. Ya sentían que se les ampollaba la piel.

-Esta montaña debe ser un volcán -declaró Frank, muy abatido-. Parece que hay fuego por donde quiera que vayamos.

-¿Qué es un volcán? -preguntó Bomba, que jamás había oído pronunciar esa palabra.

-Es una montaña que arroja llamas, cenizas y lava ardiente-repuso Frank-. De vez en cuando entra en actividad y envía hacia el cielo todo lo que tiene adentro. Y la próxima vez que haga esto, es seguro que nosotros saldremos volando con todo lo demás.

Parecía realmente que los muchachos habían llegado al fin del camino. No podían retroceder debido al abismo, y no podían seguir avanzando a causa de las llamas.

Además, estaban hambrientos, ya que hacía horas que no comían, y su sed era intolerable. No llevaban alimentos ni agua consigo pues habían contado con proveerse de lo necesario a medida que viajaban.

-Daría un millón de dólares por un vaso de agua -gimió Frank.

-Ya la encontraremos -dijo Bomba, que se negaba a darse por vencido-. Verás... ¿Qué fue eso?

Se quedó inmóvil, aguzando el oído.

-¿Qué pasa? -preguntó Frank, con renovada esperanza.

-Oigo voces. No hables. Tengo que descubrir de dónde provienen.

Frank se quedó silencioso.

-Vienen de allá -dijo al fin Bomba, indicando hacia la derecha-. Están hablando y parecen hallarse en apuros. Veremos si hay un camino que nos lleve adonde están esos hombres.

Palpó los costados del túnel, y al cabo de unos minutos lanzó una exclamación de júbilo.

-Es aquí -anunció-. ¡Vamos! Tómate del hombro y no te apartes de mí.

Se introdujo por una abertura tan angosta que ambos podían tocar las paredes, y tan baja que debieron avanzar agachados.

A medida que se adelantaban, las voces se fueron haciendo más audibles. No alcanzaron a captar lo que decían, pero se dieron cuenta de que eran sonidos provenientes de gargantas humanas.

En la situación en que se hallaban, esto los alegró muchísimo, y también se entusiasmaron al notar que el camino se hacía más visible, y no con un resplandor rojizo que indicara la presencia del fuego, sino con una luz blanca que anunciaba

alguna salida al mundo exterior. Era muy débil, pero les pareció brillante en contraste con las tinieblas que los rodearan hasta entonces.

En una curva del pasaje llegaron a una masa de ramas, tierra y piedras entre las cuales distinguieron dos figuras que trataban de liberarse del peso que los retenía tendidos.

En lo alto, muy lejos, se veían algunos rayos de luz que penetraban por una abertura invisible.

Bomba comprendió entonces lo ocurrido.

-¡Son los esclavos! -exclamó-. Los que Jojasta arrojó por el costado de la montaña. Y todavía están con vida. Vamos a auxiliarlos.

Los muchachos fueron hacia la masa de tierra y piedras de la que sobresalían los cuerpos de los hombres. Los prisioneros lanzaron gritos al percibir la llegada de los dos blancos.

-¡Ayúdennos amos! ¡Ayúdennos! -pidieron en su lengua nativa.

No era necesario el ruego. Los dos amigos pusieron manos a la obra, apartando la tierra y las ramas hasta que al fin pudieron sacar a los esclavos. Éstos no podían valerse mucho por sí mismos a causa de los pesados zuecos de piedra que calzaban. Los tenían sujetos por medio de gruesas correas y fuertes hebillas que los muchachos soltaron de inmediato.

La gratitud de los esclavos rescatados fue extraordinaria.

Se postraron a los pies de sus salvadores y prorrumpieron en exclamaciones de agradecimiento, mientras que las lágrimas les bañaban el rostro.

-¡Nos habéis salvado! -dijo uno.

-¡Somos vuestros! -exclamó el otro-. ¡Haced de nosotros lo que queráis!

más audibles. No alcanzaron a captar lo que decían, pero se dieron cuenta de que eran sonidos provenientes de gargantas humanas.

En la situación en que se hallaban, esto los alegró muchísimo, y también se entusiasmaron al notar que el camino se hacía más visible, y no con un resplandor rojizo que indicara la presencia del fuego, sino con una luz blanca que anunciaba alguna salida al mundo exterior. Era muy débil, pero les pareció brillante en contraste con las tinieblas que los rodearan hasta entonces.

En una curva del pasaje llegaron a una masa de ramas, tierra y piedras entre las cuales distinguieron dos figuras que trataban de liberarse del peso que los retenía tendidos.

En lo alto, muy lejos, se veían algunos rayos de luz que penetraban por una abertura invisible.

Bomba comprendió entonces lo ocurrido.

-¡Son los esclavos! -exclamó-. Los que Jojasta arrojó por el costado de la montaña. Y todavía están con vida. Vamos a auxiliarlos.

Los muchachos fueron hacia la masa de tierra y piedras de la que sobresalían los cuerpos de los hombres. Los prisioneros lanzaron gritos al percibir la llegada de los dos blancos.

-¡Ayúdennos amos! ¡Ayúdennos! -pidieron en su lengua nativa.

No era necesario el ruego. Los dos amigos pusieron manos a la obra, apartando la tierra y las ramas hasta que al fin pudieron sacar a los esclavos. Éstos no podían valerse mucho por sí mismos a causa de los pesados zuecos de piedra que calzaban.

Los tenían sujetos por medio de gruesas correas y fuertes hebillas que los muchachos soltaron de inmediato.

La gratitud de los esclavos rescatados fue extraordinaria.

CAPÍTULO 22
CAE EL TEMPLO

Bombay Frank se sintieron conmovidos y al mismo tiempo turbados por la exagerada gratitud de los dos infortunados.

-Es agradable saber que son capaces de hacer cualquier cosa por nosotros -murmuró Frank-. Pero, al fin y al cabo, están en el mismo aprieto, y probablemente no pueden hacer nada para ayudarnos.

El muchacho había estado en la jungla el tiempo suficiente como para dominar algo el idioma, de modo que captó parte de lo que dijeron los dos esclavos.

Bomba no estaba de acuerdo con él. Se le había ocurrido que algunos de los pasajes subterráneos eran demasiado regulares como para ser un simple capricho de la naturaleza, y quizá habían sido excavados por la mano del hombre.

-¿Conocen este lugar? -preguntó-. ¿Han estado aquí antes? La respuesta le produjo asombro y alegría.

-Sí -repuso el que parecía ser más inteligente-. Cuando cedió la tierra y caímos aquí, vimos que estábamos en uno de los caminos secretos que pasan por debajo del templo de Jojasta. Hay muchos.

-¿Conocen el que lleva Bomba con gran interés.

-Sí -fue la respuesta-. Ashati y Neram los guiarán a un sitio desde el cual podrán ver de nuevo el sol.

-¿Qué fue lo que dijo?-intervino Frank, al notar por la cara de Bomba que había buenas noticias-. No alcancé a comprenderlo.

-Conocen este lugar-repuso Bomba-. Todos éstos son los

fuera de este lugar? -preguntó

caminos secretos de Jojasta, y los esclavos dicen que nos llevarán adonde brilla el sol.

-¡Hurra! -gritó Frank, palmeando el hombro de su amigo-. ¡Y pensar que hace un minuto no habría dado cinco centavos por nuestras posibilidades de salvación!

Bomba se volvió a los esclavos, los que ya habían recobrado en parte sus fuerzas.

-¿Ya pueden caminar? -inquirió, mirando con pena las espaldas laceradas de los dos desgraciados.

-Sí -contestó Ashati-. Te llevaremos adonde quieras. Hay un pasaje que va hasta el templo blanco de Ro-Lat. Pero si vas hacia ese lado, podrías encontrarte con Jojasta.

-Eso es lo que quiero -dijo Bomba-. Para eso he venido a la Montaña Movediza.

Los esclavos se miraron asombrados. Les parecía increíble que una persona cuerda quisiera encontrarse con Jojasta.

-¿Es muy malo? -inquirió Bomba.

Los dos miraron a su alrededor con expresión temerosa, como si pensaran que las paredes tenían oídos.

-Tiene el corazón muy negro -contestó Ashati-. Mata y lastima. Y se pone cada vez más feroz a medida que pasan los meses. Todos temblamos frente a él.

A j juzgar por la escena que presenciara con sus propios ojos, Bomba no tuvo dificultad en creer esto. Pero no por eso estuvo menos decidido a encontrarse con el extraño hechicero.

-No temo la ira de Jojasta-declaró sencillamente-. ¿Pero y ustedes? Ya trató de matarlos una vez, y quizá lo intente de nuevo.

Los esclavos inclinaron las cabezas y cruzaron las manos sobre el pecho.

-Será como quieran los dioses-manifestó Ashati, y Neram asintió en silencio.

A una señal de Bomba, partieron a la delantera, avanzando por los pasajes con la seguridad de quien está perfectamente familiarizado con el terreno que pisa.

A medida que avanzaban la luz se fue haciendo cada vez más brillante, y antes de mucho habían llegado al fondo de un pozo en lo alto del cual se veía un trozo de cielo azul.

Frank se puso a bailar de contento, y Bomba, aunque más sereno que su amigo, compartió su entusiasmo.

-¡Al fin la luz del día! -exclamó Frank-. No esperaba volver a verla.

Al pie del pozo o galería vertical había una pequeña plataforma de la que partía hacia lo alto una escalera espiral de escalones de piedra. Un poco hacia la derecha se veía una palangana de piedra llena de agua.

Antes que nada los muchachos corrieron hacia ella y bebieron hasta hartarse. Después se lavaron los rostros acalorados y se sintieron mucho mejor.

Cuando se preparaban para ascender los escalones, llegó a sus oídos un rugido profundo y estremecedor y la roca sobre la que estaban parados se sacudió con violencia.

-¿Qué fue eso? -preguntó Frank.

-¡Rápido! -gritó Ashati-. La montaña comienza a moverse. Quizá Jojasta sabe que estamos aquí y pide a la montaña que nos sepulte vivos.

-¡Vamos! -ordenó el muchacho de la selva.

De un salto subió el primer escalón, seguido por Frank. Los esclavos lo imitaron y todos iniciaron la subida.

Fue un ascenso de pesadilla, mientras todo se movía alrededor de ellos y la escalera se sacudía tanto como si quisiera arrojarlos. Lo habría conseguido en algunas oportunidades si ellos no se hubieran dejado caer sobre manos y rodillas, aferrándose a los escalones con todas sus fuerzas.

Cuando se aproximaban a la parte superior oyeron gritos de terror y ruido de pasos que corrían, y cuando al fin salieron a la plataforma del templo, estuvieron a punto de caer atropellados por la multitud de nativos que corrían desesperadamente como si los amenazara alguna terrible calamidad.

Una mirada a su alrededor bastó para explicar el temor de los que huían.

De la cresta de la montaña emergían grandes cantidades de lava ardiente que caían sobre las laderas, arrastrándose como sinuosas serpientes de fuego, y algunos de

los torrentes iban con derechura hacia el pozo del cual acababan de salir nuestros amigos.

Pero la lava descendía con lentitud, y pasaría un tiempo antes de que llegara a la plataforma.

Lo que causaba el espanto de los nativos que estuvieron a punto de llevarlos por delante era el peligro que amenazaba también al templo. Éste se agrietaba en garras del terremoto como un barco a merced de una furiosa tempestad.

-¡Mira, Bomba! -gritó Frank con los ojos llenos de horror. En ese momento cedió una parte del techo que cayó con tremendo estrépito, sepultando bajo los escombros a los que no habían podido apartarse a tiempo. El ruido del techo al desplomarse y de las columnas que caían era ensordecedor y llenó de horror el corazón de todos.

Cuando corrieron hacia el otro extremo de la plataforma, Bomba y Frank vieron por entre las columnas, en el lado del templo que aun quedaba en pie, la figura del sacerdote arrodillado ante un altar.

Vestía los mismos hábitos suntuosos que cuando lo vieran por primera vez. Estaba de espaldas a ellos y llevaba a cabo un rito religioso, levantando a veces las manos como si invocara la ayuda` de los dioses.

-Es Jojasta-dijo Ashati en tono respetuoso-. Está orando ante el altar del Fuego Azul.

Bomba sintió que se aceleraban los latidos de su corazón. Olvidó por el momento los terrores del terremoto. Aquí, a poca distancia de él, se hallaba el hombre al que viniera a buscar arrostrando tantos peligros.

Olvidando todo lo demás, el muchacho de la selva abandonó a sus compañeros y cruzó el templo hacia la figura arrodillada.

-¡Ven aquí! -le gritó Frank, lleno de aprensión-. Puede desplomarse el resto del techo. ¡Te matarás! ¡Vuelve!

Sin responder, Bomba continuó su camino.

Estaba aproximándose al altar cuando el hechicero se puso de pie. Se volvió entonces y sus ojos se encontraron con los de Bomba. Asomó a su rostro una expresión feroz ante la osadía del desconocido, pero casi enseguida cambió su semblante, pintándose en él la extrañeza y el terror. Rápidamente dio dos pasos hacia atrás.

-¡Ah! ¡Bartow! ¿De dónde vienes? -aulló, cayendo luego al suelo sin sentido.

CAPÍTULO 23
LAS FAUCES DE LA MUERTE

Bomba saltó hacia adelante para levantar del suelo al caído.

Pero en el momento mismo en que se agachaba se oyó un estruendo ensordecedor y una de las columnas del templo cayó a menos de tres metros de distancia, mientras que algunos de los fragmentos de piedra le rozaron la cabeza, atontándolo temporariamente.

En el momento en que se tambaleaba, apunto de caer, sintió que dos brazos fuertes lo tomaban de la cintura y lo arrastraban hacia la plataforma abierta.

Cuando hubo pasado el aturdimiento momentáneo y se le aclaró la mente, descubrió que bajaba por la ladera de la montaña, sostenido por Frank y Ashati, mientras que Neram los seguía de cerca.

-¡Te salvaste por milagro! jadeó Frank-. Un poco más allá y la columna te hubiera aplastado. Tenemos que irnos mientras podamos hacerlo.

-Pero ¿y Jojasta? -exclamó Bomba-. Debo volver a él. Tengo que sacarlo de entre las ruinas. No quiero que muera. Quiero que me hable de mis padres.

-Si vuelves allá tendrás que hacerlo más tarde -repuso Frank con seriedad, mientras indicaba un torrente de lava que caía ya entre ellos y la plataforma del templo-. Imposible cruzar eso.

Bomba vio que su amigo estaba en lo cierto, y de mala gana se vio forzado a renunciar a su plan por el momento, aunque no por eso quedó menos decidido a volver cuando cambiaran las cosas. Era un desengaño terrible verse detenido justo cuando Jojasta parecía a punto de revelar algo.

Pero por el momento tenían que ocuparse de su propia seguridad. A su alrededor caían cenizas y piedras ardientes. Se vieron retardados en su huida por la multitud de fugitivos entre los que se encontraban. Algunos llevaban niños, otros sus escasas pertenencias. Todos estaban dominados por el terror y enloquecidos por el deseo de alejarse lo más posible de la escena de la erupción.

Ashati y Neram se mantuvieron cerca de los muchachos, por lo cual se alegraron éstos, ya que los esclavos, que conocían muy bien la región, podían guiarlos por los caminos más convenientes. Al cabo de poco se habían apartado de la multitud, y antes de mucho se hallaban fuera de la zona de mayor actividad del volcán.

Estaban casi sin aliento cuando al fin se detuvieron frente a una choza abandonada en la ladera de una colina próxima hacia la cual los habían llevado los esclavos. Entraron con un suspiro de alivio y se arrojaron al suelo completamente agotados.

Mientras descansaban los muchachos, los dos nativos se fueron a la selva y regresaron poco después con huevos de jaboty, fruta y agua, con lo cual los dos blancos satisficieron su hambre. No fue una comida suntuosa, pero para ellos resultó un festín de primera.

-Dime, Ashati -preguntó Bomba, una vez que hubieron finalizado-, ¿alguna vez oíste mencionar el nombre de Bartow? El esclavo negó con la cabeza.

-¿Y el de Laura?

-No -repuso Ashati.

-¿Cuánto tiempo hace que Jojasta es el amo de todo esto? -inquirió entonces Bomba.

-Muchos años. No sé cuántos. Mi padre era su esclavo antes que naciera yo.

-¿Recuerdas si alguna vez tuvo una esposa blanca?

-Sí. Era muy hermosa. Se salvó cuando atacaron el campamento de su gente y mataron a todos los demás. Jojasta la hizo su esposa; pero ella no era feliz, y después que nació su hijo se fue con él a las Cavernas de Fuego. Algunos pensaban que había ido sin saber qué eran y que se extravió en ellas. Otros afirmaron que fue con el

expreso propósito de matarse. Pero esto lo dijeron en voz muy baja, por el temor de que se enterase Jojasta.

-¿Le parece que me asemejo a ella o a Jojasta? --preguntó Bomba.

Ashati lo contempló con atención.

No te pareces a Jojasta -declaró al fin-. En cuanto a la mujer, la vi hace muchos años y no la recuerdo bien. Pero no creo que te le parezcas. Ella tenía ojos color de cielo y cabellos como el sol. Tus ojos y tus cabellos son de color del agua cenagosa. No, no te pareces a ella, pero tampoco tienes semejanza con Jojasta.

Aunque esto no era muy conclusivo, sirvió para confirmar la convicción de Bomba de que Jojasta no era su padre. Se alegró mucho de esta circunstancia, pues la brutalidad del individuo lo había llenado de repulsión.

Pero Jojasta conocía a Bartow. Más aún, le temía. De otro modo, ¿por qué demostró tanto temor y se desmayó al verlo? Y había tomado a Bomba por Bartow. La única conclusión que podía sacarse de esto era que Bomba era el hijo de Bartow. Esto ya era algo, mas estaba muy lejos de ser suficiente. Simplificaba el problema, pero no lo resolvía por completo. Trataría de llegar hasta Jojasta al día siguiente, tan pronto como el volcán se hubiera apaciguado. Hasta entonces, tendría que tener paciencia.

Durante ese compás de espera, él y Frank tuvieron su primera oportunidad de conocerse bien. Y cuanto más sabían el uno del otro, más amigos se hacían.

Bomba escuchó maravillado lo que le contaba Frank acerca del mundo exterior que hasta entonces fuera para él un libro cerrado. Por primera vez oyó hablar el muchacho de los grandes océanos que recorrían los barcos, de las ciudades en las que había tantas personas como árboles en la selva, de poderosos cañones que disparaban proyectiles tan pesados como peñascos a una distancia de treinta y siete kilómetros, de luces que se encendían como miles de luciérnagas con sólo apretar un botón, de edificios gigantescos que llegaban a los cielos, de ferrocarriles y teléfonos, de fonógrafos y radios, y de otras mil cosas que componen el mundo civilizado.

Gran parte de todo ello no pudo comprenderlo, pero lo creyó todo. Parecía increíble, era como obra de magia; pero estaba seguro de que su amigo le decía la verdad.

A su vez Bomba contó cosas de la jungla que asombraron al muchacho de la ciudad. Le relató cómo había atrapado a la cooanaradi cuando ésta lo persiguió; cómo se burló de los jaguares que atacaron el campamento de Gillis y Dorn; la manera como atravesó la jararaca con la rama espinosa del árbol, su aventura con los cazadores de cabezas que atacaron la cabaña; su carrera en el río cuando lo persiguió un caimán; la lucha contra los buitres; la pelea en que salvó a la madre de Frank, y otras hazañas más.

Habló de estas cosas con sencillez y sin ufanarse. Para él eran los incidentes inevitables de la vida en la selva, pero Frank lo escuchaba lleno de emoción.

-¡Cuánto me gustaría haber hecho las cosas que hiciste! -dijo a su amigo.

-Y a mí me gustaría ver las cosas que tú has visto -repuso Bomba.

-Algún día las verás -dijo Frank.

Ante estas palabras sintió Bomba un anhelo enorme de que se cumpliera la profecía. Lo deseaba de todo corazón. Era su derecho que la vida le había negado hasta entonces. Él era blanco como Frank, y su lugar estaba en el mundo de los blancos que eran sus hermanos de raza.

Los dos muchachos estaban tan agotados por las aventuras del día que aquella noche durmieron profundamente, a pesar de los temblores de la tierra y los rugidos del volcán.

En la mañana, cuando despertaron, había cesado el tumulto. Por el momento se había apaciguado la ira de la Montaña Movediza. El sol brillaba resplandeciente en el cielo despejado, y toda la naturaleza parecía estar en paz.

-Ahora iré a buscar a Jojasta, si es que todavía está con vida -anunció Bomba, después que hubo terminado el desayuno que le proveyeron Ashati y Neram.

Frank no trató de disuadirlo. Sabía que sería inútil que protestara. Por eso acompañó a su amigo, seguido por los dos esclavos.

Las dificultades que encontraron en el camino fueron muchas. En todas partes había pruebas del desastre causado por la erupción y el terremoto. Aquí y allá había cadáveres de los nativos sorprendidos por el torrente de lava antes que pudieran escapar. La tierra estaba llena de pozos. Los árboles habían sido desarraigados a montones y obstruían el paso. La lava había dejado de correr, y ahora estaba endureciéndose bajo los rayos del sol.

Con mucho trabajo e infinidad de vueltas, llegaron al fin a la plataforma del templo. Allí era completa la desolación. La mayoría de las columnas estaban caídas, y sólo unas pocas que quedaban en pie sostenían un fragmento del techo del templo. Se abrieron paso con gran cuidado entre los escombros. Un momento más y Bomba vio lo que buscaba y echó a correr hacia una de las columnas caídas.

-¡Aquí está! -gritó.

CAPÍTULO 24
LO QUE CONTÓ JOJASTA

Frank y los dos indios siguieron a Bomba lo más rápidamente que pudieron, y lo encontraron de pie junto a una columna bajo la cual yacía Jojasta, el temido hechicero de la Montaña Movediza.

Estaba tendido de espaldas, junto al altar del que se pusiera de pie cuando vio por primera vez al muchacho de la selva. Una de las columnas caídas le apretaba las piernas.

Su rostro moreno estaba lívido de dolor. Era un rostro de expresión firme, y reflejaba todas las cualidades que denotan a los conductores de hombres. Los surcos grabados en él indicaban una voluntad indomable y no poca crueldad. Saltaba a la vista que era uno de esos individuos capaces de apartar de su camino todo lo que se interpusiera entre él y sus propósitos. Y en su frente amplia y despejada se veía que era inteligente.

Tenía los ojos cerrados, pero el movimiento de su pecho indicaba que aún estaba con vida.

El primer impulso de los recién llegados fue el de retirar la columna que le aplastaba las piernas. Tiraron de ella, pero pesaba muchas toneladas y lo mismo hubiera sido que hubiesen querido mover una montaña. Sólo la muerte podría libertar a Jojasta.

Cuando Bomba y sus compañeros se dieron cuenta de esto, desistieron de sus esfuerzos y se agruparon alrededor del caído, mirándolo con pena. Aun Ashati y Neram, que no tenían motivo para querer a su cruel amo, se sintieron afectados por su situación.

Como si hubiera adivinado que lo miraban, Jojasta abrió los ojos y miró a su alrededor lleno de sorpresa. Luego se fijó en Bomba.

Una exclamación débil afloró a sus labios e hizo un movimiento como para ponerse de pie. Después comprendió su situación y se dejó caer de espaldas nuevamente, lanzando un gemido.

Se cubrió los ojos con una mano, como para no ver al muchacho de la selva.

-¡Bartow! -murmuró-. ¿Por qué has venido? ¿Has vuelto para ajustar las cuentas conmigo?

-No soy Bartow -respondió Bomba con suavidad-. No tengo intención de hacerte daño. Eres tú quien debe hablarme de Bartow.

Puso una mano bajo los hombros del hechicero y lo sentó. -¡Trae agua! -ordenó a Neram, y éste desapareció para volver al cabo de un momento con un poco de agua que traía en uno de los cálices ceremoniales del templo.

Bomba lo acercó a los labios de Jojasta y éste bebió con avidez. Después el muchacho le bañó el rostro, y el efecto del líquido pareció otorgar nuevas fuerzas al moribundo.

-He venido desde muy lejos para hacerte una pregunta -expresó Bomba al cabo de un momento.

-Hazla pronto -murmuró Jojasta-, pues no me queda mucho tiempo de vida. Es la voluntad del Rey de los Cielos. -Dime -pidió Bomba con voz vibrante de emoción-. ¿Eres tú mi padre?

-¡No, no! -exclamó Jojasta, con una sorpresa y energía que hicieron más convincentes sus palabras.

-¿Entonces tu esposa blanca no se llamaba Laura? -continuó Bomba.

-¡No! ¿Porqué lo preguntas?

-¿Conoces alguna mujer que se llame Laura? -insistió el muchacho.

Una expresión empecinada y astuta a la vez apareció en los ojos del hechicero, quien permaneció callado.

-¿La conoces? -dijo Bomba.

-Hay cosas que no se pueden decir -fue la respuesta.

-Debo saber los nombres de mi padre y de mi madre. ¿Quiénes son? ¿Quién soy yo?

-¿Quién eres tú?-dijo el hechicero, con algo de su anterior energía-. ¿Quién? ¡Pregúntaselo a Bartow! Pregúntaselo a Sobrinini.

-¿Quiénes son ellos?

-¿Qué? ¿No conoces a Sobrinini de la tribu Pilati, que vive a la vista de las Cataratas Gigantes, por el lado donde se pone el sol? ¡Pregúntale a ella! Pregúntale quién es Bartow y dónde está. ¡Sobrinini te lo dirá!

-¿Sobrinini también puede hablarme de Laura? ¿Si encuentro a Bartow, hallaré también a Laura? -preguntó Bomba, lleno de emoción.

-¡Pero tú eres Bartow! -aulló Jojasta-. ¡Si no eres Bartow debes ser su espectro!

Este estallido agotó las últimas fuerzas de Jojasta, quien cayó hacia atrás sin conocimiento.

Bomba volvió a lavarle las manos y la cara, tratando en vano de volverlo en sí.

En ese momento se oyó una tremenda explosión y el piso tembló con tanta violencia que Bomba se vio arrojado de cara. Trató de ponerse de pie, y de nuevo se sintió arrojado al suelo, al mismo tiempo que algunas de las columnas restantes se desplomaron con tremendo estrépito.

-¡Rápido, Bomba! ¡Corre! -le gritó Frank-. Se está hundiendo la plataforma. ¡Ven enseguida!

Bomba sintió que el piso cedía debajo de él. Dio un salto y llegó a terreno firme justo a tiempo.

Luego, con un espantoso rugido, se abrió la tierra bajo la plataforma y cayó ésta al abismo junto con las columnas, el techo y todo lo que quedaba del templo, llevándose a Jojasta a una muerte cierta.

CAPÍTULO 25
BOMBA CUMPLE SU PROMESA

La catástrofe fue horrorosa y llenó de horror a Bomba y a Frank. Mas no tuvieron mucho tiempo para pensar en ella en esos momentos, pues la muerte los amenazaba también a ellos.

La tierra se agitaba como un mar embravecido. Toda la naturaleza parecía a punto de sufrir una convulsión tremenda. Los árboles caían a su alrededor. De la cumbre de la Montaña Movediza volaban hacia el cielo torrentes de fuego líquido y una parte del mismo caía tan cerca de ellos que algunas gotas les levantaron ampollas en la piel.

Tambaleándose y dejándose deslizar como podían, los muchachos y los dos esclavos bajaron por la ladera. En su camino debieron evitar lo mejor posible las numerosas entradas de las Cavernas de Fuego de las cuales salían enormes llamaradas que trataban de consumirlos.

Esta vez no se detuvieron en la choza en la que pasaron la noche, pues también la vivienda estaba ahora en la zona del terremoto, la que parecía haberse ensanchado. Dedicaron todas sus energías a alejarse lo más rápidamente posible de aquella horrible escena de muerte y destrucción.

Así continuaron corriendo a tropezones, cruzando valles y salvando colinas, hasta que finalmente llegaron a un risco en el que el terreno ya no temblaba. Allí se

arrojaron al suelo y así estuvieron largo rato, mientras recuperaban el aliento, y sin que ninguno de ellos pudiera pronunciar una sola palabra.

Pero si sus lenguas estaban silenciosas, sus ojos no descansaban. Desde el sitio en que se hallaban podían ver claramente a la Montaña Movediza. La cúspide de la misma estaba envuelta en una espesa nube de humo por entre la cual se abrían paso las llamas como dardos de fuego.

Mientras la contemplaban, pudieron ver que la montaña justificaba su nombre. Se estaba moviendo, lenta y majestuosamente, como dotada de vida propia.

Empero, para ellos, era más representativa de la muerte. Se estremecieron al recordar sus milagrosas escapadas de los últimos días. Hubo momentos en que sus vidas parecían destinadas a perderse. Pero, aunque heridos y llenos de magullones, habían logrado salvarse.

Frank fue el primero en romper el silencio.

-Vine a la selva en busca de aventuras -manifestó-, y te aseguro que he tenido más de las que esperaba. En los últimos días he experimentado emociones suficientes para toda la vida. No soy egoísta y comprendo cuando he llegado al límite. Quiero volver al campamento y de ahí a la costa. ¿Qué dices tú, Bomba? ¿Echamos a andar? Supongo que ya no tienes ningún motivo para quedarte aquí más tiempo.

-No -concordó Bomba con lentitud-. Nos iremos. Ya he visto a Jojasta. No me dijo todo lo que yo quería, pero algo me dijo. Al verme creyó que yo era Bartow. Si me le parezco tanto, Bartow debe ser mi padre. Me alegró de que no fuera Jojasta, pues era un hombre malvado.

-¿Por qué crees que se habrá negado a contestar cuando le preguntaste por Laura? -inquirió Frank con curiosidad.

-Eso no lo sé -repuso Bomba en tono apenado-. Sabía algo, pero no quiso decírmelo. Tendré que ir a ver a Sobrinini para averiguar lo que sabe.

-Eso es peligroso, ¿no?-preguntó Frank-. Jojasta dijo que vivía cerca de las Cataratas Gigantes, y tú me has contado que por allí viven los cazadores de cabezas. Después de lo que les hiciste, éstos querrían vengarse.

-Habrá peligro-admitió Bomba-. Pero iré de todos modos. No obstante, primeramente debo volver al lado de Casson. Estoy preocupado por él, pues no sé si está vivo o muerto. Te llevaré a tu campamento, como se lo prometí a la mujer del cabello dorado. Después veré a Casson, y una vez hecho esto, iré a visitar a Sobrinini. Vamos.

-Os seguirán los esclavos que salvasteis -dijo Ashati.

-No, Ashati -le contestó Bomba-. Quédense con su gente. Los otros indios no los recibirán bien, y estarán ustedes solos. Vamos, Frank.

Se pusieron de pie, mientras Ashati y Neram los observaban con pena. Se habían encariñado con sus jóvenes amos, los primeros que les demostraron un poco de humanidad, y les dolía verlos partir.

-Lamentamos dejarlos -manifestó Bomba, al darles una palmada en los hombros-. Nosotros los ayudamos y ustedes nos ayudaron a nosotros. Son ustedes muy buenos, y es una suerte que Jojasta haya muerto.

-Sí, es una suerte para toda la tribu -repuso Ashati-. Todos lo odiábamos y le temíamos. Ahora tendremos un nuevo hechicero, y las cosas irán mejor. Que tengan ustedes buena fortuna en el camino de regreso al hogar.

Se despidieron entonces y, después de saludarlos con las manos, los dos muchachos se internaron en la jungla. Viajaron con rapidez y, gracias a la habilidad maravillosa de Bomba, marcharon hacia su destino sin desviarse. Cuando los muchachos se aproximaron al campamento, reinaban en sus corazones emociones muy diversas. Frank estaba ansioso por abrazar a su madre y preocupado por su padre. Bomba se sentía jubiloso ante la idea de que había cumplido la promesa que hiciera a la mujer de los cabellos color del sol. Ella había confiado en él, y él fue digno de su confianza.

Ella fue la primera que vieron cuando se abrieron paso por entre los árboles que bordeaban el claro donde se hallaba el campamento. Estaba de espaldas, ocupada en preparar la comida.

¡Mamá! -gritó Frank, corriendo hacia ella.

La mujer se volvió, lanzando una exclamación de sorpresa y alegría, y un momento después estrechaba a su hijo contra su pecho.

Dos hombres se acercaron corriendo al oír los gritos. Uno de ellos era Gerry Hicks, a quien ya conocía Bomba. En cuanto a la identidad del otro no le cupieron dudas, ya que el hombre corrió hacía la señora y Frank, y los abrazó llorando.

-¡Mi hijo! -exclamaba-. ¡Estás vivo!

Bomba los contempló intranquilo y muy emocionado por la escena, y, para su gran sorpresa, descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Nunca lo había abrazado un padre ni conocía los besos de una madre.

Pasado el primer momento de arrebato, la señora Parkhurst vio a Bomba. Corrió entonces hacia él, lo tomó entre sus brazos y lo besó repetidas veces.

-¡Querido mío! ¡Valiente muchacho! -exclamó sollozando-. ¡Me has devuelto a mi hijo! ¡Eres maravilloso!

Un momento después el señor Parkhurst estrechaba la mano del muchacho y lo abrazaba cariñosamente.

-Primero salvaste la vida de mi esposa y ahora nos has devuelto a nuestro hijo -expresó con voz ronca de emoción-: ¿Cómo podré agradecértelo?

El tío de Frank no se quedó atrás en sus demostraciones, y su admiración se acrecentó cuando Frank les relató cómo Bomba había hecho frente a todas las dificultades que encontraran, venciéndolas y trayéndolo de regreso al campamento. Se supo entonces que el señor Parkhurst había logrado eludir la persecución de los indios, y después de vagar sin rumbo por la selva durante varios días, fue hallado por un nativo amigo de los blancos y acompañado de vuelta a su campamento.

Aquella noche tuvieron un festín y Bomba fue el huésped de honor. Todos ellos estaban ansiosos de que el muchacho los acompañara al mundo civilizado. Los Parkhurst se ofrecieron a adoptarlo, educarlo y proveer para su futuro.

La oferta era muy tentadora, y le costó a Bomba mucho el rechazarla. Su imaginación se había despertado por las descripciones que le hiciera Frank de las maravillas de la vida civilizada, y anhelaba ir con ellos.

Pero a pesar de esto se mantuvo firme. Estaba Casson de por medio. No podía abandonarlo. Además, antes de salir de la selva debía resolver el misterio de sus padres.

Aunque muy decepcionados, los otros admiraron la lealtad de Bomba, y al cabo de un rato dejaron de insistir en sus ruegos. Pero le exigieron la promesa de que tan

pronto hubiera solucionado sus asuntos, se comunicaría con ellos por intermedio de la Corporación Cauchera Apex, que tenía su establecimiento en la costa.

Aquella noche Bomba la pasó en el campamento; mas al amanecer, después de ser besado nuevamente por la señora Parkhurst y saludado cariñosamente por todos, se. despidió de sus nuevos amigos y se internó de nuevo en la selva.

Viajó con rapidez, pues estaba deseoso de regresar al lado del viejo naturalista. Pasaría un tiempo con Casson, proveyéndole de lo necesario para su subsistencia, y después emprendería viaje para ver a Sobrinini.

Los peligros tremendos y las emocionantes aventuras que tuvo en esta empresa serán relatados en otro volumen titulado: "Bomba en las Cataratas Gigantes".

Bomba estaba muy pensativo mientras marchaba por la selva. En su corazón se agrietaban las emociones. Sobre sus labios sentía aún el calor del último beso que le diera la mujer de los cabellos dorados.

-¿Cómo será tener una madre así? -preguntaba su solitario corazón-. ¿O un padre como el apuesto individuo que abrazara a Frank con tanto cariño?

¿Lo sabría alguna vez? ¿Hallaría a Bartow y a Laura? ¿Alguna vez ocuparía el lugar que le correspondía entre sus hermanos de raza? Su corazón le dolió al formular estas preguntas.

Para alegrarse un poco, sacó la armónica del morral y se la llevó a los labios. Cuando los acordes de la música resonaron en la jungla, notó por los movimientos a su alrededor que se acercaban sus amigos.

Los dos loros, Kiki y Woowoo, se posaron sobre sus hombros. Doto, el monito, se dejó caer de las ramas y bailó por el sendero lleno de gozo ante su retorno. Otras criaturas de la selva se unieron a él para acompañarlo.

Todos lo querían y confiaban en él. Al ver esto se le alegró un poco su corazón.

-Ustedes son mis amigos -dijo acariciándolos a todos, alternativamente-. Bomba se alegra de verlos de nuevo. Pero no puede quedarse mucho tiempo con ustedes, pues debe ir a ver a Sobrinini, quien le dirá lo que quiere saber. Y después de eso quizá se vaya adonde hay océanos y barcos y ciudades con muchas cosas maravillosas. La gente de esas ciudades tiene la piel blanca y el alma despierta. Son mis hermanos, pues yo también tengo la piel blanca y mi alma ya está despertando.

FIN